



HERNANDO SANABRIA

## ULRICO SCHMIDL

El alemán de la aventura española



EDITORIAL LOS AMIGOS DEL LIBRO

EDITORIAL LOS AMIGOS DEL LIBRO

HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ

ULRICO SCHMIDL

El abecedario de la arquitectura española



EDITORIAL "LOS AMIGOS DEL LIBRO"

LA PAZ - COCHABAMBA

BOLIVIA

1974

Obras del autor bajo el mismo sello editorial:

**APIAGUAIQUI TUMPA**

(Biografía del Pueblo Chiriguano y de su último caudillo)

**GEOGRAFIA HUMANA DE BOLIVIA**

(en preparación)

- 1974 Propiedad del autor  
Registro de la propiedad  
D. L., L. P. N° 1665 - 74.
- 1974 Todos los derechos  
reservados:  
D. R. Editorial Los Amigos del Libro  
Casilla 4415 - La Paz  
Casilla 450 - Cochabamba  
República de Bolivia

Prohibida la reproducción  
parcial o total por cual-  
quier medio, sin la auto-  
rización escrita del Editor.

Carátula: Carlos Rimassa

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia  
Primera edición

Editores: LOS AMIGOS DEL LIBRO  
Impresores: Empresa Editora UNIVERSO

**P R E A M B U L O**

Un escritor boliviano —si le es permitido darse a sí mismo este título— ha puesto empeño en relatar la vida de un personaje alemán que tiene sitio propio en la historia de América por más de una razón valedera. Extraño y hasta sorpresivo parecerá el anuncio, habida cuenta de lo forastero del personaje, su inactualidad social y si se quiere política y, por sobre eso, la poca o ninguna noticia que se tiene de él dentro del público conterráneo. Adelantándose a la justa formulación de estos reparos, el presunto autor empieza por manifestarse, aduciendo las razones que siguen:

—Porque ese personaje alemán estuvo en mi tierra, fue de los primeros europeos en recorrerla y el primero en referirse a ella y describirla siquiera fuese parcialmente: el primero, además, y el único hasta hoy que ha dicho de la misma, sin interés por delante, ni cálculo de expectativas, esto que vale por una loa y un reclamo y transcribo a la letra en la propia lengua en que fue escrito: ...ist ein fruchtbare Land an Korn und an den Früchten, auch an Honig, das ich es in andern Landen nicht gesehen habe, das Land so fruchtbar. Dicho en lengua castellana: "una tierra muy fértil y muy rica en granos y frutas y miel; nunca he visto en ningún país, una tierra tan fértil".

Ahí está la razón primordial y cordial, aunque no la de mayor sustancia.

El personaje cuya vida trata de relatarse ha estado en la mente del presunto relator desde que éste se inició en el estudio de ese trecho de la historia de América comúnmente conocido con la denominación de "la conquista". El Viaje al Río de la Plata, o como quiera que se intitule el libro que aquél escribió, es de los que se leen y se gravan para siempre en la memoria del estudioso y pesquisador de viejos acontecimientos. Tiene para éste la curiosidad del documento, la precisión de la narración vivida y el encanto de la novela de aventuras. Aunque la acción propia del autor-protagonista apenas si se entreve dentro de la gran acción en que interviene, su personalidad resalta y se deja advertir singularmente, cobrando una animación extraordinaria y un hondo poder sugestivo. Se explica así la impresión causada en quien estudiaba y estudia aún aquella porción de historia y su dilección y admiración por el personaje.

Dilección y admiración largamente mantenidas no podían menos de llevar al sujeto de la parte activa a procurarse un mayor conocimiento de la vida y la personalidad de su admirado. Y así trató de hacerlo, y lo consiguió por lo menos en parte, recurriendo a los expedientes de que es posible echar mano en estas apartadas latitudes. De estas diligencias hubo de surgir una coyuntura harto benévola y, como consecuencia, una suerte de compromiso para dar forma escrita a lo obtenido en las indagaciones.

Quod ab initio beneficium fuit, aetate fit debitum, sententiam los romanos.

\* \* \*

De más está decir que la vida y la obra de Ulrico Schmidl han sido repetidamente estudiadas y repetidamente sometidas a juicio. Podrían llenarse páginas y más páginas con la sola mención de títulos y autores que se han ocupado de la materia, en eruditas monografías y trabajos de largo alien-

to. Esto, singularmente en la Argentina, donde el personaje goza de alta estimación y es considerado como "su primer historiador, geógrafo y etnógrafo".

Empero, hasta donde conocemos, y valga la confesión circunstancial, todo ha sido glosar la obra con detención erudita y referirse a la vida sólo parcial y discrecionalmente, con encarecidas reservas a lo que se reputa como no bien probado. Así las cosas, la copiosa bibliografía schmidliana tiene cerrados linderos y su beneficio sólo alcanza a públicos de selección.

Este modesto libro, modesto y sin pretensiones, quiere ser una biografía del Lansquenete alemán que anduvo entre españoles por donde hoy es la Argentina, Paraguay y Bolivia. Se reconoce de entrada que el propósito sólo se ha cumplido a medias, o quizá menos. La calidad de lo elaborado no da para estimarse como tal biografía, sino, a lo sumo, una especie de crónica o más bien romance biográfico, designación que, bien medido el caso, es la que mejor se ajusta a su naturaleza.

No siendo, pues, obra de erudición, ni, por ende, con alcances hacia lo mismo, le queda un corto mérito y le asiste una finalidad satisfactoria. Estructura aquél en ser la primera reseña biográfica del personaje constituida en libro de la exclusiva materia. Radica la segunda en el destino que tiene de divulgar la vida y los hechos del conspicuo personaje entre gente no iniciada en su conocimiento, vale decir entre aquel "común", del que Schmidl, según propias palabras, se preciaba de formar parte.

\* \* \*

En descargo de conciencia, el autor estima necesario apuntar que al hacer este trabajo ha procedido sin método alguno de rigor científico, bien porque no lo conoce, bien porque nunca se ha cuidado de observarlo. Guiado por el solo intento de revistar una existencia y seguir la huella de

un individuo, ha espulgado aquella y anidado en pos de éste, a través del libro que dejó escrito y aprovechando subsidiariamente las referencias que sobre una y otro hicieron investigadores de alta solvencia intelectual. Como resultado de estas diligencias, juzga el autor haber dado con el hombre Schmidl, tal cual fue o debió de ser, y de ese hombre ha escrito la vida, a su manera de apreciar las cosas.

El simplista procedimiento no ha podido menos de desestimar las discusiones acerca de tal o cual pormenor de existencia, no suficientemente probados según la opinión de eruditos. La desestimación implica, naturalmente, el dar por hechos ciertos los de presunción vehemente y atribuir al hombre lo que no consta de fijo que hiciera, pero que bien pudo hacer, con ajuste a los rasgos peculiares de su personalidad. Todo esto con el deliberado fin a destacar la figura del biografiado de entre la grandiosidad del drama en que fue participante.

El haber procedido así con Schmidl actor, sin apartarse de Schmidl autor, lleva a quien esto escribe a la presunción de haber entendido a aquél y seguido por buen camino en el trabajo propuesto. Decía el luminoso Novalis en una de las sentenciosas apostillas de su *Polen de Flores*: "Sólo demuestro haber entendido a un autor si puedo actuar conforme a su propio entendimiento, cuando sin menoscabo de su individualidad sé interpretarlo y variarlo de múltiples maneras".

Este modo de ver y entender al hombre y de interpretarlo y variarlo ha permitido al biógrafo soñ-disant ciertas libertades en la narración y la exposición, que no llegan a mucho. Y no está de más anotar que en el uso de aquellas el expositor y narrador ha gastado algunos de sus estrechos ahorrillos de imaginación y poesía.

Releyendo el otro día al viejo poeta y dramaturgo Duque de Rivas, encontré en una de sus comedias históricas una nota inicial de advertencia que aquí se transcribe por parecer muy de ocasión: "Ruego a los críticos de todas las

sectas literarias (escuelas y tendencias historiográficas, se diría en la presente circunstancia) que tengan la bondad de no juzgar esta obra por las reglas que respectivamente profesan, pues no me he sujetado a ninguna al componerla. Júzguenme, pues, solamente por el placer o fastidio que les causa la lectura".

Si no el habitual "así sea", cabe en esta sazón un encarecido "ojalá fuese así". Y gracias.

\* \* \*

No es dable concluir este preámbulo sin que el autor del librejo exprese sus mayores agradecimientos a quienes de una u otra manera prestaron favor en la composición y elaboración del mismo.

En primer término, al embajador de Alemania en Bolivia, conde Von Papenheim, al agregado cultural, señor Spohl, y al cónsul alemán en Santa Cruz, señor Hiller, por haber prohiado y hecho factible una deleitosa "tournée" por la tierra de Schmidl. Al organismo denominado Inter-Naciones, que tiene a su cargo la atención de los invitados de su gobierno, por la prolijidad y esmero de sus servicios otorgados.

En Munich y Baviera toda, tuvo el viajero como guía, intérprete y mentora a la gentil señora Ruth Luise Wagner-Manslau. Aparte sus finas atenciones, merecen cordial reconocimiento sus diligencias en la Biblioteca Real de Munich, que hicieron posible la compulsa de piezas bibliográficas y la obtención de copia en microfilm del manuscrito schmidellano.

En Straubing, la bella ciudad natal del personaje biografiado, contó con las finezas del Oberstadt Dr. Diller y de la guapa y gallarda periodista del *Straubinger Tageblatt*, Hannelore Meier. Se debe al primero el obsequio de publicaciones y el posterior suministro de importantes datos relativos a aquél. A la segunda, la toma de fotografías referentes a lo mismo y la inserción de amables crónicas en su diario.

De particular reconocimiento es acreedor el Subdirector del Instituto Iberoamericano de Berlín. Dr. Dittmar, a cuya exquisita gentileza se debe la adquisición de copias xerográficas de documentos y publicaciones. Entre éstas, una de R. Lehmann-Nietzsche, pieza bibliográfica rarísima.

Finalmente, prestaron su valioso concurso en la traducción al castellano de lo traído o enviado de Alemania, el joven estudiante de la universidad de Aquisgrán, con precaria residencia en esta ciudad, Gerrit Köster, y el antiguo amigo y residente de largos años, Hans Stahl.

Santa Cruz de la Sierra, 1974.

H. S. F.

1

**STRAUBING DEL DANUBIO**

Straubing an der Donau: Un viejo burgo germánico sobre la margen derecha del río de las leyendas áureas y las aguas munificas. Tan viejo, que cuando las legiones romanas llegaron desde el sud y el occidente ya el caserío levantaba sus techumbres de bá-lago entre los pinos y las encinas de la floresta. Los soldados de la urbe conquistadora establecieron allí campamento y morada, dando al conjunto el nombre, entre latino y bárbaro, de **Sorbiodurum**. Era el puesto avanzado de la **Raetia** romana y el punto de aproximación a la lejana colonia de **Vindibona**, la Viena de hoy.

Cuando el campamento fue alzado ante el empuje de las hordas germánicas que venían del Este, desaparecieron murallas y casernas, mas no así el caserío, que iba extendiéndose a las veras del río providente. Por allí pasaron en cabalgatas turbulentas los guerreros de la recia complexión y las cabelleras hirsutas, llevando consigo a las compañeras rubias como los trigales en sazón, bellas como las valquirias del paraíso de Odín y fuertes como los varones a quienes seguían.

El burgo cobró mayor animación y su gente puso mayor empeño en obtener frutos de la tierra, para ase-

gurarse el sustento, lo primero, y llevar los remanentes por el río abajo, a las comarcas vecinas. No faltó señor de la propia sippe que asumiera funciones de autoridad y, en su caso, de capitán de guerra, y diera al poblado estructura política, determinando así la aparición del espíritu comunitario. Alboreaban los días nuevos de la existencia humana que han dado en llamarse Edad Media.

La Europa de los años precedentes había vivido al modo grecorromano y, por fuerza de las circunstancias, empezaba a acomodarse a los modos germánicos. Estados de esa raíz y esa naturaleza se formaban en España con los godos, con los francos en la Galia y los lombardos en Italia, gérmenes precisos de futuras nacionalidades. Germania misma llegaba a sentar dominio, por lo menos parcial, sobre tierras que señoreó la vieja Roma, y sus soberanos ostentaban la dignidad y ejercían el mando de supremos señores del Sacro Imperio Romano.

Pero el país heredero de la potestad cesárea no formaba un todo políticamente homogéneo, ni estaba regido por una soberanía común. La tradición prerrománica de las parcialidades libres se había mantenido y aun vivificado, manifestándose en la multiplicidad de señoríos regionales soberanos, sólo subordinados al emperador en el orden de la jerarquía y en el de la amplitud de los poderes. Menudeaban los principados, los ducados y aun las ciudades tituladas de libres y regidas por sus propios organismos corporativos, todos con goce de regímenes privativos, a la par de los dominios particulares de la sacra cesárea majestad.

Tan menuda era la división, que en una misma land, como la antigua *Raetia*, ya entonces con nombre de Baviera, *Bayern* en lengua germánica, hubo hasta cinco señoríos de la especie. A uno de ellos correspon-

día Straubing, la que fue campamento y población romana bajo la denominación de *Sorbidurum*.

Ya desde 1210, la vieja localidad bávara ostentaba por gracia del emperador el título y honores de ciudad. Su vecindario había crecido y ganado fama de laborioso, así por el incesante cultivo de la tierra y la habilidad de sus corporaciones artesanas, como por su dedicación a servirse del espléndido río comarcano para echar a flote barcasas portadoras de granos y troncos maderables.

En 1429 el emperador Segismundo la otorgaba en calidad de feudo a su valido Ernesto, duque de Baviera-Munich, que había correteado con él tras de los rebeldes hussitas. Este duque Ernesto tiene ganado lugar relevante en la historia del país, y particularmente en la del burgo danubiano, por cierta fechoría cometida a no mucho de haber entrado en posesión de aquél. Merece ser referida, así por la propia sustancia dramática cuanto por haber dado pie a leyendas populares que sobreviven aún y a creaciones literarias de alto vuelo.

Inés Bernauer, hija de un humilde barbero con el anexo oficio de sangrador, era por aquellos años la más hermosa y gentil doncella que vieron ojos bávaros. Prendado de sus gracias y atractivos, el mancebo Alberto, hijo de aquel Ernesto y presunto heredero de la corona ducal, unióse a ella en secreto matrimonio, sin saber de fijo qué pasaría después. Cuando lo supo el duque soberano, no sólo montó en cólera, como era de esperarse, sino que determinó acabar con la unión subrepticia, sea del modo que fuese, pues tenía señalada para el heredero boda digna de su alcurnia y potestad.

Pero las nupcias de la bella Inés y el enamorado Alberto habían sido bendecidas por la iglesia, y él, Ernesto, como príncipe cristiano y defensor de la fe y sus

dogmas, no era quien atentase contra el nudo sacramental, tratando de desatarlo así como así. Tenía otros expedientes de qué echar mano, y a ellos recurrió en descargo de conciencia.

Inés era bruja, sin duda que cupiese, pues sólo artes brujescas pudieron hacer que el mancebo cayese a los pies de semejante plebeya. Y de bruja fue acusada ante los magistrados de Straubing, quienes no pudieron menos de juzgarla con la severidad y la estrictez que el caso requería. Sentenciada a la última pena, plugo a los magistrados usar de clemencia, y en vez de condenarla a la hoguera, como se hacía con hechiceros, lo fue a morir ahogada. Y así el cuerpo pecador fue arrojado, inerte, a las aguas del Danubio vecino.

Añade la leyenda que el duque Ernesto, arrepentido de la acción, a no mucho de haberla perpetrado, reivindicó la memoria de la ajusticiada, yendo por la vía de lo piadoso. Dizque en el sitio mismo desde el cual fue echada al río mandó edificar una capilla, para que en ella se celebraran oficios religiosos de sufragio por su ánima.

El joven viudo de la singular ocasión sucedió a su padre en el trono ducal con el nombre de Alberto II y el sugestivo mote de El Piadoso, de 1438 a 1460.

Diga la historia lo que dijere con respecto al duque Ernesto, vale aquí mencionar de que en la literatura romántica del pasado siglo tiene un defensor vehementemente, casi un panegirista. El gran poeta Hebbel, en el drama que lleva por título el nombre de la tenida por hechicera, trata a aquél con bien prevenida benevolencia y aun con exculpación de su conducta. Como en toda o casi toda obra teatral de idealidad y sentimentalidad románticas, en la del magnífico poeta hay dos personajes que se traen el mal entre el espíritu y las manos: Uno, que es malo a pesar suyo y otro que

es malo de veras. Aquél viene a ser el duque, llevado a este extremo por fuerza de las circunstancias, y éste, de natural, por propio instinto, el siniestro Preising, su valido y consejero.

Entre las familias nobles de Straubing, una de cuyas generaciones presencié acaso la inmolación de la hermosa Bernauer, gozaban de particular figuración los ricos y prominentes Schmidl. Vivientes de cuanto ha en la ciudad danubiana, hay constancia documental de que un cierto Heinrich de este apellido era casateniente y hacendado allá por 1395. Figura luego en los registros notariales un Peter, asociado o desposado con una viuda Eblinger, y más tarde un Erhard, a quien se particulariza como *Altere*, el viejo, para distinguirlo de un homónimo descendiente suyo.

Los caudales y la esclarecida alcurnia de estos Schmidl no podían menos de pesar sobre el ánimo del señor de Toda Alemania y decidirle a que honrasen a aquéllos con el uso de un escudo de nobleza. Lo hizo Federico III, señalándoles la insignia de un medio cuerpo de toro vuelto hacia la izquierda y una corona ducal puesta sobre la cornamenta.

La cuenta genealógica de los Schmidl pacientemente formada por investigadores de estas últimas décadas, llega hacia los albores del 1500, a un Wolfgang, personaje de primera línea y figuración relevante en la ciudad, como que fue alcalde de ella durante varios años. Estaba casado con una *frau Anna*, estrechamente emparentada con los Zellerin, otra honorable y acaudalada familia de la comunidad estraubingense. Tuvo este matrimonio varios hijos, de entre los cuales hay prueba documental de la existencia de tres: Uno llamado Friedrich, fallecido joven y al parecer soltero, hacia 1540; otro llamado Thomas, que vivió hasta 1554, según ha de verse después, y un tercero, el benjamín de

la familia, nacido probablemente hacia 1510 y cristianado con el nombre de Ulrich o sea, para nosotros, Ulrico.

Los pacientes investigadores del pasado de la familia Schmidl, y entre ellos el erudito doctor Keim, que vive todavía, octogenario, han logrado obtener sobre aquella y en especial sobre herr Wolfgang, curiosas como notables referencias. Se sabe así que fue repetidas veces burgomaestre y que poseía varias casas en la ciudad, huertas en los suburbios y pingües haciendas en el campo, amén de ser ecónomo o administrador de bienes eclesiásticos y arrendatario de aduanas.

En una de aquellas casas, ubicada sobre lo que hoy es la Ludwigplatz, nació el último de sus hijos. El emplazamiento está señalado por una placa de bronce visible desde distancia.

Según aseguran los eruditos cronistas de Straubing, con remisión a cierta lápida funeraria de la iglesia de Saint Jakob, el opulento Wolfgang falleció en 1511, dejando a su familia cuantiosa herencia. Esta, por lo que se infiere de hechos correlativos, no se distribuiría por el pronto entre los herederos, y máxime en lo tocante a Ulrico, criatura apenas.

A la sazón Straubing había alcanzado madurez y se revelaba como una de las poblaciones de mayor valimiento en la Baja Baviera. Aunque medioeval todavía en el pergeño urbano, el trazado de las calles y el tipo de las edificaciones, éstas habían rebasado del viejo recinto y se desparramaban por más allá de las antiguas murallas y los fosos, en cuyo lugar se abrían nuevas rutas de circulación que habrían de llevar como recuerdo el nombre de Stadtgraben. Del otro lado, las construcciones habían concluido por rodear el castillo de los duques, y sólo una corta esplanada cubierta de césped las separaba de los quedos remansos del Danu-

bio. Acaso, por entonces, las aguas de éste eran azules como sugiere la leyenda y quiere la poesía que sean, aun hoy en día.

Como toda ciudad alemana de la época, albergaba dentro de su recinto una nutrida judería. El ghetto, eixstente desde los principios del milenio, entre la Rosengasse y la Steinergasse de hoy, albergaba a joyeros, prestamistas y mercaderes al menudo. Mucho tuvieron que ver con ellos magistrados, abades y comerciantes, y los duques soberanos les permitieron morada y acción, a trueque de dádivas y de préstamos raras veces saldados.

Por las calles estrechas y retorcidas que enfilaban hacia la iglesia parroquial de Santiago (Saint Jakob) o por las veredas recientes que circundaban el imponente schloss, vagaría el niño Ulrich en sus horas de asueto, observándolo todo y atento a las menores ocurrencias que pudieran causarle impresión.

Nada ha sido posible saber de su infancia, salvo que estudió con buenos maestros y aun se inició en el aprendizaje de la lengua latina. Pero el saber cómo fue en la edad madura autoriza a suponerle niño despierto y avisado, con natural inclinación a la adverbencia de las cosas, ágil de entendimiento y con el espíritu templado y animoso.

Así dotado por la naturaleza y con las ventajas que le ofrecían la prosperidad de su hogar y las amplias relaciones de éste en el mundo de los negocios, vendría oportunamente al conocimiento de cómo la nación alemana, incluida su Baviera natal, había elegido emperador a un rey extranjero, bien que de estirpe germánica. Que éste era soberano propio de un país situado en las lindes de Europa, del cual se referían historias de fantasía y misterio y de cuyas gentes se decía que eran bravas y duras, prontas a la pelea y más dadas al retozo

y la farándula que a procurarse el buen pasar con la obra de mano.

En el decurso de estas ideas que ocasionalmente le aflúan al magín, el niño Ulrico llegaría a enterarse, quizá por conversaciones oídas en casa, que este emperador de alemanes y rey de españoles llamado don Carlos, tenía añadidos a sus dominios europeos los de unas tierras remotas, situadas al otro extremo del orbe. Estas habrían sido encontradas por obra de azar o muy poco menos, y de allá se traía a la sazón, objetos singulares, animales extraños, alguna vez hombres con escasa traza de cristianos y principalmente oro, el apetecido metal de los reyes, los príncipes y los magnates.

La noticia de estas tierras despertaría en el niño curiosidad e interés quizás más subidos que los que le suscitaban los cuentos de hadas, gigantes, gnomos y princesas encantadas que oía relatar en las veladas hogareñas. Cuando rondaba por las orillas del Danubio convecino y familiar y veía deslizarse las barcazas del tráfico lugareño, un vuelo de su imaginación infantil pudo llevarle alguna vez a avizorar barcos mayores, con velas hinchadas por el viento y a caballo sobre olas de mar, rumbeando hacia aquellas tierras perdidas entre la bruma de lo desconocido.

2

## CARLOS V Y LOS WELSER

Es copiosa la cuenta de los hijos de familias ricas que dejan el hogar para ir solos a correr mundo. Lucas el Evangelista cuenta la historia de uno de ellos, como recogida de las enseñanzas de su Maestro. Pero, como todo o casi todo lo que enseñó Este, la historia de San Lucas no ha servido de mucho a la humanidad joven, y la salida de casa en condiciones semejantes se repite en todos los tiempos y todas las latitudes.

Ulrico Schmidl, el de Straubing, ha creído mejor para sí desistir del manejo de haciendas, cobro de rentas y correeduría de aduanas, para ir a probar entre gentes ajenas cómo es la vida y qué lances depara. Y valerse solo, claro está, con el ímpetu, la vivacidad y la fuerza física de los veinte años.

Reside en Amberes, la ciudad flamenca cuyas piedras angulares mojan con su sal y su yodo las aguas del Mar del Norte y es a la sazón el emporio comercial de aquella porción de Europa. Para ser mozo sin experiencia ni disposiciones particulares en obra de mano, no ha empezado mal el estraubingense en aquel centro de mercaderes, bolsistas, armadores y fleteros. Trabaja o está en relaciones de trabajo con sus paisanos de Baviera, los Welsen de la creciente fama.

Estos Welser empezaron con modestos negocios en la plaza natal de Augsburgo, y de tal modo traficaron y especularon con esto, lo otro y lo de más allá, que a la vuelta de años se han convertido en banqueros opulentos, poderosos comerciantes, proveedores mayoristas y aviadores de cuanta actividad lucrativa se emprende en el centro y el occidente de Europa. No hay capital ni ciudad principal en donde no tengan sucursales, agencias o factorías, ni actividad regional o nacional que se les escape de meter mano.

No sólo tratan con magnates y señores de mando y autoridad, si que también con príncipes de la iglesia y reyes y emperadores. Se dice que más de un arzobispo alemán debe el palio y más de un cardenal italiano el capelo rojo, a sus operaciones de crédito bien calculado en ganancias. Cuanto a reyes y emperadores atinge, es un secreto a voces el hecho de que han concedido préstamos a la majestad "cristianísima" de Francisco, el soberano de Francia, y aliviado en no pocos de sus apuros por numerario a nada menos que don Carlos, rey de españoles y emperador de alemanes.

Conviene decir a esta altura que los Welser no andan solos en el tejemaneje de banca y mostrador. Frente a ellos, con los mismos arrestos, igual desenvoltura y análogos procederes, otra familia de bávaros, los Fugger, opera sobre los dos tercios de la Europa productora, negociante y cambista. Unos y otros no se miran bien, como es de suponer, pero en el juego de sus intereses hay un tácito convenio de no interferirse ni menoscabarse. Además, y esto es lo decisivo, aunque ambos lo hacen todo, cada uno tiene su actividad de preferencia, o más bien su especialidad. Los Fugger son más banqueros y a los Welser se les da más por el tráfico.

Precisamente en Amberes tienen éstos, si no la casa central, por lo menos el punto de sus mayores ac-

tividades comerciales. Allí se abarrotan las telas de Arras, Bruselas y Gante, la ferretería de Nurenberg, los vinos de Renania, la alfarería de Nimega, los cereales de Baviera y los cristales de Bohemia, que serán luego distribuidos por el conducto de las múltiples y diligentes agencias. Y por último allí se allegan las especerías de Oriente que han hecho escala en Portugal, las aceitunas de España y las barras de metal precioso de inmediata procedencia española, pero originariamente traídas de aquel mundo de fantasía que es el de las Indias Occidentales.

Esto de las Indias Occidentales merece particularísima atención de parte de los Welser. Desde que Colón abrió las puertas de ese continente y los españoles fueron a conquistarlo y poblarlo, los banqueros y negociantes de Augsburgo han estado enviando agentes suyos para ver y observar qué existe en aquellas tierras de negociable y qué puede enviarse allí para vender. Tales agentes no sólo han enviado puntuales informaciones acerca de ello, sino también oro de Santo Domingo, perlas de Paria, que es como echar leña en la hoguera de los apetitos de lucro.

Llevados de ese apetito, que, a estar a los decires populares, crece más cuanto más se engulle, los Welser no han parado en sus diligencias hasta conseguir de su cliente imperial y real la concesión de territorio propio en donde sentar dominio. Mediante sucesivos "pactos" que don Carlos celebra, en 1528, con los Ehinger y Sayler, asociados e intermediarios de la opulenta casa, recibe ésta el beneficio de la vasta y rica "provincia" de Venezuela. Dentro y fuera de España se ha comentado que la largueza y el desprendimiento del rey de españoles con respecto a aquellos dominios suyos, no son estrictamente tales sino pago de deudas secreta-

mente registradas en las cuentas de los banqueros de Augsburgo.

Va para capitán de conquista y gobernador de la provincia welsleriana de América, cierto micer Ambrosio, de la familia de los Ehinger. Resuelto, valeroso y duro y, por ende, digno comisario de banqueros y mercaderes, este micer Ambrosio discurre, explora y explota en Venezuela, yendo y viniendo entre costa, llanos y sierra. Empero, tras de peleas con indios bravos y embates de la ruda naturaleza, no es mucho lo que consigue en punto a logros económicos, o dicho mejor, no es mucho para la ansiedad de los Welser. Sin ser esto un desengaño, no puede menos de ser contrariedad. Las contadurías de Augsburgo tenían listas las páginas para el asiento de las pingües ganancias de Venezuela, y gran parte de esas páginas quedarán en blanco.

Según es el decir de la sabiduría popular, donde una puerta se cierra, o está dura de abrir, hay otras que se abren fácilmente. La que los Welser tienen en América y golpean con fuerza, se les resiste de fijo. Pero de pronto columbran otra, hacia las regiones australes, y es llegado el caso de atenerse a la voz del pueblo, que es voz de Dios, y consuela, anima e incita.

Por los días en que Ambrosio Ehinger deambula por tierras del Caribe adentro, pechando monte y arcabuceando indígenas, un veneciano al servicio de España, con gente toda española, dejando tras de sí el Atlántico se ha introducido por tierra adentro, cortando la corriente de un río más caudaloso que todos los hasta entonces conocidos. Sebastián Gaboto se llama el hombre, y al salir de España tenía misión de ir al Maluco por la ruta de Magallanes, para traer especería. Mitad por azares de navegación y mitad por acucias de última hora, no ha cumplido con la misión, y en vez de cruzar el Pacífico y llegar a las islas legendarias, se detu-

vo allí donde aquel gran río entra en el mar, bogando por él aguas arriba, hasta dar en las entrañas del continente.

De vuelta a España, a fines de 1530, explica y razona en la corte, para ver de disculparse por la inobediencia. En última y decisiva instancia esgrime un argumento tan persuasivo, que pone a todos de su parte. El río aquel tiene sus lejanos manantiales en unas montañas cuya masa es toda de plata, o muy poco menos. Se lo han dicho con unanimidad que lleva a certidumbre cuantos aborígenes ha encontrado al paso. Y como si esto fuese poco, él, hombre de mar a quien nadie puede tildar de quimerista o patrañero, ha advertido que las aguas del gran río llevan diluidas partículas del apetecido metal.

La noticia, por el pronto y que así conviene a los intereses de España, ha quedado entre paredes reales y personajes de la real confianza. Pero los Welser se han enterado de ella a no mucho —¿qué no sabrán los Welser cuando se avista un negocio!— y entran en la apetencia de meter por allí la mano traficante.

El rey don Carlos decide por fin enviar una expedición hacia el río cuyas aguas arrastran partículas de plata. Los preparativos son ya de pública notoriedad, y en el puerto de Cádiz se aprontan las naves, se acopian las provisiones y se alista a los hombres. Diligencias bien conducidas, "tratos" de particular sustancia y acaso alguna arteria de por medio, harán que los banqueros-mercaderes participen en la expedición, a su modo y en la forma que les es peculiar.

La participación tiene su punto de arranque en Amberes, allí donde se almacenan las mercaderías por vender y se eligen las que corresponden a cada plaza. La firma cuenta con especialistas en esta labor, así como

en las de porteo y expendio, sin que falten los expertos para en el caso de avería del artículo.

Schmidl, el iniciado en las prácticas del comercio, ha concebido de pronto la idea de agregarse a la empresa, peregrina idea por cierto en hombre de sus condiciones, pues implica dar de mano a la apacible vida en la ciudad flamenca y echarse a discurrir sobre tierras a la par lejanas y recónditas.

Una aventura, claro está, y de las menos sensatas que puede emprender hombre alguno de sus posición y temperamento. Frío, calculador, nada propenso a devaneos de la mente y con la imaginación siempre bajo el tornisquete de la razón, su existencia es la del individuo que sólo espera medros de la labor de sus manos y sólo alienta confianzas dentro del pedazo de mundo que le rodea. Nunca le faltó el buen arrimo, tiene el carácter bien templado y la inteligencia viva y despierta y no le arredran temores de ninguna especie. Para decirlo todo de una vez en el *Homo Germanicus* acabado.

Hombre así equipado por la naturaleza no es quien se entusiasme por lo impreciso y lo adventicio, a menos de que la fantasía le haya tocado en la médula. Y esta es dolencia que suele apoderarse aun de los ánimos mejor templados, cuando menos se piensa y menos se espera.

Aquella América con sus ríos turbulentos, sus selvas ahitas de huracán, sus montañas de metal y sus gentes de exótica catadura, bulle en la mente del joven bávaro y le despliega en el magín estampas de persistencia obsesiva. Del embate que le domina le fluyen pensamientos cuya sustancia enlaza o quiere enlazar la tentación de la aventura con el sentido practicista que hasta el momento norma y regula su vida. Después de todo, su participación personal en la empresa no sería tan insensata, dado que los Welser, señores del

cálculo y la perspectiva, tienen en ella puesta una cuota parte de interés.

Dentro de esta hilación de sus pensamientos y con el lastre de experiencias y conocimientos que tiene adquiridos acerca de los hombres y las cosas, llega al punto de considerarse no tan sólo apto para aquella empresa, sino también útil para varios de sus menesteres.

La expedición que ha de marchar en breve hacia el Río de La Plata es toda española en su formación, propósitos y actividades ulteriores que se le tiene señaladas. Habrá de asentarse, lo primero, sobre tierras de indios aniscos, acaso belicosos y bravos; establecer luego campamentos y levantar pueblos y finalmente remontar aquel providente río, hasta dar con sus manantiales, allí donde las montañas yacen atiborradas del blanco y reluciente metal, con toda razón codiciado.

Para pelear con indios, los españoles se valen solos. Cuando de contender se trata, a pie firme y espada en mano, son sencillamente estupendos. El mismo denuevo les asiste para circular entre marañas y pechar cerrazones. El vadear corrientes, flotar sobre cualquier madero a guisa de esquife, atravesar esteros y trepar sobre faldíos para ganar las cumbres, todo eso no les ofrece muchas dificultades. Pero hay cosas en que fallan rotundamente o no son capaces de hacer como es debido.

Para empezar, el arcabuz no es su arma favorita, y cuando se les deteriora, no dan con el arte de repararlo. Nada es esto al lado de otras deficiencias. Encuentran minas y carecen de técnica para labrarlas. No son buenos comerciantes, ni siquiera regulares, porque ignoran el justiprecio de las cosas y más aún las artes de la compra y la venta. Los alemanes les superan en esto con el doble y otro tanto, y bien valdría la pena

aleccionarlos. Después de todo, aunque de ajena índole y ajenos procederes, tienen con ellos estrechas relaciones, como que ambos son vasallos de un mismo soberano.

Ulrico, al desempeñarse cumplidamente en el comercio, ha adquirido una especialidad que puede servir de mucho a los españoles y servirle a la vez de efectivo medio para su injerto en la empresa. El arcabuz es arma que no tiene secretos para él, así en el arte de manejarlo diestramente como en el de montar y desmontar las piezas de que está compuesto: Oficio, o más bien habilidad, sobre útil, necesario y aun indispensable en lances como el que se prepara.

La decisión está finalmente tomada, y no queda sino alistarse para el viaje. Un día del mes de agosto de aquel año auroral de 1535 se embarca en Amberes con rumbo hacia España, experimentando por la primera vez, él, hombre de tierra adentro, las incomodidades y los tramejos de la navegación.

El velero en que ha tomado pasaje es de los mejores y más veloces que hacen la carrera entre los puertos de Flandes y los de España meridional, en donde se apronta toda expedición destinada a las Indias. Tanto es así que a sólo catorce días de crucero se tiene ya a la vista el puerto de Cádiz.

El cuadro que allí se le presenta es de los que repetidamente ha expectado en Amberes: Naves y más naves arimadas a los muelles, con incesante ir y venir de gentes, de tierra a bordo y viceversa. Pero observando mejor, advierte el estraubingense que allí no todo es operación con inmediatos fines de trueque. No escapa a su penetración que lo más señalado de las actividades del gentío converge a un número determinado de naves, las que, por su aspecto, no tienen mucha

traza de mercantes. Catorce son éstas, a su rápida cuenta, de alto bordo, larga arboladura y copioso velamen.

Queda enterado a poco de que tales naves son las que conducirán la expedición destinada a sentar dominio sobre el río del sugestivo nombre. Se le dice que irán en ellas hasta dos mil quinientos hombres de toda naturaleza y condición y quien está al mando, por determinación del rey-emperador, es un don Pedro de Mendoza, caballero de mucho valimiento en la corte, mas, según se susurra, no muy cabal para mandos de aquella índole.

Entre los catorce navíos no tarda en identificar al que le merece particular interés y atrae más su atención: El que han equipado los Welser. A decir verdad, no lo han equipado éstos con manifiesta postura, sino bajo la regencia y firma de un su asociado y cofrade llamado Sebastián Neidhart. Sus razones tendrán para ello, que a Schmidl no incumbe averiguar.

El tal navío tiene por capitán a un navegante y comerciante, que responde al nombre de Enrique Paimé. Está cargado de mercancías que serán negociadas allá donde se erija el primer pueblo, debiendo entonces el capitán asumir las funciones de factor. Schmidl irá con él, junto a otros ochenta hombres, asimismo alemanes.

Se ha dicho alemanes, y es conveniente puntualizar que los tripulantes y pasajeros de la nave de Paimé no son los únicos de esta nacionalidad que se cuentan entre los alistados en la presunta expedición. Distribuidos acá y allá, como dotación o pasaje de tal o cual de las demás naves, figuran varias decenas de neerlandeses, flamencos y austriacos, en suma, alemanes todos.

Su Alteza Real don Carlos, a quien sus súbditos del otro lado del Rhin titulan de Sacra Cesárea Majestad, ha tenido siempre por éstos una particular dilección y les ha confiado misiones de alta responsabilidad y

valía, dentro del propio reino español. Flamencos, esto es alemanes con algún baño de latinidad, han sido y son aún sus consejeros privados y asesores en materia de administración, y así también sus servidores personales como aquel Ogier Bodar que ha de acompañarle hasta Yuste. Alemanes de Baviera o de Rhenania tiene como conciliarios, hacendistas, recaudadores de impuestos y, se ha señalado anteriormente, como proveedores de lo que más necesita en los apuros de su dispendiosa política imperial. Se explica así que, aparte la concesión a los Welser, ya bastante reveladora de sus larguezas, autorice o permita la contratación de lansquenets para la expedición al Río de la Plata, si es que él mismo no lo ha recomendado.

Como vasallo de Carlos V y como afecto a los Welser, Ulrico irá, pues, doblemente comprometido y sujeto a doble potestad, tan poderosa la una como la otra. El correr de los futuros acontecimientos le pondrá en el lance de entregarse más a una de ellas. La América lejana y misteriosa guarda muchas sorpresas a los hombres que pisan su suelo.

La armada de don Pedro de Mendoza, con sus catorce naves y sus dos millares de hombres, ha sido alistada en Cádiz, y de allí debe zarpar como es debido. Pero quieren las autoridades reales que la partida oficial, con las prácticas de rutina, los asperges y las despedidas, se lleve a efecto en el vecino puerto de San Lúcar de Barrameda.

Como buen católico, que sabe de las festividades del santoral romano, Ulrico tiene en la memoria que el 24 de agosto es día de San Bartolomé, el apóstol. En este día la armada leva anclas, iza las velas y sale del último puerto para adentrarse en el Atlántico. La nave de los Welser y Neidhart marcha a la par de las

españolas, y el venido de Amberes ve cómo se deslizan sobre las aguas con blanda celeridad.

Ya tiene amigos y conocidos a bordo, flamencos los más, uno que otro rhenano, algún suabio y hasta un vienés: Hans Straub, Brunbergen, Baldeburg, Corniells. Da la ocasión para platicar con ellos, recordar un poco a la "gross" Alemania y hacer cábalas y adelantar pronósticos sobre lo que sucederá mañana, mientras los barcos engullen distancias sobre la superficie del mar.

Han arribado así a las Canarias, y hay orden del capitán general thonn **Pietro Manthossa** para recalar en aquellas islas con el fin de renovar provisiones y disponer mejor los aparejos de las naves, pues vienen días de más larga y menos fácil navegación. Las naves se desparraman para tomar tierra en ésta o la otra de las islas, y toca a la del capitán y factor Enrique Paine encostar en la llamada La Palma.

Cuatro semanas han permanecido allí y se dispone ya para zarpar de nuevo, cuando ocurre un lance que da a Schmdl la medida de cómo son los españoles, estén donde estuviesen, y cómo las gastan en tratándose de mujeres.

En el barco alemán viene, él no sabe por qué razones, cierto don Jorge Mendoza, deudo próximo del capitán general y, por lo visto, tan aficionado al bello sexo y tan expeditivo en lances de la especie, como su paisano el Don Juan sevillano. En obra de pocos días ha entrado en relaciones amorosas con una mozueta de La Palma y llegado a tal punto en ello, que la saca del hogar paterno y la lleva consigo a nada menos que el barco alemán. El capitán Paine sólo se entera del hecho cuando está consumado y, como capitán, tiene que cargar con las consecuencias. El padre de la enamorada es hombre principal en el pueblo, y puesto en el

trance de recuperar a la huidiza, consigue grupo que le acompañe, armado de todas armas y dispuesto a todo.

Lo que sigue tiene tanto de trágico como de cómico y concluye donde sobre poco más o menos concluyen todas las trapisondas de esa índole. Arcabucean desde tierra al barco y aun le disparan falconetes que causan destrozos. En última instancia el airado padre se allega al barco y penetra en él, con ánimo no ya simplemente de desfacer el entuerto, sino de castigar en justicia al capitán, a quien achaca de cómplice y receptador. Se arma la tremolina, que iría a más, si no aparece al instante el galán, arrimado a la dama y pregonando de que ha contraído con ella legítimo matrimonio y, por ende, pueden seguir ambos el viaje sin mengua de nadie.

Pero Paimé no sabe de romances, ni quiere más líos en la nave a su mando, que es mercante y no de guerra y menos de cruceros nupciales. Deja a los tórtolos en tierra, leva el ancla y así con el aparejo averiado, enfila la proa mar adentro.

Testigo de todo, cuando menos lo esperaba y del modo que menos podía imaginarlo, Schmidl ha ganado su primera experiencia de viaje y de pasiones humanas.

3

## SANTA MARIA DEL BUEN AIRE Y DEL MAL HADO

Tierra americana por fin, después de tres meses de luenga y pesada navegación. Las naves echan las anclas y los hombres desembarcan sobre una playa arenosa con fondo de lozana vegetación. Deambulan a la distancia unos cuantos indios que no parecen mostrarse sorprendidos con la visita. Se sabe que desde tiempo atrás reciben la de gentes del Portugal que tienen allí establecido su dominio.

Schmidl ha percibido rumores que desde aquella tierra en adelante —él la conoce por Río Genna, y es la playa de Río Jaíneiro— asumirá el mando de la expedición el capitán Juan Osorio, lugarteniente de Mendoza. Este, que embarcó ya enfermo, yace más postrado aún y con embarazo en los movimientos. Aquel Osorio tiene sentada fama de buen hombre, amable con los soldados y dueño de atraentes maneras. Se descuenta por ello que hará las veces de don Pedro del modo que cabe en la circunstancia.

Pero ignora el alemán que entre los más allegados al Capitán General, Osorio ha despertado envidias y malquerencias, al punto de ser malquistado con aquél y llevarle a extremas determinaciones. Días ha que, en

plena navegación, ha sido sometido a secreto proceso, y el fallo remata en que sea apuñaleado "hasta que el alma le salga de las carnes".

A pocos días de estada en Río Genna, el día 3 de diicembre, el fallo tiene desalmada ejecutoria. En presencia del Adelantado Mendoza y a la vista de alguna gente, Schmidl entre medio, el buen Osorio es cosido a puñaladas por Juan de Ayolas, Galaz de Medrano, Pedro de Luján y Juan de Salazar.

El tremendo suceso sobrecoge a la gente, que sólo a media voz puede condenarle, y del sigiloso comentario surge la especie de malos presagios y acarreo de desgracias para en el corrido de los días que vienen.

Dentro de su frialdad de *homo germanicus*, la mente de Ulrico no se le va en creencias fatalistas, pero anota para siempre en la memoria de que "aquella muerte ha sido injusta, como bien lo sabe Dios".

La navegación prosigue a los días, esta vez por no lejos de las costas que se avistan desde las bandas de babor. Comienza enero, y con éste el año nuevo de 1536, cuando los pilotos anuncian la presencia del gran río que viene desde las entrañas del continente. Las naves se apresuran a remontarlo, hasta dar con un paraje que desde distancia se estima como apropiado para el desembarco y consiguiente aposentamiento y los viejos pilotos conocen con el nombre de San Gabriel. Pero el tal paraje dista mucho de ser lo que se pensaba, y sus moradores, los charrúas, rehuyen todo trato con los recién venidos y echan a correr en masa. No tan rápidamente, sin embargo, como para no permitir que Ulrico les observe curiosamente y advierta cómo andan hombres y mujeres en punto a cubrir los cuerpos.

Es menester cambiar de locación y probar suerte de mejores comodidades en la ribera opuesta. Nuevo embarco y nueva travesía, bien que de apenas pocas

horas, y los hombres tocan suelo que de entrada se reputa como mejor. Allí, a corta distancia de donde las aguas lamen la tierra, se alza una discreta eminencia que bien puede servir para los efectos procurados.

La faena sustancial comienza inmediatamente. Alguien señala linderos sobre el lugar elegido, y dentro de aquéllos los hombres trabajan de firme. Chozas y más chozas hechas del pobre material que brinda la tierra; algún alpende para alojamiento colectivo; una casa algo más espaciosa y mejor dotada, para vivienda del Adelantado: Tal es lo que resulta del trabajo en común, en corto espacio de días. Ha nacido para la vida de América el núcleo que en lo sucesivo ha de llamarse la ciudad de Santa María del Buen Aire.

El nombre suena a raro en los oídos germánicos del venido por cuenta de los Welser. Y lo traduce literalmente a su lengua natal, teniendo para sí que se trata de *Guter Wind*, esto es "buen viento". A decir verdad, no anda descaminado, y pronto se entera de que su versión a la letra coincide con el origen de la denominación. Allá en Sevilla existe una devota efigie de la Madre de Dios, que es patrona de pilotos y navegantes. Estos la invocan en aquello de que tienen más necesidad cuando surcan los mares: la fuerza superior que hincha sus velas y, por ende, hace mover sus naves. Y por eso la llaman Santa María del Buen Aire, es decir del viento providente.

Bien está así, piensa el germano, mas no en lo que respecta a lo que se dice ciudad. El querría un centro con más traza y más expedientes urbanos, siquiera sea como uno de los tantos villorios de su Baviera madre. Un centro, vamos, en donde se pueda mercadear, que para eso y no mucho más ha venido. Pero ahí está el caserío, parvo y disforme, con gentes que, al menos por el pronto, no ponen en circulación un ochavo, solitario

y encintado por el río, de una parte, y encasquillado, de otra, por una llanura de tediosa horizontalidad y un verdor, igualmente tedioso, de maleza y yerbajos.

Menos mal que esta llanura tiene allá de trecho en trecho, una población nativa que no se ha mostrado mal dispuesta para con los forasteros blancos. Los *Karendies*, como empieza él a decir de aquélla, no andan sobrados de alimentos porque la tierra avara se los regatea, y para procurárselos van de un lado a otro, sin paradero fijo, recolectando lo poco útil que encuentran a su paso. Al considerar este género de vida que llevan, le viene a la memoria el recuerdo de los míseros gitanos que solía ver en Alemania.

Aun así, estos *Karendies*, han compartido con los forasteros su escasa comida, durante algún tiempo. Al cabo dejan de traerla, o porque se les ha agotado o por haberse dado cuenta de que la dádiva no les reporta ventaja alguna. Schmidl es testigo de cómo su capitán general, tras de intentar la persuasión, por medios no precisamente persuasivos, determina obrar con la fuerza para seguir recibiendo el beneficio. Pero el resultado es negativo. Las partidas que salen del campamento con honores de ciudad, para procurar comida a cualquier costo, tras de escaramucear con los indios, no consiguen sino romper con estos en definitiva.

El hambre empieza a dejarse sentir, pues las provisiones traídas andan ya muy escasas y el racionamiento a la gente tiene que reducirse al mínimo. Como si esto fuera poco los indios amenazan al feble caserío, y ante el peligro inminente se hace necesario levantar una cerca defensiva. Los hombres trabajan con recia en esta obra, pero el barro que emplean es de tan poca consistencia y están ellos tan trasijados y débiles por las privaciones, que, según puede advertirlo Schmidl, aquello parece inacabable.

Zarpa una nave con destino a las costas del Brasil, en busca de comida. Ayolas, el impetuoso, marcha hacia el norte en procura de lo mismo y así también de noticias sobre el país de la plata. Y mientras se espera el regreso de uno y otro, las penurias se acrecentan y los ánimos empiezan a deprimirse.

Un buen día de esos el Adelantado decide enviar tras de los *Karendies* a gente de guerra, así para ponerles en sosiego como para quitarles cuanto tengan de comer. La expedición se compone de hasta trescientos hombres y entre ellos ha sido incluido Schmidl, quien hasta el momento no ha pasado de simple espectador del drama que empieza a desarrollarse. A buen seguro que la inclusión obedece a haberse probado que el hávaro es más diestro que muchos en el manejo del arcabuz y de su mecanismo entiendo como ninguno.

A no mucho andar por la hosca planicie adentro, los indios le salen al paso, profiriendo su ululante grito de guerra. El choque es violento, y blancos y cobrizos se acometen con furia. Ulrico no tarda en advertir que éstos han sacado a esgrimir un arma no conocida hasta el momento. Consiste la tal en un lazo flexible, de cuyo cabo pende una maciza bola, que él, asido siempre a los recuerdos de su tierra, compara con otras de plomo que veía usar en Alemania para ciertos menesteres. Los indios tiran del lazo en tal forma que la bola va a dar en blanco y tunde los cuerpos, mientras el lazo traba, sujeta y priva de movimientos. Es la *boleadora*, la terrible boleadora que usa el indio pampa en sus cacerías, y de él la tomará más tarde el gaucho para lo mismo y aun para sus luchas de hombre a hombre.

Victimas del curioso artefacto y de las agudas púas de los dardos indios han caído en la lid no pocos de los hombres de la partida. Entre éstos, el que iba a su mando, un don Diego de Mendoza, hermano del Adelantado.

tado. Con todo, los incursos han resultado triunfantes, y no tardan en precipitarse dentro de las miserables viviendas por allí cerca desparramadas. Poco es lo que se obtiene en ellas en punto a subsistencias, y con eso poco se retorna al afligido caserío.

Se ha estrenado Schmidl como guerrero, y ciertamente que a satisfacción de quienes le vieron batirse. De entonces en adelante habrá de contarse con él para toda acción de la especie, y aún más. Lo dirá el corrido de los acontecimientos.

¿Qué ha sido, entre tanto, de la nave que enviaron los Welser con mercaderías por negociar? ¿Qué del capitán Enrique Paine, destinado a factor en tales operaciones, y qué de la gente venida con él? ¿Emprendió, acaso, el viaje de regreso, al pernotar que en aquel Río de La Plata no había plata alguna, ni posibilidad siquiera de efectuar trato de comercio? No podrán decirlo las futuras historias que narren todo lo sucedido, ni falta que hace el ocuparse de ello.

Sea como fuere, el hombre de Straubing an der Donau ha quedado en tierra, con muy pocos de sus compatriotas, entre españoles que a pesar de las aflicciones y el hambre, siguen acunando ideales y forjándose ilusiones, porque así son de natural. Tal vez, si no a pensar, él mismo ha empezado a sentir como ellos. Y acaso en el fondo de su alma ha asomado una brizna de ilusión, que por allí dentro le salta y cosquillea, sin que su temperado razonar de *homo germanicus* sea capaz de abatirla.

Huelga decir que las flacas provisiones obtenidas del rancho a los Karendis no han aliviado la situación sino por días. La planicie sigue desierta y sólo a duras penas se consigue en cacería algún animalejo descarriado. Lo que se pesca en el río no alcanza sino para el untado de las manos. De los hombres que fueron

hasta lejos, en busca de provisiones, no se tiene la menor noticia, y de ninguna otra parte más se puede esperar socorros. Así las cosas es dable decir que Santa María del Buen Aire nació con mal hado.

El hambre ha llegado a los extremos de la bárbara crudeza, y los expedientes para acallarla resultan más bárbaros aún. Se ha recurrido ya a cuanto alimaña tenía asidero dentro o fuera del fortín llamado ciudad, pero también ésa ha concluido por desaparecer, consumida a tarazonas crujientes o a dentelladas convulsas. Sigue entonces la de apelar a cuanto cuero hay a la mano, sin dejar ni siquiera el de los borceguís reblandecidos por el uso.

La indiada que empezó por merodear en las inmediaciones de lo feblemente cercado, a buen seguro que percatada de las aflicciones de sus enemigos, empieza con el acoso formal y el asedio firme. Ya no es posible salir de la cerca o estacada, y hay órdenes terminantes que lo prohíben para evitar muertes inútiles y no restar vidas para la defensa.

Schmidl lo contempla todo, roído como cualquiera por la hambruna. Y contempla luego cuadros de horror que ponen en duda la elevación moral de la especie humana. Por haberse comido un caballo, a hurto de quienes los cuidan, tres hombres han sido condenados a la horca. Los cuerpos inánimes penden del árbol de la justicia mientras es día claro. Pero a la noche, cuando la oscuridad brinda su cobertura cómplice, espectros que fluctúan entre ésta y la otra vida, desgarran las carnes de los ajusticiados, para llevarse a devorar tajadas de muslos y de brazos.

Se dice que el adelantado, que apenas sale de su "casa fuerte" porque llagas dolorosas le estorban los movimientos, ya no reniega ni echa votos, como antes solía hacerlo. La situación en que se debaten él y su

gente le lleva a rememorar la injusticia cometida con Osorio, y a ésta achaca lo sucedido, como justa expiación y cumplimiento de fatales agüeros.

Pero no hay mal que dure en demasía, ni desgracia que al fin y al cabo no tenga socorro. Cansados del asedio, que no les reporta utilidad y a su vez afligidos por el hambre, los indios se retiran paulatinamente. A poco más regresa Ayolas trayendo provisiones y la noticia reiterada de que aquello de las montañas de plata es realidad de la que no puede ni debe dudarse. Añade el resuelto capitán que allá, río arriba, ha establecido un fuerte con el nombre de Corpus Christi, que ha de servir como asiento de aproximación a la montaña espléndida y base de aprovisionamiento para jornada que es necesario emprender, cueste lo que costase.

Las gentes se reaniman moral y materialmente. La ilusión que se les iba apagando frente al embate de las crueles realidades, vuelve apoderarse de sus ánimos con renovado vigor y exultantes demostraciones. El deseo de vivir, sola fuerza que les sostuvo durante la hambruna y el asedio, crece ahora y se arrima, para expandirse más, al brazo que tiende Ayolas señalando el norte.

El mismo don Pedro de Mendoza se siente como curado por un ensalmo y capaz de mover la persona del modo que lo hace cualesquiera de sus subordinados. La sugerencia del alentado capitán ha merecido su plena aprobación, y tanto, que ordena sobre tablas sean tomadas las providencias para emprender la jornada.

En mitad de la ciudad-campamento se reúnen los hombres formando filas para la operación del recuento y verificación de quiénes están en condiciones de marchar por el río arriba. Escualidos, macilentos, con los huesos que apuntan, incisivos, bajo de la piel apergamada, pero con los ojos que brillan de alacridad, los

hombres pasan revista frente al adelantado y sus capitanes. No pocos de ellos muestran lesiones graves o heridas no cicatrizadas aún.

El alemán está dentro de las filas, como uno de tantos, pero indemne y exento de dolencias. Sólo que el macizo corpachón de los primeros días ha quedado reducido a mínimas proporciones y el colete y los greñescos le bailan de puro holgados. No tiene figuración alguna en el cuadro, salvo la de ser de los pocos que lleva al hombro el arcabuz y la de sobresalir por la estatura.

Minucioso como es para observarlo todo y reparar en cuantías, al hallarse entre sus compañeros de azar reunidos, advierte que de los dos millares o poco menos que eran, dentro de la formación sólo figuran quinientos sesenta, aparte algunos otros que no cuentan como gente de guerra. "Los demás —razona sombríamente— habían hallado la muerte por hambre o por haber sido matados por los indios. Dios sea clemente y misericordioso con ellos y con nosotros todos!".

Los carpinteros de ribera trabajan sin cesar en la construcción de pequeños bergantines, que a él, con algún conocimiento de la especie, adquirido en Amberes, le cuesta aceptar que así les llamen los españoles. Son simplemente bateles de alguna mayor dimensión, provistos de un palo mastelero que carga una sola vela y lleva a proa cierto aparejo que quiere ser bauprés. Barco así equipado no puede menos de contar con el dispositivo para los remos que serán en definitiva los elementos de propulsión.

Concluida esta labor en corto tiempo y hechos los necesarios aprestos para la jornada, Ayolas toma cuatrocientos de los hombres disponibles, para llevarlos consigo. Incluye entre ellos al alemán que ha prestado su concurso en las obras y le recomienda su comporta-

miento en los días pasados, el temple de ánimo que manifiesta y sus habilidades manuales.

Con no poca extrañeza de su parte, el día del embarco ve que el propio **thon Pietro Manthossa** toma sitio en uno de los bergantines, al lado de Ayolas. No se le escapa a su entendimiento que, dolamas y todo, el capitán general quiere ser de los primeros en alcanzar la remota montaña del metal, y en estas disposiciones no tiene mucho por encima del último de sus subordinados.

El, a la verdad, poco es lo que confía en los decires indios que Ayolas ha renovado con su facundia española y sigue pregonando a voces. Pero ese poco de confianza es suficiente para arrancarle de allá adentro instancias de algún poder y alguna fuerza, que le llevan a admitir la posibilidad de cualquier hallazgo feliz en tierra adentro, siguiendo el camino de agua que está por recorrerse.

Al deslizarse las embarcaciones a todo lo que pueden las velas y los remos, ve cómo la gente de a bordo clava los ojos en el parvo caserío del que se aleja, quien sabe para siempre. Aunque abatido por el mal hado, es suyo porque salió de sus manos y lo idealizó su fantasía. Y seguramente que la separación duele a muchos, si no a todos.

Si él fuera un sentimental como aquella gente, tal vez sentiría lo mismo.

4

**RIOS, SELVAS, HOMBRES**

La flotilla remonta lentamente el Paranaguasú que dicen los aborígenes, tratando de cortar la fuerza de la corriente a filo de proa y golpe de remo. El trapo sólo ayuda cuando sopla algún viento sureño, sin que la bancada pueda aliviarse del todo, expuesta a los latigazos de un sol inclemente.

El paisaje ribereño va cambiando a medida que se avanza aguas arriba. No es el ya el de la llanura de monótona superficie y vegetación poco menos que esmirriada. Manchones de arboleda festonean ambas márgenes, como señalando de que la comarca es menos avara y más alentadora de confianzas. Más allá, hasta donde alcanza la vista, sigue la planicie, pero mostrando ya variedad de verdores como indicio de lozanía.

La curiosa mirada de Ulrico va y viene entre la corriente de faz leonada y borbollante y el festón de arboleda que la ciñe, siguiendo las caprichosas curvas de sus meandros. Mas no para echar la mente a divagar en fantasías sobre aquello y lo otro, como advierte en sus amigos españoles, a juzgar por los diálogos con que se entretienen, sino en procura de realidades, de hechos

objetivos, que pueda captar y guardar en el almacén de sus experiencias.

La impensada lentitud de la navegación ha hecho que las provisiones de avío mermen hasta agotarse y se presente de nuevo el espectro del hambre, esta vez a flote sobre aquel río interminable. Pero quiere la fortuna que cuando habían ya bajas por inanición, salga al encuentro de la flotilla otra análoga de esquifes indígenas. Se ha llegado al término, por lo menos temporáneo, de la jornada.

Los timbúes de las barquillas tienen suficiente comida para hartar a los necesitados, y cuando esto se ha conseguido, no queda más que navegar corto trecho para arribar al campamento de Corpus Christi, que Ayolas anunció haber levantado en su primer viaje. Allí está tal campamento, con sus casuchas de ramazón y barro, y los hombres que allí dejó el capitán a la espera de nuevas actividades.

Schmidl aprovecha el reposo de los primeros días para satisfacer curiosidades que se le despertaron desde su primer contacto con hombres de la tierra. Observa a los timbúes detenidamente, viendo cómo se conducen, qué hacen y cuáles cosas llevan encima. En cuanto concierne a sus mujeres, por el grotesco pintarajeo de las caras y las actitudes desmañadas, las halla sencillamente toscas, ciertamente indignas de que un hombre como él detenga la vista en ellas.

Sus modestas barquillas, en cambio, tienen para él cierto atractivo. Tras de haberlas mirado y remirado a su gusto, halla que se parecen un poco a las que usan los pescadores de Alemania, tal vez las que vió de niño y de adolescente a flote sobre el Danubio. Siempre Alemania en sus recuerdos, aun en comarcas salvajes, habitadas por gentes que ni siquiera llevan vestidos.

Entre tanto el adelantado ha dispuesto que el cam-

pamento se traslade a sitio mejor y así se levanta el nuevo, que ha de llevar el nombre de Buena Esperanza. Sugestivo el nombre para aquella gente, que de eso, precisamente, vive: De esperanza animada a una ilusión.

Ayolas quisiera reiniciar la jornada no bien se hayan tomado las disposiciones necesarias, y en esto es parco a la par que presuroso, lo que equivale a decir desprevenido. Pero la dolencia del adelantado ha vuelto al estado de gravedad, y las llagas del vergonzoso mal que le corroe tienen a su cuerpo tumefacto y poseído de calenturas. Aunque el espíritu esté aún por sobre la materia, imposible ir con el tozudo capitán en semejantes condiciones. Y a tanto llegan su postración y paulatino decaimiento del ánimo, que decide retornar a Buenos Aires.

Ulrico llega a enterarse de esto, como todo el común de hombres a que pertenece. Y un buen día ve a *thonn* Pietro reembarcarse y tomar el rumbo del sur con el favor de la corriente. Por indiscreciones de pendo-listas se ha divulgado la especie de que deja al partir poderes suficientes para que Ayolas asuma en su lugar el mando y proceda en su nombre del modo que mejor estime en las circunstancias presentes o venideras.

Media el mes de octubre cuando la expedición zarpa del campamento de Buena Esperanza, en los consabidos bergantines y en botes indígenas proporcionados por la largueza de los timbús. Sobre estar dotada de más densa vegetación, la nueva comarca a la vista abriga al parecer mayores gentíos que la de abajo. Al cerrar la noche del primer día de navegación dan con un pueblo dicho de los *Corondas*, más adelante con los *Quila-zoas* y luego con los *Mocoretás*, gente toda de una misma progenie y una sola traza. Schmidl vuelve a ejercitar con unos y otros sus aficiones de observador cu-

rioso y a apreciar lo que tienen de característico. Sigue hallando feos a las mujeres, así por la faz achatada y los ojillos mongoloides, como por las rayas de hija que llevan en la frente y las mejillas y las hace aparecer acuchilladas y sangrantes.

Llega con las últimas a un grado de expectación que no ha tenido anteriormente con otras. La apetencia viril acumulada en su subconsciente le lleva por indirecta pero segura vía a reparar en aquello que se conecta con lo impreciso del estímulo. Pero las *Mocoretás* tienen cubiertas "sus partes", lo que es buen preventivo para mirada de extraños. No así las *Zenna Saluaish-co* (Chanás Salvajes), tribu viviente más río arriba, que andan al igual que sus varones, tal como Dios les echó al mundo.

Aparte la insensible peculiaridad, los *Zennas* son una pobre gente que apenas si tiene de comer lo que le produce el rancheo y la depredación a sus vecinos. Siguiendo el mismo derrotero de contracorriente, la flotilla da luego con los *Mapenes*, que les salen a recibir en son de guerra, montados sobre ligeras como veloces canoas. Unos cuantos arcabuzazos, algunos cuerpos bronceados que caen al agua, y el lance termina con mengua de los canoeros, que se ven obligados a dejar el río y desparramarse por la floresta ribereña.

Se habla de perseguirles hasta dar con sus aldeas, para vaciar sus trojes. Pero no hay manera de hacerlo porque la floresta es toda un lodazal y en éste no se divisa sendero alguno.

Jornadas más adelante se llega a la embocadura de un río, tan majestuoso como el Paraná, al que surte con su caudal entre remolinos por dentro y desbordes por fuera. Tras de breve vacilación, los hombres de mando disponen que la flotilla deje el Paraná y tome su tributario, habida cuenta de que éste trae sus aguas por

el lado de occidente, el de la lejana montaña de los metales.

De más está decir que Ulrico, hombre del "común", como él mismo se califica, nada tiene que ver con aquellos pareceres. Hecho a la estricta disciplina, como buen alemán, no le corresponde sino el papel de obedecer. Los que mandan sabrán lo que hacen y por qué lo hacen, máxima si el principal de todos, aparte su ímpetu y arrogancia, parece tener incrustada una brújula entre el cerebro y el corazón.

Mas, si sus deberes y sus acciones se concretan a los del soldado, lleva dentro de sí al hombre capaz de elaborar ideas propias, sentir a su manera y ver las cosas de acuerdo a su temperamento. No le interesa el paisaje sino las gentes, un poco por curiosidad y un mucho por entender que el mejor material de estudio para el hombre es el mismo hombre. Si acaso alguna veleidat tiene cabida en esta propensión, acháquesela a estar en la lozanía de los años, época de la vida en la que no todo es frialdad y contención de los apetitos.

Por boca de los aborígenes se sabe que el nuevo río se llama Paraguay, nombre que él, en su dificultosa dicción germana, repetirá siempre como *Paraboe*. Las aguas de este río bajan más turbias y sus márgenes se muestran más henchidas de vegetación y con mayores indicios de albergar viviendas humanas.

Una tribu dicha de los *Curumeguás* es la primera de la nueva comarca que se les presenta al paso. Más tarde se da con los *Agaces*, parecidos a aquéllos en el género de vida, las fachas y las costumbres. El hombre Schmidl, al reparar sucesivamente en ambos, halla una particularidad entre los segundos, tan notable como sorpresiva. Sus mujeres, aparte de garbosas son bonitas, o por lo menos así le han aparecido a él, bien

que con la tacha de la pintura grotesca en la cara y el aditamento de paños cobertores de "partes".

Los **Agaces**, cierran el paso a la flotilla de incursores con cientos de piraguas atestadas de guerreros. La lucha se empeña rabiosamente entre bergantín y piragua y arco contra ballesta y arcabuz, con tumultuosa algarabía de voces y estruendo de disparos que se repercuten dentro de los recintos sombríos de las selvas ribereñas. A la postre ceden las piraguas y los bergantines hallan vía libre para proseguir la marcha, mas no sin dejar atrás quince hombres que el destino ha querido queden, asateados, sobre el haz de las aguas.

Unos días más de trabajosa navegación, y la flotilla da con un espacioso seno del **Paraboe**, en donde la corriente se estanca y las aguas se arremansan plácidamente. Al fondo de la playa libre de arboleda se levanta una leve eminencia, sobre la cual se acierta a divisar una caprichosa serie de valladares, que son, al parecer, las obras defensivas del pueblo allí asentado. Unos cuantos aborígenes con el arco en las manos y el carcax lleno de flechas a la espalda, circulan por la playa, en actitud que bien puede tomarse por expectante o por retadora.

Ayolas manda desembarcar a todos y tomar disposiciones para llegarse al poblado en la forma que mejor convenga a la circunstancia. Los hombres armados de la playa, expresándose en la lengua que algunos de los auxiliares indígenas alcanzan a entender, prorrumpen en gritos su indignación y el mensaje de su pueblo para los intrusos. Deben éstos regresar a sus embarcaciones, y allí estarse quedos, que en punto a alimentos, ellos les proveerán de cuanto necesitan. Si así no lo hacen, tengan los blancos por seguro que han de ganarse enemigos implacables.

Sin hacer caso del reto los blancos se lanzan al asalto de Lambaré, que así se llama el poblado, y tras de esquivar empalizadas y fosos y derribar cuerpos bronceados, no tardan en llegar a aquél y proceder al consabido rancheo. No cupo a los alcances de ninguno de los vencedores que los **Carios** de Lambaré fueran dueños de tanta y tan variada copia de bastimentos: Maíz, yuca o mandioca, camotes, maní, bayas de palmera y otras frutas, aparte, naturalmente, de pescado y carne seca de animales cobrados en cacería.

Schmidl, a la vista de estas provisiones, piensa en que desde antes de haber empezado a escasear, allá abajo, las traídas de Europa, no se ha dispuesto de igual cantidad y variedad para satisfacer necesidades perentorias. Y se entrega, al igual que sus compañeros, a hartarse con aquello, de lo cual hay bastante que gusta por primera vez.

La ocupación de Lambaré por los tenaces forasteros pone a los **Carios** en razón y en camino de pedir y ajustar las paces. Estas se sellan con regalos para el capitán, en la consabida especie de vituallas y, lo que es más generoso, en la de seis garridas mozas, ninguna mayor de dieciocho años de edad, según aprecio del bávaro que lo presencia todo.

Con el correr de los días y el estrecharse de las relaciones, la generosidad de los nuevos amigos en punto a dádivas del orden mujeril, se extiende a oficiales y tropa. Todos reciben su ración, consistente en dos ejemplares de aquella especie, "para que cuiden de nosotros, nos cocinen, laven y atiendan en otras cosas más", comenta el avisado Schmidl, discretamente.

En razón de ello y mucho más, no extraña al buen bávaro que su capitán general decida acampar en Lambaré por tiempo no definido de antemano, pero tampoco libre de oficiosidades. La parte de éstas que a

él le toca, con no ser mucha, le brinda horas suficientes para entretenerse y observar todo aquello que suscita su interés. Ve así cómo los hombres son de guapos y bien dispuestos para guerrear con enemigos y se entera de sus largas incursiones por tierra adentro. Y, como no puede menos de ser, repara en las hembras, en su modo de presentarse y conducirse y, finalmente, en la liberalidad para franquearse a las apetencias amorosas de propios y extraños.

Dentro de este ambiente de peculiaridades humanas y el de la naturaleza tropical preñada de calurosos incitamientos, la frialdad germánica tiene que ceder de por fuerza. Y no es aventurado suponer que entonces los aguzados dientes mordisquean a su gusto la muelle pulpa de aquellas frutas selváticas.

Han transcurrido semanas de descanso y asimismo de nuevos preparativos, y Ayolas, que no deja un punto de pensar y soñar en las miríficas montañas de la lejanía, manda aparejar de nuevo las embarcaciones, proveerse de viveres y alistarse los hombres para la reiniciación de la jornada. Seguirá ésta por el río arriba, hasta donde el capitán, por los palpitos del corazón y los cálculos de la mente, intuya de que debe tomarse puerto. De allí en adelante, será la de seguir por tierra, sea como fuere, y no detenerse hasta alcanzar la meta.

Zarpa la flotilla un día de esos, escoltada por piraguas de los amigos carios o guaraníes, que se han brindado a acompañarle. Nueva vez el cortar corriente a bote de remo y ayuda de viento y nueva vez riesgos y penurias que experimentar y superar.

Al cabo de algunas jornadas llevadas con bien, se avista unas márgenes del lado izquierdo, según el rumbo, que los acompañantes guaraníes dicen pertenecer a ciertas gentes llamadas los *Piraguás*. No tardarán és-

tos en acudir, con muestras de buena acogida, y Ayolas entra a interrogarles sobre lo consabido. Los ribereños responden con soltura. La noticia de las montañas que atesoran el blanco metal es cierta, certísima. La han recibido de amigos suyos que viven más tierra adentro, con la añadidura de que quienes moran en derredor de aquéllas son hombres que llevan vestidos y adornos de ese metal y se llaman los *Caracarás*. Tan seguros están de todo ello, que les domina la ansiedad de ir en su búsqueda, y bien pueden hacerlo a la sazón, acompañando a los anhelosos blancos.

Ayolas no duda de tales afirmaciones, ni duda de los nuevos amigos. Se apreviene rápidamente para la marcha con lo que supone de su gente más dispuesta y en mejores condiciones físicas. Dispone finalmente que el resto quede al cuidado de los bergantines, con la misión de esperarle allí para cuando regrese del país de los *Caracarás*. Para el mando de quienes quedan con tales cometidos escoge a un hombre de su confianza, cierto Domingo Martínez de Irala, que ya tiene dadas pruebas de valor y pericia en entreveros con indios y manejos con españoles. Y así parte de aquel paraje que ha dado en llamar el puerto de la Candelaria, con trescientos de los suyos y un número igual de *Piraguás* que conducen la impedimenta.

Schmidl es de los que quedan con Irala, acaso por instancia de éste, que le distingue ya de entre "el común" por razón de sus habilidades. Se ha enterado de que Ayolas, antes de emprender la marcha por tierra, ha dejado poderes a Irala para el mando general, substituyendo en él los que le hubo otorgado don Pedro de Mendoza en el real de Buena Esperanza. A su modo de apreciar las cosas, Ayolas ha sabido escoger al mejor de sus capitanes para delegación de tanta magnitud.

La espera en La Candelaria, que debe ser de cuatro meses, se alarga hasta el medio año. Los **Payaaguás** acuden al campamento con víveres y, por lo demás, permanecen alejados del campamento. No se cierne peligro alguno de ese lado ni de otro, y lo por hacer allí se reduce a cosas de leve sustancia. Con la inacción viene la galbana, que los aires del trópico y los incitantes estímulos de la selva se encargan de acrecentar y llevar hacia la laxitud de los ánimos y el regalo de los sentidos.

Distracciones, las hay, y es Irala el primero en procurárselas, así a bordo del bergantín en el que tiene la insignia del mando como en excursiones por el río abajo, hacia vecindarios indígenas ribereños. Consisten las tales en el trato con las mozas de la piel oscura, los rostros embijados y las curvas turgentes, trato al que el alemán, dada su naturaleza, no tiene la afición de sus amigos españoles, pero no puede menos de frecuentarlo, con el ejemplo a la vista y las instancias del ambiente.

Un día del mes de junio arriban a La Candelaria dos bergantines venidos de la lejana Buenos Aires, al mando de los capitanes Juan de Salazar y Gonzalo de Mendoza. Salieron de allá, cinco meses atrás, enviados con socorros para Ayolas, de parte del doliente don Pedro, que aún alienta esperanzas de que su lugarteniente dé con los tesoros de la montaña. Ninguna noticia puede proporcionarles Irala acerca de aquél, y ante la incertidumbre concierta con Salazar una entrada por la ruta que Ayolas tomó a indicación de los **Payaaguás**.

La entrada no es de mucha efectividad, ni alcanza mucho recorrido. Al cabo de diez o doce días regresan los dos, con la nula novedad de que allá adentro la tierra es mezquina y dura y no han encontrado en ella gente alguna que sepa de los expedicionarios. No

debe abrigarse temor por ello, pues quien va a su mando es más duro que la tierra y sabrá dominarla y ganar lo que se ha propuesto.

Tras de la corta jornada, Salazar y Mendoza emprenden la navegación de regreso. Algo han dejado en La Candelaria, en la forma de vagos rumores, que Irala considera en presunto menoscabo de su autoridad delegada y de la empresa que comparte en estas alturas con su ausente capitán.

Con el correr de los días, la consideración le sugiere sospechas, y para saber a qué atenerse decide marchar hacia abajo. Toma de entre sus hombres a los que estima mejores y echa a bogar aceleradamente.

Schmidl se encuentra entre los escogidos, y va al lado de su capitán, que ha despertado sus simpatías y a quien está dispuesto a servir y obedecer, más por el lado de aquéllas que por el de la simple subordinación a quien manda. Al recalar en el Lambaré de los **Carios**, acierta a ver en la ribera un recinto estacado, y en éste algunas construcciones no precisamente indígenas. Pronto es enterado de que aquello es obra del capitán Salazar y ha dado en llamarse "casa y fuerte" de Nuestra Señora de la Asunción.

Allí está un cierto Ruiz Galán, recientemente llegado de Buenos Aires con pliegos y noticias de última data. Don Pedro de Mendoza no ha podido más con su dolencia y sus decepciones, y se ha marchado por España, dejando así, al Ruiz Galán cartas de encargo para que le substituya, en el caso nada improbable de que Ayolas hubiese desaparecido sin dejar poderes a otro.

Irala y el recién venido entran en alegato que deriva en contienda. Los papeles que exhibe aquél son más válidos que los mostrados por éste, pero en la circunstancia procede el segundo con más desenfado y

apela en último término a la decisión de la gente. El resultado es contrario a lo que se pensaba el audaz. Consultados no ya solamente los capitanes y oficiales, sino también "el común", la gran mayoría se pronuncia por el amigo de Ayolas. Schmidl, que ha estado entre los de la clase llana de la consulta, anota para en lo venidero, con expresiva sobriedad: "Ya él nos había estado mandado durante largo tiempo y trataba bien a la gente y era muy apreciado por nosotros".

Vuelve Irala con los suyos a La Candelaria, esta vez dispuesto a procurar por todos los medios información acerca de Ayolas, y, si el caso es necesario, ir en su alcance y socorro. Pero apenas ha llegado al puerto, un indio cautivo de los Payagúas y fugado de éstos viene con la primera nueva de lo ocurrido no ha mucho. Han sido aquéllos los culpables de todo.

Schmidl acompaña a Irala a entrar en la aldea de los Payagúas y oye de boca de éstos de cómo Ayolas tuvo desastrado fin a manos de selvícolas. Pero en este decir incurren en contradicciones que huelen a falsía. Ve el alemán que su jefe quiere saber más y castigar a la vez, y para ello toma caciques indios y les somete a torneo para que se expresen mejor. Fueron ellos quienes, en una emboscada alevé, mataron a Ayolas y a toda su gente, cuando volvían de la montaña de plata.

La selva tiene sus leyes rigurosas e implacables, y quien las aplica es el circunstancialmente más fuerte. Estando en ella, nada es de extrañar o mover a compasión en caso dado. Así el lansquenete actúa impasible en la operación de castigo que su jefe impone a los culpables, cegando vidas, quemando bohíos y arras-trando cautivos.

Nada queda por hacer ya en La Candelaria y sí, bastante, en la "casa fuerte" de Asunción, en La Buena Esperanza y en Buenos Aires. La hueste española

toca en la primera por breves días, se apreviene de cuanto necesita y prosigue el viaje. Al llegar a la segunda, que algunos siguen llamando Corpus Christi, se enteró Schmidl de que han ocurrido allí luctuosos acontecimientos, y todo por causa del mal trato que los hombres del fuerte daban a los indios comarcanos. Poco o nada es lo que puede remediarse, y en vista de ello la navegación prosigue sin más contenencias hasta llegar al punto de destino.

A poco de estar en Buenos Aires se ha dispuesto el envío de una nave a la lejana comarca de Santa Catalina, para proveerse allí de víveres y, al regreso guiar a una carabela que viene de España trayendo socorros y más gente para la empresa. El capitán Gonzalo de Mendoza, designado para el mando de aquella nave, pide para la dotación seis hombres de los mejores. Cabe a Schmidl la honra de ser de los escogidos, y en tal condición se embarca y parte con Mendoza, en los primeros días de junio de aquel año.

Tras de feliz navegación llega al lugar señalado, y allí ve la carabela cuyo capitán es un cierto Alonso Cabrera, que ha de tener más tarde torcida actuación en el suceder de los acontecimientos. Las dos naves, luego de haber cargado provisiones, enfilan proas hacia Buenos Aires, y toda va bien hasta la entrada en el estuario platense.

Quiere el azar que allí el lansquenete bávaro experimente el peor de los percances. Una recia tempestad agita las aguas y zamarrea la nave en que se halla, hasta hacerla encallar y zozobrar. No queda más que echarse por la borda y mantener el cuerpo a flote.

Es noche cerrada, y Ulrico tiene que vérselas con las olas embravecidas entre lo espeso de las sombras. Pero allí está, por suerte en la desgracia, el palo mastelero de la nave, y a éste se aferra en obstinada defen-

sa de la vida. Extenuado y jadeante alcanza tierra al amanecer, junto con otros salvados del naufragio.

No concluyen allí las penalidades. Es preciso caminar largamente en busca de auxilios, y durante días marcha por las riberas del estuario, sin disponer de otro alimento que raíces y frutas silvestres. Así, hasta llegar a la isla de San Gabriel, en donde yace detenida la otra nave, que recoge a los náufragos y, fuera ya de peligro, les conduce a Buenos Aires.

**5**

**EL PAIS DE LAS AMAZONAS**

El mal hado que persigue a la ciudad de don Pedro de Mendoza concluye por descargar sobre ella el más funesto de los golpes. Alonso Cabrera, el patrón de la nave que Schmidl vio venir desde Santa Catalina, tras de haber puesto a los hombres de vuelta y media con sus intrigas y soflamas, deja advertir deliberados propósitos de acabar con la ciudad y cargar río arriba con sus pobladores. Irala alienta los mismos propósitos, poseído como está del encantamiento de la Sierra de Plata. Tanto hacen uno y otro, que al final, en 1541, todo lo edificado a orillas del Plata queda en escombros, y los hombres que allí permanecían son trasladados a Asunción.

Ulrico acierta a ver cómo trabaja la picota para destruir y cómo las llamas abrasan lo que no puede ser conducido aguas arriba del Paraná. Aunque sigue preciándose de ser uno de tantos "del común", ya no lo es por entero. Ha días se le tiene por hombre con mando subalterno sobre la tropa, calidad que él mentalmente traduce a su lengua materna como Feltweibel, sargento, o mejor, suboficial, para decirlo en términos de hoy en día. Es así una especie de intermediario entre

capitanes y soldados, con el cometido de transmitir órdenes de aquéllos para éstos y, viceversa, llevar pedidos y alzar demandas.

Una vez en Asunción, como Irala ha querido, participa en la faena que éste impone, de desbrozar la selva que circunda al incipiente poblado. No ha menester de mucha penetración en las cosas para darse cuenta de que tal faena obedece menos a la intención de despejar el campo que al de derribar árboles para obtener tablazón utilizable en la construcción de embarcaciones. Llega así a la conclusión de que el caudillo tiene la mira puesta en acometer la empresa que Ayolas dejó trunca, mejor provisto y con mayores prevenciones que el victimado por los payaguás.

Así como impone silencios, la madre selva propaga también rumores. Un día de esos llega a Asunción la vaga referencia de que hacia el oriente, allá por lejos, discurre un grupo de hombres blancos cuyo rumbo señala el lado de la naciente colonia. Refuerzos y provisiones que envía la sacra cesárea majestad, piensa el *feltweibel*. Bien venidos sean, que de unos y de otras hay haría necesidad para la acción en perspectiva.

Refuerzos, sí, pero en hombres cuyo físico la penosa travesía ha puesto en menoscabo, según es el talante que traen a su entrada en Asunción. Pero no es eso lo que le contraría, igual que a sus camaradas veteranos, sino la calidad del hombre a cuyo mando vienen. Se llama Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nombre que en lengua española no tiene mucho de grave ni de señorial, y trae título en regla, otorgado por el real e imperial soberano, para substituir en el mando al que ellos, los veteranos, tienen elegido.

Da el hecho para renegar y dudar de la justicia y al acierto con que se procede en España con respecto a las cosas de América. Mas ni el reniego ni la reprobación

son parte a cambiar el decurso de los hechos, y así advierte el alemán que Irala considera, al ver cómo, sin alterarse en modo alguno, recibe a Alvar Núñez y le entrega el mando de la colonia. Es más: En ceremonia de pública ostentación, presenciada por él y otros muchos, se le declara hermano bajo de juramento. Corren los primeros días de marzo del año de gracia de 1542.

Las primeras medidas de gobierno que toma Alvar Núñez no son para borrar la mala impresión causada en los veteranos por el hecho de desplazar a su antiguo jefe. No es que sea mala persona, ni carezca de méritos para llegar al mando. Eso lo reconocen todos. Pero se trae un aire de valimiento, que contrasta agudamente con la llaneza de Irala y, por sobre eso, ha comenzado por querer que se altere el régimen de las encomiendas en detrimento de los usufructuantes de ellas.

Pasan los días, y en eso una partida de exploradores enviada por el río Paraguay arriba, encuentra resistencia y aun acometividad de parte de los aborígenes comarcanos. El nuevo gobernante dispone que vaya a escarmentarlos un grueso destacamento bajo las órdenes de Irala, en el cual se incluye a Schmidl. El destacamento entra en las tierras de aquéllos, acaba con sus arrestos y captura a su caudillo, nombrado Aracaré. Y en ejecución de instrucciones que Alvar Núñez ha impartido a última hora, cuelga al caudillo de un árbol.

La extrema medida suscita el encono de las parcialidades guaranícas vivientes hacia aquella región, las cuales se alzan en armas, conducidas por el cacique Tabaré, hermano del ahorcado.

La acción de los hombres de Irala es rápida y, cuanto rápida, violenta. El sargento arcabucero tiene lucida parte en la expugnación del recinto de palizadas tras del que Tabaré se ha encerrado. Ocurre allí dentro

quieren dar, con derrotero de confianza y se muestran como inseguros y desalentados. Más todavía: La constante imprevisión española ha hecho que el cargamento de víveres sea insuficiente, no obstante haber cargueiros indígenas de sobra, y ya empiezan a notarse los efectos.

Irresoluto o temeroso de lo que pueda sobrevenir, Alvar Núñez reúne en consejo a los oficiales para pedir sus pareceres acerca del evento. Prevenidos como se hallan éstos contra su jefe, aprovechan la ocasión para mortificarle y echar por tierra sus intentos, y todos unánimemente se pronuncian por el desistimiento de la jornada y el retorno al punto de partida.

Dieciocho días han pasado apenas desde el de la salida de Los Reyes, cuando urgido por tales determinaciones, Alvar Núñez ordena el tornaviaje. Pero dispone antes que diez hombres, con cierto Francisco de Ribera por cabeza, contiñen adelante para tomar información de la tierra y sus hombres y la posibilidad de volver a intentar la jornada.

Schmidl, que como parte "del común" no ha tenido noticias y menos participado de los acuerdos, atribuye exclusivamente al jefe superior aquello de la necia contramarcha. Y anda murmurando de él entre los suyos y repitiendo de que le faltan coraje y capacidad para las grandes obras.

Es ya diciembre, el mes de las aguas, y las lluvias se repiten con frecuencia, anegando suelos y formando barrizales. Un día de esos es requerido de cierto capitán llamado Hernando de Ribera, quien, por orden del jefe, debe partir río arriba en procura de nuevas informaciones sobre lo consabido. Le place el requerimiento porque demuestra que se tiene confianza en él y, además, la inacción en aquel lugar gasta sus fuerzas morales y le lleva al hastío.

Se ha aparejado para la expedición un bergantín al que se ha dado el curioso y pintoresco nombre de "El Golondrino". Se embarca en éste, formando un grupo de ochenta hombres escogidos, y empieza luego el batir de los remos y el tensar de las velas para la nueva marcha contra la corriente.

El río tiene caudal suficiente para sustentar la pequeña nave, pero cuanto más se avanza por él, sus aguas se van distendiendo más sobre las márgenes. Ello no obsta a que en tales márgenes discurran aborígenes que tienen cerca la morada y se brindan para acompañar a los expedicionarios en sus toscas pero veloces piraguas. Nueva ocasión para que él recree la mirada en ellos y particularmente en ellas, siempre con la curiosidad de ver qué se traen por delante.

A nueve días de singlar derecho, avista una aldehuela cuyos moradores dicen llamarse los Yacaré porque animales de este nombre pululan entre las aguas de sus vecindades. Recuerda entonces el bávaro que allá en su tierra, se habla de este acuático como de una bestia horrorosa que envenena con su solo aliento y es causa de mil calamidades. Se convence entonces de que no es así, y ha de pregonarlo más tarde "allá afuera", recurriendo, incluso, al expediente de citar el caso de su soberano, el buen duque Alberto, que tiene en su pabellón de caza un cuero seco del animal indiano.

Entre cabeceos y crujidos de tablazón, "El Golondrino" ha avanzado en nueve días el tramo de codos y remansos que media entre la ribera de los Yacaré y la de los Jerús, que otros dicen xarayes. Estos, como las aguas del río, son iguales y a la vez diferentes de los pueblos dejados atrás. No deja de sorprender a Ulrico el tatuaje de complicados dibujos que los varones lucen en el cuerpo y más aún el de azulados colores con que las hembras adornan el suyo, desde los senos has-

ta más abajo del vientre. Y éstas se exhiben a la impasible mirada del germano, sin reparo alguno de exteriores.

Impasible, no, a decir verdad, pues tal mirada va hasta hacerle advertir que ellas son guapas "a su manera". Y en cuanto a lo más de allá, es anoticiado o se percató por sí mismo de que "pecan", como cualquiera hija de Eva, pero sólo en caso de necesidad. No insiste en más observaciones sobre el punto, porque esto de la "necesidad" le obliga a ser discreto.

Los Jerús del ingenioso tatuaje son apenas una parcialidad de la tribu que mora en varias leguas a la redonda y cuyo rey, preciso es darle esta denominación, tiene levantado el trono en lugar ribereño de más aguas arriba. "El Golondrino" vuelve a ponerse en movimiento, y no pára hasta encostar delante del sitio real.

¡Qué de sorpresas le depara al sargento de arcabuceros la permanencia en la corte del rey *xarayé*!. Este viene en persona a recibirlos, rodeado por una multitud de vasallos, y el camino que emprenden con él los visitantes brilla de limpio y está adornado con flores y yerbas odorantes. En la capital hay cómodo alojamiento para todos y toca a Ulrico uno situado a pocos pasos del palacio real.

A la tarde hay comilona opipara, o más bien banquete, pues la honra con su presencia el munífico soberano. No es sólo comer bien y regaladamente, sino que el rey, que no deja de serlo en todo, gusta de la música y la danza mientras deglute mayestáticamente. A los acordes de un suave tañer de instrumentos baila en el ruedo un grupo de las más bellas muchachas de la corte, y de tal manera bailan, que el buen hávaro queda absorto y, materialmente, con la boca abierta.

¿Estará soñando talvez? ¿Es posible regalo y opulencia semejantes en plena selva y plena entraña del agreste continente americano?

De tanto estar con españoles y oírles y verles en aquello que respecta a mujeres, se ha contagiado ya del achaque y le va pareciendo natural aproximarse a ellas como a las viandas generosas del banquete. Diez años ha que no ve mejillas sonrosadas, ojos azules y trenzas rubias, como veía de mozo en la lejana Straubing. Sólo, en ese lapso, caras achatadas, ojos en forma de almendra y crenchas de cabellos duros y negros como la sombra, y de tal manera, que ha dado en distinguir los rasgos y apreciar en conjunto los mejores. Pues, sí. No deja de haber belleza entre aquéllas, y más aún entre las de la corte *xarayé*. Resultante de este discorrir de sus sentidos por caminos recién abiertos, es esta experiencia que recoge seguidamente y ha de guardar en sus días: "Son mujeres lindas, buenas, amantes y cariñosas y se traen los cuerpos que arden como brasas".

Al cuarto día de estar allí, el buen rey ha preguntado a Hernando de Ribera, el capitán, cuál es el motivo que les ha llevado hasta él y cuáles las intenciones del viaje. Ulrico oye de labios de su jefe la respuesta que él no habría dado tan secamente: "Que andan en busca de oro y plata". Nada más, pero tampoco nada menos.

El rey, sin mucho detenerse a pensarlo, pone en manos de Ribera una corona de plata, cuyo peso estima el comerciante de Amberes en no menos de marco y medio, una planchuela de oro, larga como de un jeme, aparte de otras preseas menores hechas del blanco metal. Si tan prontamente se ha deshecho de aquello —piensa el hombre de Amberes por encima del hombre de Straubing, y asimismo el capitán Ribera que aca-

ba de decirlo todo en pocas palabras— el monarca xaraye debe de tener mucho más, o por lo menos saber dónde le hay en la abundancia requerida.

Interrogado sobre la procedencia de aquellos valiosos objetos, el buen hombre responde sin titubear, que son parte de un botín tomado en guerra a las Amazonas. Al oír la peregrina especie, español y alemán talvez hayan cruzado una mirada a la vez de entendimiento, admiración y sorpresa.

¿Amazonas dijo? ¿Acaso las así llamadas no son, o eran, historia exclusiva de los linderos entre Asia y Europa? ¡Que se exprese mejor el reyezuelo!

Se expresa sin ningún embarazo y sostiene que las tales existen; tienen un reino de ellas solas y se manejan en éste sin presencia de hombres. Son blancas, hermosas y tanto o más valerosas y aguerridas que los hijos de Adán, a muchos de los cuales tienen sujetos bajo de señorío. Sin embargo, y como no puede menos de ser, necesitan de ellos para ciertos inexcusables menesteres. Y los requieren, claro está, pero sólo en calidad de ocasionales y muy transitorios visitantes. Item más: Son dueñas de mucho oro y mucha plata. Pero viven muy lejos, a cientos de jornadas por la tierra adentro.

El, Schmidl, sabe de las Amazonas desde los años infantiles, y la versión oída o leída sobre ellas difiere un tanto de la referida por el rey xaraye, aunque en el fondo son una sola. Pero jamás se le había ocurrido, ni dispuso de tiempo para ello, de que las mujeres que los griegos vieron pelear a orillas del Termodonte tuviesen en la América salvaje tan esclarecidos retoños. ¿Y por qué no? Todo es posible en esta tierra de arcanos que los ojos de los conquistadores van desnudando paulatinamente.

Años después, cuando esté de nuevo en tierra de cristianos, se enterará de que el régulo xaraye no mentía y aun andaba corto de conocimientos sobre aquellas. Un cierto religioso de la orden dominica, llamado Fray Gaspar de Carbajal y compañero que fue de Orellana en la larga travesía del entonces llamado Río de Marañón, dará público testimonio de haber visto con los propios ojos a esas extrañas mujeres. Irrumpirá, entonces, con la exclamación *Gencau das!* válida tras del recuerdo para la sentenciosa confirmación de que él, Ribera y los demás no habrían comulgado con ruedas de molino.

El real informante se ve al punto acosado por preguntas. ¿Hacia dónde queda el país de las nuevas Amazonas? ¿Qué distancia media entre esta comarca ribereña y la de aquellas espléndidas mujeres? ¿Puede seguirse camino a bordo del bergantín? El hombre contesta ya con menos aplomo y menos seguridad en lo que dice. Su índice señala un punto vago entre el oeste y el norte; indica en su modo de apreciar el tiempo que la jornada puede durar hasta dos meses y sostiene finalmente que desde allí en adelante todo tiene que ser por tierra.

Basta para hombres de resolución y temple como él y sus amigos españoles. Mejor y más precisa que la de montañeses de plata es esta nueva "noticia" de mujeres solas, poseedoras de ingentes riquezas y, además, eventualmente requeridoras de servicios masculinos. Adelante, pues, y que Dios sea servido de llevarles con bien!

Dejando el bergantín con hombres a su cuidado y en compañía de indios xarayes para guías y portadores de la impedimenta, la partida se pone en marcha con el rumbo indicado por el reyezuelo. Tal como éste les ha advertido, los campos yacen inundados por obra de

las continuas lluvias veraniegas. El pelotón se aleja cada día más del río Paraguay, o más bien de su afluente por el lado occidental, el Jaurú, que el capitán Ribera nombra de Igatú.

Tras de chapotear en una planicie cubierta de yerbajos y salpicada de palmeras, entra la hueste en el dominio de las agrupaciones arbóreas. Otra vez la selva, mas no la de distancias atrás, sino una de ramazón menos prieta y con el piso todo lleno de agua, cuyo espesor oscila entre la turbiedad burbujeante de los embalses y el lodo pringoso de las ciénagas.

Por ahí va el alemán de los españoles chapaleando sobre aguazales verdequeantes a fuerza de descomposición vegetal o sumiendo las extremidades en la masa aprehensora de los légamos. A las veces, durante horas y horas, con el agua a la cintura y aun al pecho, mientras mangas de voraces mosquitos, asacatean furiosamente las porciones descubiertas de su cuerpo. Como todo es agua o lodazal, cuando se quiere tomar algún alimento caliente, no hay más recurso que encender fuego sobre pilones de troncos y colgar la olla en su derecha, de algún gajo o alguna horqueta.

La selva sigue densa y huraña. Parece que todas las actividades de la naturaleza estuvieran concentradas en su seno y sólo puede verse la vida a través del árbol. A tal punto llega el hombre en esta impresión, que a momentos siente, más que piensa, una ondulante indeferenciación entre la vida y la muerte. Dan ganas de apostrofarla o recuestarla a gritos y pedirle, no su clemencia, que esto no es de hombres, sino el despejo de sus arcanos. Así el de las Amazonas, que seguramente retiene en un más allá, recóndito pero cierto.

A los días de este recorrido, en un trecho de bosque regularmente enjuto, la hueste expedicionaria da con una aldehuela de indios dichos los Siberis. Poco o

nada es lo que saben éstos del reino de las mujeres solas, y se remiten para el caso a lo que pueden decir los Ortueses, congéneres suyos que viven a varias jornadas de camino adelante. Sigue de nuevo el rumbo por entre arboledas anegadas y bahías rellenas, con hondura de lagunas. Un esfuerzo más y se llegará a los Ortueses, para tomar algún descanso, noticias sobre lo que les lleva y, sobre todo, provisiones, pues las que trajeron de Xarayes se han agotado ya.

Descanso y noticias, sí que encuentran, y suficientes. Aquél, en gracia a la hospitalidad de los nuevos conocidos, y éstas, con la afirmación de que el rumbo que traen es el acertado y el reparo de que el reino de las mujeres queda todavía muy lejos. Mas, en cuanto a víveres, la expectativa queda en el aire. Los Ortueses no disponen para sí y menos para los visitantes, ni aun de un puñado de maíz. Eso está a la vista, por la trasa escuálida que muestran y por lo asolado y desolado de sus pobres sementeras. Una manga de langostas acabó en días atrás con su comida, cuando ésta se hallaba aún en el árbol y en el surco. El hambre reina allí con toda su crudeza, y en las tierras contiguas todo es aguazal y reciura.

En condiciones semejantes, reiniciar la marcha es insensatez, cuando no voluntaria entrega a una muerte segura. Es preciso, por el pronto, desistir de la empresa y volver al puerto de Los Reyes con la "noticia" en claro y la decisión firme de volver bien equipados por el mismo camino, y no parar entonces hasta el reino de las mujeres dueñas de tesoros.

Ulrico, contrariado por la mala ventura, rezonga a media voz y murmura como para ser oído: "Si no hubiera habido tal hambre en la tierra..."

El cacique de los hambreados terrigenas tiene en casa alguna alhajuelas de plata y hasta una cadena

de oro "como las que en Alemania llevan los grandes señores". De nada le sirven en la circunstancia, y habida cuenta de ello, lo entrega todo al capitán de la hueste, a cambio de cuchillos, tijeras y otras baratijas provenientes de las herrerías de Nurenberg. A su vez los vasallos hacen otro tanto con enseres de la propia obra de mano y alguna plancha y alguna argolla del mismo codiciado metal, en trueque directo con alemán y españoles.

El retorno hasta los Xarayes o Jerus es más penoso si cabe, y las angustias del hambre afligen a la hueste, que para entretenerla sólo disponen de raíces y de cogollos de palmeras. Pero allí es ya otra cosa, pues el reyezuelo sigue mostrando largueza y "El Golondrino" está pronto para bajar por el río. Unos días más, y ahí está el puerto de Los Reyes, con su campamento hecho un lodazal, las lluvias que persisten y las provisiones harto escasas.

Alvar Núñez no recibe a Ribera todo lo bien que era de esperar. Por el contrario, le amonesta severamente por haber desobedecido sus órdenes y hace que alemán y españoles sean desposeídos de cuanto trajeron de allá arriba, por estar estrictamente prohibido todo género de "rescates" personales con los indios.

Es así cómo el bien intencionado pero nada discreto capitán general rompe definitivamente con los hombres a su mando. Y cuando, amenguadas las lluvias con el entrar del otoño, quiera él volver de nuevo hacia occidente, oficiales y tropa se unirán para ponerle estorbos y obligarle más bien al retorno hasta Asunción.



Vista del Río Guapay a la altura de Pailas, tal como debió verlo Schmidl al comenzar el otoño de 1548.

Viere Schiffart.  
Wunderbare Historien  
**Liner Wunderbaren**  
Schiffart / welche Ulrich Schmidel von Straubing /  
von Anno 1534. bis Anno 1534 in Americam oder Neuenwelle /  
bey Brasilia und Rio della Plata gethan. Was er in diesen Neuenwelen  
Jahren aufgefunden / und was für seltsame Wunderbare Länder und  
Leut er gesehen: durch ermelten Schmidel selbst beschrieben. An dem  
Tag geben mit Verbesserung und Corrigierung der Sidel  
Länder und Fließnamen / desgleichen mit einer nöthwendigen  
gen Landtaffel / Figuren / und anderer mehr  
Erklärung / gegeben /  
Durch /  
**LEVINUM HULSIUM.**



NUREMBERG,  
Impensis Levinii Hulsi 1599.

73B 26/49/666

Portada de la edición alemana de Hulsius, hecha en Nurenberg,  
el año 1599.



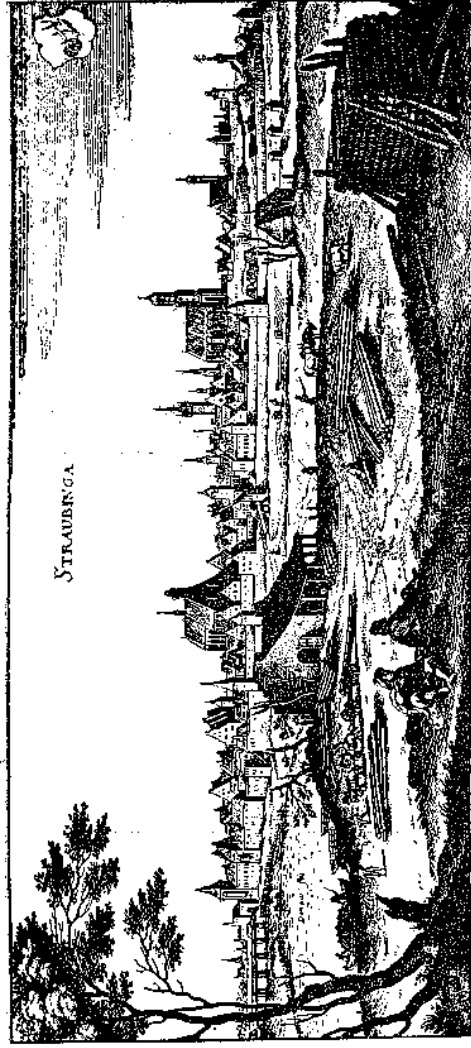
El autor de este libro, en una esquina de la Schmidlgasse de  
Straubing. (Foto Hannelore Meier, del "Straubinger Tageblatt").



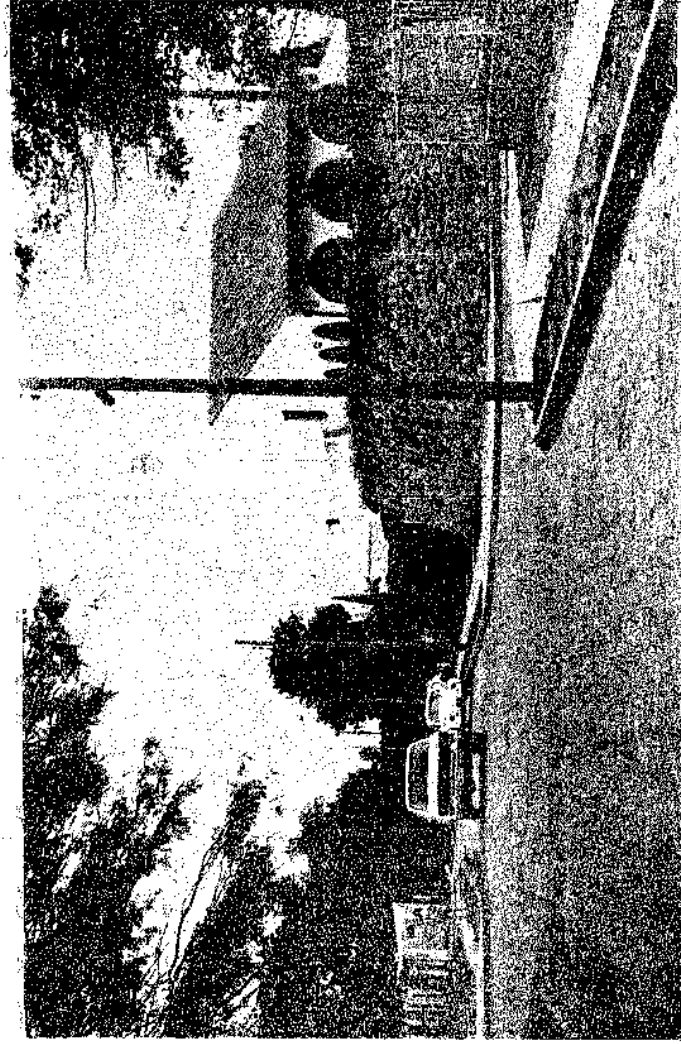
Casa donde nació Schmidl, situada en la Ludwigsplatz de la ciudad de Straubing. A la altura del tercer piso está colocada una placa conmemorativa. (Foto H. Meier, del "Straubinger Tageblatt").



Retrato atribuido a Schmidl, existente en el Museo Histórico de Straubing.



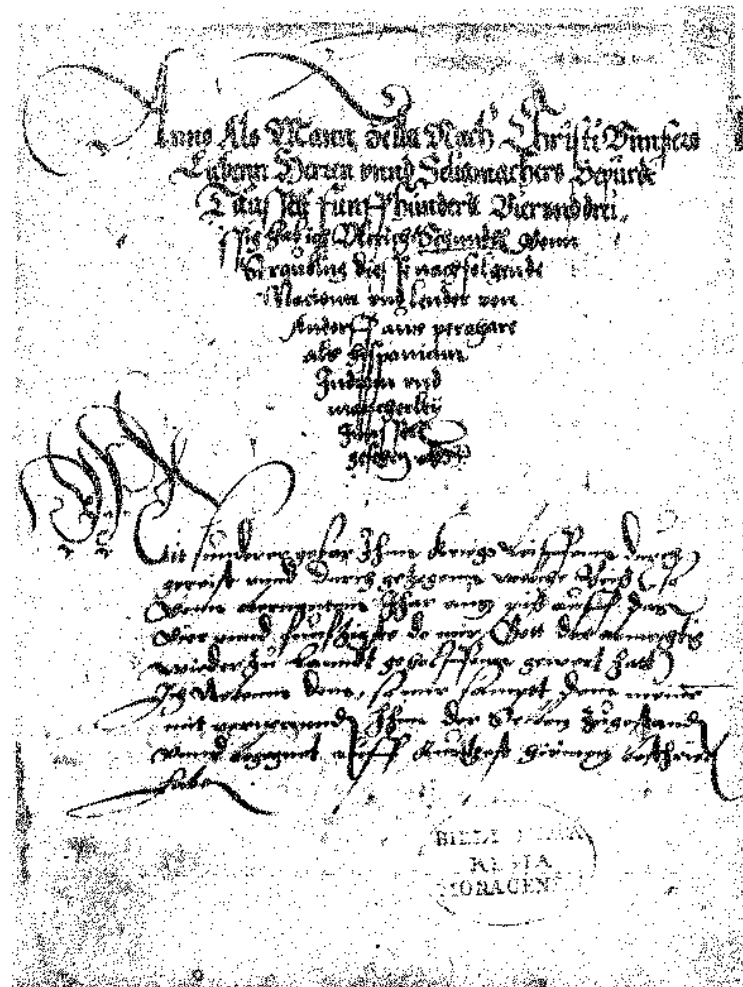
Vista de la ciudad de Straubing por los años en que vivió Schmidl. Al fondo, izquierda, el palacio de los duques de Baviera; a la derecha, la iglesia de Saint-Jakob. (De un grabado de la época).



Vista de la calle Schmidl, en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. (Foto Nirkul).



Monumento a Schmidl levantado en el Parque Lezama de Buenos Aires, Argentina.



Portada y comienzo del manuscrito existente en la Biblioteca Real de Munich.





Retrato de Schmidl que figura en la edición latina del "Reisebuch" hecha por Hulsius.

W. de Greenw. e

15

16

17

(074602)

MACASIG

18

19

(074602)

20

VIAJES DE SU  
PARAGUAY.

RUTA DE VIA.

RUTA CON HO

RUTA CON IR

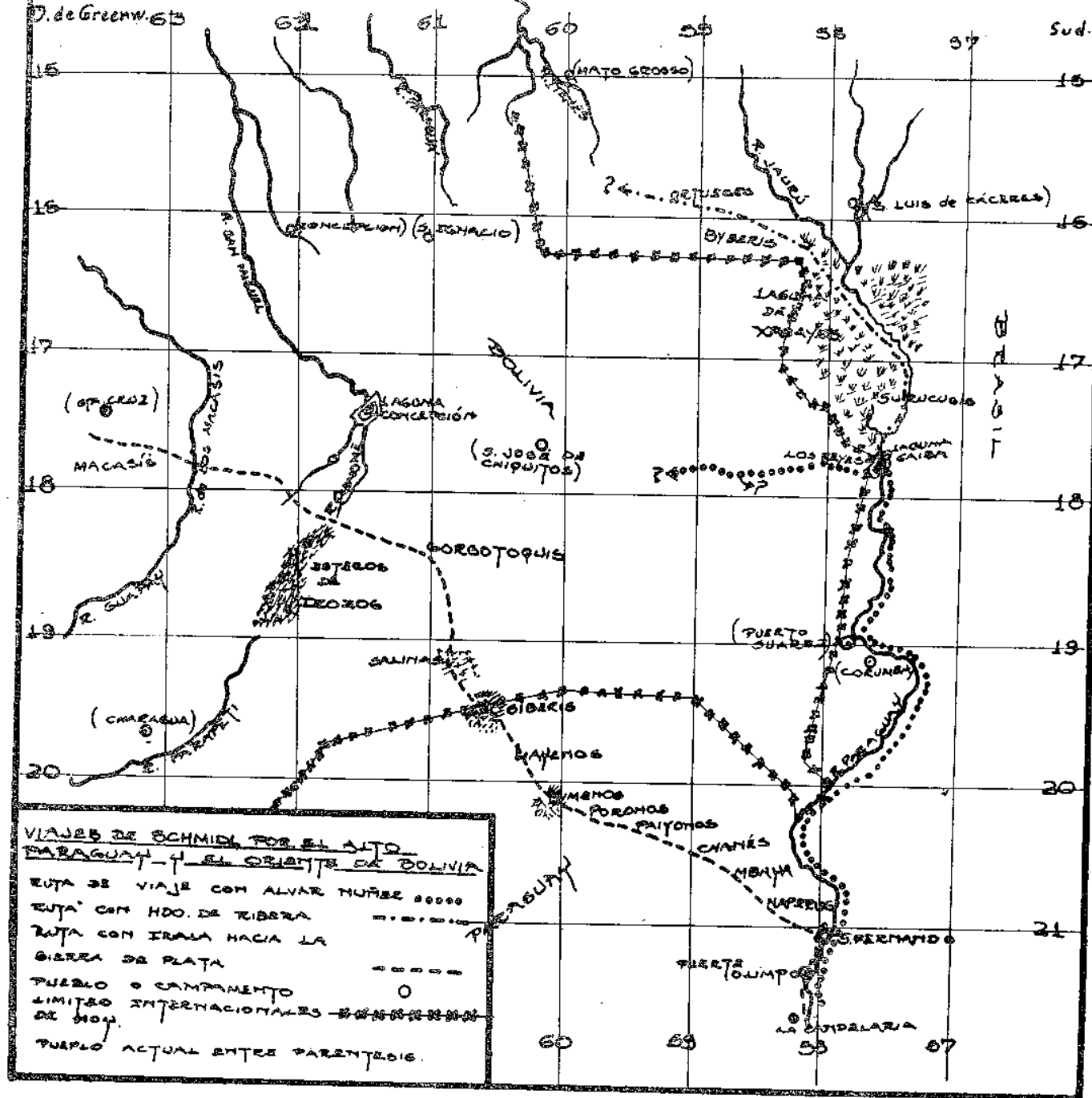
BIARRA DE R.

PUEBLO O C

LIMITRO INT

DE HOY.

PUEBLO ACTU



6

## **LAS MONTAÑAS DE PLATA**

Lo sucedido después fluye naturalmente de la sorda inquina contra Alvarez Núñez, de parte de los oficiales y una buena porción de la tropa. El regreso a Asunción ha sido impuesto por aquéllos, ya determinados a deshacerse del gobernador, con el achaque de no ser apto para el mando y observar conducta demasiado rigurosa para con la gente.

Tras de la llegada a Asunción, a principios de abril de 1544, la animadversión da en conjura, y ésta concluye en rebelión abierta, la noche del 25 de aquel mismo mes. Los rebelados asumen extremas medidas de violencia, aprehendiendo a Alvar Núñez como si se tratara de un delincuente y reduciéndole a estrecha prisión. Asimismo a sus inmediatos colaboradores y gente que le es adicta, todo en tumulto y al grito de "Libertad! Libertad!".

Años atrás, el sargento de arcabuceros, hombre de estricta disciplina y, por ende, respetuoso para con toda autoridad, habría considerado la rebelión como un atentado inicuo. Gentes de su estirpe no harían semejante cosa, y máxime en circunstancias tan azarosas como las de ese momento. Pero el convivir ya casi nueve años

entre españoles le ha llevado a pensar y apreciar como ellos de que la autoridad no es tal si carece del asentimiento y la bienquerencia de los subordinados. Además, la intolerancia de Alvar Núñez le ha tocado a él en lo vivo, cuando aquello de los "rescates" con aborígenes. Bien está, pues, que sus camaradas, apelando a los privilegios de esa decantada "libertad", salgan por sus fueros y priven del mando al malquerido y, por otra parte, inepto.

Cierto es que al deponer a autoridad legítima, se ha vulnerado y aun relajado la omnipotente y suprema de la Sacra Cesarea Majestad que le dio poderes. Pero España está tan lejos, que cuando lleguen allá rumores de lo acontecido, si es que llegan, alguien ha de encargarse de dar a los hechos colorido y proporciones diferentes. Por otra parte no le conviene al César germano-hispano ser muy riguroso con vasallos suyos que están acrecentando los dominios de su corona y un cualquier día de esos pueden encontrar tesoros como los de México y el Perú.

Con tales prevenciones en su ánimo Schmidl toma parte activa en la revuelta, y ha de ufanarse de ello, como de cosa natural y hasta precisa, mientras duren sus días.

No es necesario escoger mucho para dar con el hombre que debe substituir al desposeído. Los conductores de la rebelión y el "común" que les ha seguido señalan a Irala como el más capacitado para gobernar y quizá el único para ir de nuevo con la gente, bien sea a las Amazonas que han mentado Schmidl y Ribera, o bien a las Montañas de Plata. "La mayor parte de la gente está muy contenta con él y por eso le hemos elegido", rubrica aquél, y está dicho todo.

Por esos días cae enfermo. Las privaciones y las pestilencias experimentadas en la incursión por tierras

norteñas han mellado de tal modo su organismo, que dan con éste en cama, "de mal de hidropesía", según él lo supone. Debido acaso a ello, sólo sabe de oídas que Alvar Núñez, el de la poca fortuna, ha sido devuelto a España con poco o ningún miramiento, y que sus parciales andan soliviantados y en ademán de contender, como en efecto habrán de hacerlo.

Recuperado ya, asiste a las disensiones y toma parte en los caramillos y las grescas a mano armada entre alvaristas y "comuneros", que así han dado en llamarse los de su bando, por razones que él sólo entiende a medias.

Habida cuenta de que sus dominadores andan por tales caminos, los terrígenas creen llegado el momento de echarlos fuera. Muchos, los más, de los carios hasta ese momento sumisos, han salido a la campaña para congregarse y armarse, y desde allí atacar resueltamente. Se impone una batida que el propio Irala encabeza e integra el sargento arcabucero. El resultado del primer encuentro no puede sino ser favorable a "los cristianos". Pero tras del primero vienen otros y otros, de manera tal que lo no habido en seis o siete años enfila ahora a desatada guerra entre blancos y aborígenes.

Después de larga campaña que abunda en incidentes de toda laya, el combate final se libra allá por dentro, a orillas de un río que el alemán nombra de *Schueschieu* y en buen hablar guaranítico dicen otros *Xexuí*. La anchura y el caudal de este *Schueschieu* hácele recordar al Danubio de la Baviera natal, y mientras en la mente le bulle alguna pasajera evocación de días lejanos, cruza de una orilla a la otra bajo una lluvia de flechas que los carios disparan desde la floresta vecina.

Mala la hubieran pasado los españoles en el cruce del río si el fuego de los arcabuces no hubiera es-

entre españoles le ha llevado a pensar y apreciar como ellos de que la autoridad no es tal si carece del asentimiento y la bienquerencia de los subordinados. Además, la intolerancia de Alvar Núñez le ha tocado a él en lo vivo, cuando aquello de los "rescates" con aborígenes. Bien está, pues, que sus camaradas, apelando a los privilegios de esa decantada "libertad", salgan por sus fueros y priven del mando al malquerido y, por otra parte, inepto.

Cierto es que al deponer a autoridad legítima, se ha vulnerado y aun relajado la omnipotente y suprema de la Sacra Cesarea Majestad que le dio poderes. Pero España está tan lejos, que cuando lleguen allá rumores de lo acontecido, si es que llegan, alguien ha de encargarse de dar a los hechos colorido y proporciones diferentes. Por otra parte no le conviene al César germano-hispano ser muy riguroso con vasallos suyos que están acrecentando los dominios de su corona y un cualquier día de esos pueden encontrar tesoros como los de México y el Perú.

Con tales prevenciones en su ánimo Schmidl toma parte activa en la revuelta, y ha de ufanarse de ello, como de cosa natural y hasta precisa, mientras duren sus días.

No es necesario escoger mucho para dar con el hombre que debe substituir al desposeído. Los conductores de la rebelión y el "común" que les ha seguido señalan a Irala como el más capacitado para gobernar y quizá el único para ir de nuevo con la gente, bien sea a las Amazonas que han mentado Schmidl y Ribera, o bien a las Montañas de Plata. "La mayor parte de la gente está muy contenta con él y por eso le hemos elegido", rubrica aquél, y está dicho todo.

Por esos días cae enfermo. Las privaciones y las pestilencias experimentadas en la incursión por tierras

norteñas han mellado de tal modo su organismo, que dan con éste en cama, "de mal de hidropesía", según él lo supone. Debido acaso a ello, sólo sabe de oídas que Alvar Núñez, el de la poca fortuna, ha sido devuelto a España con poco o ningún miramiento, y que sus parciales andan soliviantados y en ademán de contender, como en efecto habrán de hacerlo.

Recuperado ya, asiste a las disensiones y toma parte en los caramillos y las grescas a mano armada entre alvaristas y "comuneros", que así han dado en llamarse los de su bando, por razones que él sólo entiende a medias.

Habida cuenta de que sus dominadores andan por tales caminos, los terrigenas creen llegado el momento de echarlos fuera. Muchos, los más, de los carios hasta ese momento sumisos, han salido a la campaña para congregarse y armarse, y desde allí atacar resueltamente. Se impone una batida que el propio Irala encabeza e integra el sargento arcabucero. El resultado del primer encuentro no puede sino ser favorable a "los cristianos". Pero tras del primero vienen otros y otros, de manera tal que lo no habido en seis o siete años enfila ahora a desatada guerra entre blancos y aborígenes.

Después de larga campaña que abunda en incidentes de toda laya, el combate final se libra allá por dentro, a orillas de un río que el alemán nombra de Schueschíeu y en buen hablar guaraníco dicen otros Xexuí. La anchura y el caudal de este Schueschíeu hácele recordar al Danubio de la Baviera natal, y mientras en la mente le bulle alguna pasajera evocación de días lejanos, cruza de una orilla a la otra bajo una lluvia de flechas que los carios disparan desde la floresta vecina.

Mala la hubieran pasado los españoles en el cruce del río si el fuego de los arcabuces no hubiera es-

tado de su parte, bajo la orden y dirección del avezado feltweibel alemán. Un poco más allá está el poblado de los carios, con su valladar de troncos y su foso erizado de púas, que es preciso atacar de firme. La entrada victoriosa dentro del recinto implica, como siempre, matanza y exterminio, que esta vez no son totales, pues el jefe ha dado orden de que no se toque a las mujeres ni a los niños. Se les tiene a éstos reservado el mejor destino de llevarles a la ciudad, para el servicio de quienes lo necesitan.

El escarmiento dado a orillas del Xexuí acaba con la última resistencia de los embravecidos terrigenas. Sus jefes piden las paces, con ofertas de total rendimientos, y así concluye la campaña. A buen seguro que de ella ha salido el alemán con algunas "piezas" más para su servicio, que él estima como justamente ganadas.

Pasa el tiempo, que no es ciertamente de holganza porque Irala, con el horizonte así despejado, ha puesto empeño en alistarle todo para emprender nuevamente la marcha hacia las promisoras lejanías.

A últimos de noviembre del año 1547 empieza la jornada por la consabida ruta del Paraguay arriba. De tantas veces como la ha recorrido en una u otra dirección, la corriente de aquel río, bien así como sus cambiantes riberas, parece amiga y hasta familiar al alemán identificado con españoles. Tras no mucho de cortar raudales, acierta a divisar de nuevo, sobre la margen de occidente, el cerrillo que ha dado en llamarse de San Fernando y sirve en el caso para señalar el término de la navegación y el comienzo de la marcha por tierra. Sabe que Irala ha desestimado la jornada a las Amazonas, poseído como está de la ansiedad por llegar a la Sierra de la Plata, y tiene ya estudiado aquel lugar para base de operaciones. Los expertos en náutica

miden la altura del lugar: 21 grados menos un tercio, o sea para nosotros, ogaño, 21° 20' de latitud sud.

Prevía la necesaria medida de dejar custodiada la base, se inicia la marcha con rumbo de "leste norte", que no es precisamente el seguido por Ayolas diez años antes. Este otro carga bastante más al septentrión, fijado acaso por esa brújula que los caudillos españoles parecen llevar consigo, entre la mente y el corazón, según el bávaro lo tiene advertido.

Al cabo de ocho días de andar entre soledades, la hueste expedicionaria da con una tribu dicha de los *Naperus*, que andan escasos de comida y cuya única particularidad estriba en lo atrayentes que son sus mujeres. Siguiendo el mismo invariable rumbo, al término de otras tantas jornadas llega a los *Mayas* o *Mbayás*, gente que la escrutadora mirada del arcabucero descubre como poseedora de abundantes comestibles y, lo que es más, de animales domésticos de inmediata utilidad. Entre éstos acierta a ver, si es que no anda confundido, una especie de ovejas, "grandes como un pequeño mullo romo, que los indios usan para llevar sus alimentos" y a las veces para cabalgar sobre ellas, cuando la necesidad apremia.

Esta última observación, o talvez ocurrencia imaginaria del germano que ya lo ve casi todo con ojos españoles, ha de inducirle más tarde a contar a sus paisanos una especie derivada. Dirá que él mismo, en otra ocasión y otro viaje, cabalgó en un animal de esos, a través de cuarenta leguas de camino. Se trata, a no dudar, de la llama, bestezuela de las tierras altas cuya existencia es difícil de concebir en las llanuras bajas del trópico.

Estos *Mayas* o *Mbayás* dan mucho que ver al hombre Schmidl. Desde luego, que son laboriosos agricultores y a la vez intrépidos guerreros, y, más en lo privado,

que tienen mujeres muy bonitas, cuyo lecho comparten de buena gana entre amigos. En este orden de cosas parecen enterados de que el lado flaco de los visitantes es precisamente ése: recostarse en lechos semejantes, y es sazón de ganarles por ese lado. Como quien regala preseas o bien lotes de comestibles, han regalado al jefe superior, tres hermosas doncellas para su solaz de viajero.

Todo va bien, hasta que a eso de media noche las mozas dejan solo al galán y echan a correr bulliciosamente. El avisado sargento se explica la fuga con la razón de que su jefe no ha podido agradar a todas tres al mismo tiempo, y apunta de su parte, acaso entre chasqueos de lengua: "Si él nos las hubiese entregado a nosotros los soldados..."

Todo era parte de un juego bien tramado por los Mbayás para tener entretenido al jefe y, naturalmente, desaprevenida a la tropa, y así atacarla sobre seguro. Pero la estampía de las mozuelas ha hecho en el campamento lo que los gansos del Capitolio. Y así, cuando los indios acometen a la del alba, los españoles les aguardan a pie firme y dan buena cuenta de ellos.

Tras de la fácil victoria sigue la persecución a los vencidos, durante días y a través de arboledas cerradas y planicies escuetas. Los perseguidores dan de pronto con una aldehuela de mbayás, que, según el alemán advierte, no han sido de los que les atacaron en el campamento. Sin embargo, la ley de la selva se cumple, con aquello de que a veces "inocentes pagan por pecadores". En el reparto de los sobrevivientes y prisioneros ha tocado al de los arcabuces no menos de diecinueve, que él cuenta y recuenta, alborozado de que todos sean gente moza, bien escogida por cierto.

Reiniciada la marcha a los días, el próximo encuentro es con los Chanés, sometidos a aquéllos por la ser-

vidumbre, que es ley favorable a los que pueden más sobre los que nada pueden, así en la América india como en la Baviera rubia. Más adelante están los Paiyónos y los Toyanas, los Maryaques, los Morronos y los Poroños, tras de sucesivos días de ruta sin caminos, pero sí con esperanzas y confianzas que tajan malezas mejor que machetes y señalan direcciones mejor que agujas imantadas.

El paisaje que avista Ulrico no es ya el de la arboleda lozana de atrás, sino el de una mustia y pelona, cargada de garfios y por lo bajo henchida de zarzas. Son los interiores de la vasta comarca que andando el tiempo ha de ser conocida con el nombre de Chaco.

Tras de largo caminar se avista a la distancia un cerrillo cuya mole altera la monotonía de la interminable planicie. Se allega la hueste al cerillo, pero le encuentra flanqueado por una especie de muralla de espinos, desde cuyos interiores sus ocupantes terrígenas disparan nubarradas de flechas. Pero el ímpetu y las armas de fuego pueden más que todo, y a no mucho entran en el caserío cerrado, en son de arrebato. Los Simenos, dueños del lar, han huido en masa, pero ahí están sus provisiones, que no es más de tomarlas y seguir adelante.

El paisaje se torna más hosco, por fuerza de la creciente mustiedad vegetal. El suelo es blandusco y tan reseco, que bien parece no haber recibido en mucho tiempo el regalo de una lluvia. La sed empieza a apretar a los expedicionarios, y en especial a sus acompañantes y cargueros indígenas. Se pregunta el alemán cómo en tierra tan avara y enjuta viven hombres como los Guarconos, los Layonos y los Carconos, que sucesivamente ha ido observando y nominando, sabe Dios por qué razones.

A punto de perecer de sed "cristianos" y séquito no cristiano, quiere la buena fortuna hacerles llegar al lar de los **Siberis**, una mísera casta de terrígenas que, pese a su miseria, guarda allí un tesoro inapreciable. El tal tesoro es el pozo de agua que tienen, y no hay otro en varias leguas a la redonda: Líquido nada cristalino, por cierto, pero capaz de acabar con presuras y volver a la vida a quienes están a punto de perderla.

Irala mide la cantidad disponible a la vista y cae en la cuenta de que puede agotarse, de no mediar un estricto racionamiento. Alguien tiene que encargarse de la ingrata y enojosa tarea, y busca entre los hombres quién pueda desempeñarla. ¿Quién mejor que el sargento alemán, severo, riguroso, muy dado a disciplinas y gruñón a las veces?

Ahí está ahora el hombre, sentado a la vera del pozo y dando a cada cual lo que toca, sin miramientos ni distinguos. Agrada a todos la paridad y estrictez con que procede, bien que para sí, a las callandas, no ha sido muy estricto, y razón que le asiste.

La llanura ocre de los matos pelones acaba por desconcertar a la hueste y aun a su mismo avezado conductor. Más allá de los **Siberis**, en toda dirección, si que la misma, y el rumbo de "leste norte" traída a todo evento viene a lo indeciso y perplejo. ¿Qué hacer en la circunstancia? Pues, echar suertes y que Dios ayude. La suerte, como la barrilla de una brújula, señala el norte, y a este lado se tuerce el rumbo. A los días de haberse caminado en esa dirección aparece el poblado de los **Payzunos**, hombres ariscos y de mal talante, con quienes es menester cambiar disparos para ponerles a disposición. Entre el mal acogimiento y el tomarles, quieras que no, provisiones, se desliza una noticia lucutosa. Días antes, estos **Payzunos** habían dado muerte a tres hombres blancos que tenían en guarda desde tiempo atrás.

La noticia cunde entre los españoles y les lleva a averiguar más y deducir. Resulta en limpio que los recién muertos pertenecieron a la hueste de Ayolas, quien les habría dejado allí por enfermos, confiado en promesas de buen trato para con ellos. No fue así ni con mucho, y los infortunados tuvieron en adelante que llevar la más infeliz existencia de esclavitud. A la noticia de que hombres como sus cautivos se aproximaban en cantidad, los **Payzunos** les mataron para que no revelasen las atrocidades de que eran víctimas.

De más está decir que los españoles arremeten allí mismo, extremando por cierto la medida de venganza. Con el botín y los sobrevivientes hechos prisioneros sigue la marcha por el rumbo ya tomado.

A los días de caminar por desdoblado se les presenta a la vista un nuevo aliozano, que se yergue aisladamente de entre la uniforme horizontalidad de la llanura escasamente arbolada. Están allí aposentados unos aborígenes que el minucioso observador alemán apunta en la memoria con el nombre de **Maygenos** o **Mayaguenos**.

Desde la salida del puerto de San Fernando lleva el alemán cálculo de distancias y cuenta de días transcurridos. Una y otra sirven ogaño para fijar en el mapa, siquiera sea aproximadamente, el recorrido de la expedición a través del Chaco septentrional y, en este punto, y bajo de las naturales reservas, la ubicación del cerrillo de los **Mayaguenos**. Es probable sea el que, a mediados del último siglo, señaló y fijó como hito de sus rutas el explorador boliviano Miguel Suárez Arana y es conocido hoy en día con el nombre de Cerro Miguel.

Los **Mayaguenos** son gente dura y de pelea, y los expedicionarios tienen que vérselas con ellos en más de un encarnizado combate, antes de ser admitidos y socorridos en sus necesidades. Reciben, además, la noticia

de que más al norte, a larga distancia, vive un pueblo dicho de los **Gorgotoquis**, que lo tienen todo en abundancia y algo pueden saber de lo que les interesa. Hacia allá se encaminan los blancos, pero el espacio por recorrer resulta más largo de lo que han supuesto y, por sobre largo, yermo y despoblado.

Tras de unas cuantas jornadas dan de pronto con un paraje de naturaleza no vista hasta entonces en el luengo recorrido. El germano observa y aprecia: "Todo es pura sal, tan gruesa como si allí hubiese nevado copiosamente" y de tal extensión, que tiene "en largo y ancho como seis leguas de camino".

Son de fijo las salinas hoy llamadas de San José y Santiago, pues otras no hay en aquella dilatada región. La hueste discurre a la sazón por la Chiquitanía boliviana de los presentes días.

El introducirse dentro del inmenso manto de sal, carente de elementos que puedan servir como puntos de orientación, perturba a los hombres y les extravía del derrotero que llevan. Pero al cabo de dos días, la brújula del corazón les conduce por donde es lo derecho, y a los doce corridos, según la minuciosa cuenta del bávaro, avistan desde distancia un poblado **gorgotoquí**.

Irala cree conveniente destacar por el pronto una partida de exploradores, y la confía al sargento Schmidl. Entra aquélla en el poblado sin dificultades, pero advierte el sargento que hay allí una población tan nutrida, como hasta entonces no ha visto en pueblo alguno de indios. A más de esto, los del poblado muestran un talante que no es de fiar. Urge el aviso inmediato al jefe y, en consecuencia, aquella misma noche Irala llega con el resto de la gente.

Hinca el alemán la escrutadora mirada de siempre, para enterarse de cómo son los **Gorgotoquis** y con qué recursos vitales cuentan. Años después serán llamados

los **Chiquitos**, por cierta falsa apreciación atinente a sus viviendas, y andando el tiempo constituirán en conjunto, uno de los principales núcleos del imperio jesuítico de misiones.

Con la satisfacción que es de imaginar ve el alemán que estos indios son espléndidos en el dar bastante de lo mucho que tienen. A tal satisfacción agrega luego la de saber que a más o menos ochenta leguas de sus lares, siguiendo la dirección de la marcha del sol, viven unos tales **Macasíes** que saben de aquello de las montañas plateadas.

Para quienes, como él y sus amigos, llevan más de trescientas leguas caminadas con poco o ningún rumbo, ochenta son pocas, y máxime si la comarca luce espléndidamente arbolada y parece provista de cuanto puede servir de subsistencia. Así prevenido y animado, echa a andar por la nueva selva junto a sus camaradas de aventura.

¡Un río a la vista! Un gran río de tan caudalosa corriente, que él, con los ojos que la novedad y la admiración acrecientan magnitudes, estima en no menos de legua y media de anchura. Allá en la ribera de enfrente viven los tales **Macasíes** y el río no puede menos de llamarse como ellos.

Repasa mentalmente la cuenta de los días de marcha, de San Fernando a esta parte, y halla que han transcurrido hasta ciento veinte. Corre el otoño de aquel año 1548, y, a su vez, la naturaleza muestra la lozanía y el verdor de la primavera.

Difícil y arriesgado viene a ser el cruce del río que él llama de los **Macasíes** y los nativos, en su habla guaraníca, **Ii-guapaí**, esto es el que arrastra consigo otros ríos. Las balsas construidas muy a la ligera flotan trabajosamente sobre el tumulto de las aguas, y una es arrastrada sin remedio, con lamentable pérdida de vidas.

Ganada la margen del lado occidental, los hombres no tardan en acercarse al poblacho indígena, primero de aquella tribu de **Macasies** cuyo nombre se traen desde leguas atrás, con muchas expectativas. Nombre tal, que así sale de los labios germanos, para los españoles es **Tamacosis**, y éste habrá de ser el empleado en adelante, hasta que aparezca y se generalice uno nuevo: El de **Chiriguano**s. El resto de la tribu, la más numerosa de estirpe guaranítica, se halla desparramada por toda aquella planicie, y hacia el sud y el oeste se extiende por sobre las estribaciones de una grandiosa cordillera.

El merecido descanso que la hueste se ha tomado allí, no implica por cierto la inacción. Una tras de otra salen las partidas que baten la comarca, adentrándose en ella paulatinamente. El sargento alemán participa de aquéllas, como no puede menos de ser, y así va adquiriendo mayores conocimientos de hombres y paisajes. Tras del festón de arboleda que enmarca la orilla del río se extiende una llanada toda cubierta de yerbas y gramíneas y salpicada a trechos por pintorescos sotillos y enjambres de palmeras. A su vez, la tierra, sobre hermosa es muy feraz y ubérrima, tanto que le parece no haber visto hasta entonces otra igual. Y anota en la memoria: "Estos Macasís tienen una tierra muy fértil y muy rica en granos y frutos y mieles. Nunca he visto en ningún país una tierra más fértil".

La noticia de hombres blancos que discurren por las orillas del I-i-guapaí rebasa de la llanura y trepa por la cordillera, hasta llegar a regiones en donde otros blancos están ya aposentados desde años atrás. Las autoridades de allá temen, no sin razón, de que aquéllos irrumpen para disputarles lo que tienen ganado. Tanto más, si acaban de salir de sangrienta guerra intestina, y no es de descartar la idea que los intrusos

vayan a renovarla, poniéndose del lado de los adversarios. La disposición que cabe en la circunstancia baja entonces de allí, en la forma de orden perentoria para que los de la llanura no osen avanzar un paso más.

Cuando todo estaba acá previsto para reiniciar la marcha al occidente, aquella orden llega al campamento, y no por cierto desnuda. Los portadores traen como si nada, la tremenda, angustiosa y dilacerante especie de que la Montaña de Plata ha tiempo que tiene dueño... La montaña se llama el Potosí, y hace años que españoles del Perú extraen el metal de sus entrañas.

El sargento alemán, como la gente toda, echa a renegar y maldecir de la impiadosa suerte. Pero, calculador como es y con el recio temple de ánimo que le asiste, la idea de que no todo está perdido mariposea en su mente. Bien podría intentarse la aventura de ir allá y disputar la presa a arcabuzazos y cintarazos.

Transcurren los días entre la angustia y la impaciencia, y advierte al cabo de que su jefe no piensa así y opta más bien por una posición que sólo implica expectativas: La de mandar emisarios de componenda adonde reside la principal autoridad del llamado Perú. Parten los emisarios y queda el campamento sumido en las zozobras de la espera.

Admira y respeta a su jefe, pero tanto ha empezado a decirse de él por aquellos días, que le entran dudas con respecto a sus procederes. Quienes no le quieren bien, y son varios, circulan la especie de que anda en connivencias con los del Perú, para ganarse él solo grangerías, sin importarle un ardite de su gente. "De ser cierto aquello —murmura Schmidl sordamente— sería de atarle las cuatro patas, y así llevarle al Perú".

Con todo, no deja de causarle extrañeza que un día de esos Irala ordene el regreso hasta la tierra de los Gorgotoquis, aduciendo de que allí tendrán todos me-

jor pasar, mientras llegan del Perú las novedades favorables en que confían. Discutir la orden o analizarla no son materias de su incumbencia.

Las habillitas menoscaban la disciplina de la gente, y vienen luego las protestas y los alborotos. Irala se ve obligado a renunciar el mando y entregarlo a los oficiales descontentos. Estos hacen igual de lo que hicieron en Los Reyes con Alvar Núñez y disponen la retirada total hasta Asunción del Paraguay.

A principios de marzo del año 49 alcanzan el cerillo y puerto de San Fernando. Allí les aguardan noticias de mucho bulto y nada gratas por cierto. Asunción está convulsa y adversarios de la expedición son quienes gobiernan. Es menester mano fuerte y despegada inteligencia para imponer el orden y acabar con "tiranos". Juzga Schmidl, como juzgan todos, que el hombre para el evento es Irala, y nadie más que él. Para pedírselo como es debido se redacta un documento suplicatorio que deben suscribirlo todos, del primer oficial al último soldado. El sargento alemán, complacido, estampa su firma entre las de otros: **Utz Schmidl**.

Días después entra en Asunción, con poca o ninguna complacencia de su parte y tanto o más decepcionado que la vez anterior. Las montañas de Plata, como las Amazonas, quedan en la lejanía, ya sin esperanza alguna puesta en ellas.

7

**ESTA VEZ LOS FUGGER**

Luctuosos acontecimientos ha habido en Asunción durante los dieciseis meses transcurridos entre la salida de la hueste expedicionaria y su inesperado retorno. Don Francisco de Mendoza, en quien Irala delegó su autoridad antes de partir, cayó en la trampa tendida por los viejos amigos de Alvar Núñez, reagrupados a la sazón y constituidos en bando militante. El jefe de éstos, Diego de Abreu, un sevillano tempestuoso, consiguió el mando mediante el recurso de amañadas votaciones. Y como don Francisco protestase y se pusiera en camino de recuperar lo perdido, Abreu le había mandado degollar, tras de brevísima e igualmente amañada sumaria. Con los alvaristas en el poder y la gana que tenían de desquite, todo ha sido desde entonces, desmán y tropelía.

Apenas entrado en la ciudad, Irala pone en cintura a los rebeldes, comenzando por prender a Abreu y a sus secuaces. Se restablece el orden, mas no así la quietud, pues siguen las pendencias, los golpes de mano y las secretas conspiraciones.

Estos y otros acontecimientos desfilan como las escenas de un drama inacabable, delante de Utz Schmidl,

expectador, cuando no actor de menguada categoría, en aquel drama. Fallidas las esperanzas puestas en el más allá de los tesoros y cortadas las alas del ímpetu al servicio de la ilusión, no queda sino vivir a medias, que es forma de no vivir. El núcleo conquistador ha devenido en comunidad de desganados que van y vienen dentro de corto espacio, haciéndose servir de sus indios de encomienda y a la sola expectativa de lo que pudiera venir de la lejana España. La única muestra de vitalidad estriba en dirimir a estocadas querellas baladíes de muros adentro.

La decantada ciudad de Nuestra Señora de la Asunción es apenas un villorrio, tiras de tierra mal api-sonada sus calles, cabañas de troncos y barro sus casas, separadas las unas de las otras como están los ánimos de sus moradores. Y por fuera, la selva que pugna por volver a ocupar lo que fue suyo y el río que es más bien una cinta opresora.

En más de quince años de compartir con españoles existencia y aventura, no ha tenido Utz tan crecido lapso de inactividad e incuria. No valía la pena batir extensos campos, hender marañas, flotar tantas veces sobre aguas tumultuosas y pelear con indios bravos, para venir a concluir en esto.

Pero hay algo más que viene luego. Un día amanece la novedad de que se han sellado las paces entre iralistas y alvaristas. Mas no tras de contender en campo abierto y en puja de hombría, sino por mediación de faldas. Irala ha dado como esposas dos de sus hijas mestizas a dos cabecillas del bando contrario. Buen uso ha hecho el capitán de sus facultades viriles de años pasados, y esto es lo cierto.

¡Estos españoles tienen cosas que un alemán no puede entenderlas bien!

De entonces en adelante, ya ni siquiera habrá riñas que alteren la monotonía de ese vivir a medias. No falta sino echarse a dormir todo el santo día y todos los días...

Todos, no ha de ser, porque así lo quiere el destino. Uno de esos, precisamente la víspera del que el santoral romano, y español, tiene dedicado al apóstol Santiago, ocurre en Asunción una novedad, de las que no ocurren sino muy de cuando en cuando. Por la ruta terrestre que diez años antes trajo Alvar Núñez, llega una pequeña partida de gentes de España a las órdenes de cierto gallardo oficial nombrado Hernando de Salazar. El vecindario se agolpa en torno a los recién llegados, para enterarse de lo que pasa más allá de aquel encierro de mar y selva, y principalmente en el país natal. Circulan las novedades de boca en boca, hasta que la iteración y el comentario satisfacen todas las curiosidades.

Al día siguiente, con gran sorpresa de su parte, el alemán recibe una carta procedente de Sevilla. La ha escrito un su paisano, de nombre Cristóbal Raysser, que se desempeña en aquella ciudad como agente y factor de los poderosos Fugger, a instancias de aquel Sebastián Neidhart que anduvo mezclado en la empresa de don Pedro de Mendoza. Pero la cadena epistolar ha empezado en la remota Straubing, donde reside aún el otro hijo de Wolfgang Schmidl, llamado Thomas, quien, por el doble intermedio de aquéllos, llama perentoriamente a su hermano de los descarríos, para arreglar bienes de familia.

Veinte o más años fuera de la pintoresca ciudad danubiana no han podido borrarla de sus pensamientos. Y tanto, que place decir de sí mismo "Ulrico Schmidl, de Straubing". Si fuera un sentimental se diría que lo hace para tener el nombre sujeto con hilo de añoranza

a la sustancia de sus afectividades. La idea de volver allá, se le introduce en las cerraduras del ánimo como una ganzúa grata de sentir y poderosa de obrar, y concluye por decidirse a acudir al llamado del hermano. Tanto más si en la colonia paraguaya está a la vista que no queda nada por hacer.

Como antiguo residente en Amberes y bávaro de nacimiento y formación, sabe mucho de aquellos Fugger a cuya gracia debe el recibo de la carta que ha atravesado mares, montañas y selvas, bajo de su patrocinio. Bávaros de origen como los Welser que le injertaron en la empresa mendocina y principiantes como aquéllos en la industriosa plaza de Augsburgo, han llegado a amasar fabulosa fortuna y ser señores en el imperio sin fronteras de la banca. Al igual también que aquéllos, sirven a testas coronadas y a mitras que equivalen a coronas, con su habitual largueza calculada en miles de florines de rendimiento. Cuando los réditos de las prestaciones otorgadas al rey español entran en mora, estos Fugger, de suyo menos inclinados al comercio que sus émulos Welser, se las entienden para resarcirse de pérdidas, instando a sus factores y representantes a que operen con productos de América. De ahí sus conexiones en el nuevo continente y la posibilidad de hacer llegar sus instancias aun a apartadas regiones.

Sebastián Neidhart. ¿Pero vive todavía aquel audaz comerciante, armador y banquero que andaba asociado a los Welser en obras de mayor cuantía? Por lo visto trabaja a la sazón con los Fugger, y por algo debe de ser que ha cambiado de frente.

Singular destino el de Utz, que vino bajo el auspicio de los Welser y tiene por delante el regreso por mediación de los Fugger. El caso da para reparar en casuali-

dades, si no en que los Schmidl de Straubing son gente conocida y gozan de bastantes bienes de fortuna.

Puesto ya el empeño en acometer el viaje, acude, lo primero, a solicitar la licencia de su capitán general y gobernador, una licencia en regla y con la debida constancia de su participación en las jornadas del pasado. La niega Irala al principio, pues no quisiera privarse del sargento arcabucero que tanto y tan bien ha servido bajo de sus órdenes. Cede al final y aun en-carga al dimitente sea portador de cartas para el real e imperial soberano.

Entra entonces en la cuidadosa tarea de alistarlo todo para el largo viaje por tierra: Acopio de víveres, provisión de enseres, repaso de armas y, naturalmente, selección de los mejores aborígenes que tiene en su encomienda, para llevarles como acompañantes y portadores de la impedimenta. Son suyos, y tiene derecho a ello.

Seguirá la ruta que trajeron los recién venidos, hasta dar con el mar. Le han informado aquéllos, y en particular un cierto Diego Díaz, que en las costas del Brasil hay barcos que vienen del Portugal para cargar productos indianos. Uno, sobre todo, ha precisado el Diego, que estaba al llegar cuando ellos salían hacia este lado.

En lo que ha ido de vacilar hasta decidirse, tramitar el licenciamiento, proveerse de cuanto es menester y tomar informaciones acerca del derrotero, han pasado no menos de cinco meses. Finaliza diciembre, y es día del protomártir San Esteban, 26 de dicho mes, cuando se despide de sus viejos camaradas de tantos años y echa a andar con sus veinte aborígenes, sus loros y su fardaje de enseres cobrados en "rescate" o en algaradas por la tierra adentro. Adiós, y para siempre. Asunción del Paraguay, lugar de sus reposos y re-

tozos, y adiós tierras de conquista que ha regado con sudores e idealizado con fantasías al modo español!

A las pocas jornadas de viaje da en el lugar llamado Hieruquizaba, que es aún de los que conoce y ha recorrido con arcabuz al brazo, en lances de campaña. Allí se le allegan cuatro hombres, entre españoles y portugueses, que han salido furtivamente de la ciudad-campamento y llevan el mismo rumbo que él y con igual destino. Para en adelante tendrá compañeros cristianos con quienes partir y compartir las penurias del largo viaje.

A los tres meses de haber salido de Asunción, y más precisamente el día 23 de marzo del año 53, que es el de domingo llamado de Ramos o de Palmas, llegan todos a un poblado de indios Tupís, al que dan u oyen dar el nombre de Cariseba. Por cierto que allí en vez de ramos y palmas con qué aclamar al Señor, sólo hay saetas indias que amenazan de muerte. Para colmo de males, aprieta el hambre y no hay qué llevar a la boca.

Dos de los cuatro desertores, no pudiendo más con el hambre y la tensión nerviosa, echan a correr irreflexivamente. No tardan en caer en manos de los fieros tupís de Cariseba y servir con sus cuerpos al regalo de los festines selváticos.

Utz y los otros dos, con sus indios, resisten durante cuatro días la acometida de los furiosos carisebos, empeñados en cobrar la nueva presa para llevarla a sus humeantes parillas. El cerco se estrecha y son tantos los cercadores y tantas las flechas disparadas, que Utz desde su abrigo de ramajes calcula el número en no menos de seis mil. Si la cifra resulta exorbitante, culpe-se a efectos de la visibilidad en selva prieta y al estado de exaltación nerviosa del calculante, y no a mendaz exageración.

El trance termina con bien para los tres cristianos y su comitiva aborigen. Aprovechando de las sombras de la noche se escurren por entre la arboleda, sin ser sentidos, y reanudan la marcha hacia adelante.

En la comarca de Viazá, que alcanzan a los días, se extiende la "selva más salvaje" que Ulrico ha visto en sus días. Mas para quien supone que tiene caníbales a la espalda, no hay espesura ni maraña que no puedan ser hendidas. En el río que cruza esta comarca pululan cientos de ofidios descomunales, casi fabulosos, pero de presencia allí tan real, que él mismo los ha visto y aun contemplado y cómo se engullen a infortunados seres humanos.

Lo que sigue del viaje es una larga sucesión de marchas forzadas, angustias por el hambre y la sed, riesgos de dentelladas de animales carnívoros o de caer en manos de los autóctonos, igualmente carnívoros, bien que en la forma elevadamente humana del banquete ritual. Al final de la etapa se le ofrece a la vista un caserío indio con ciertas particulares disposiciones, de otra índole, que dejan ver por entre medio la mano y la autoridad del hombre blanco. Es la aldea del viejo Juan Ramallo, de nación portuguesa, que ha sentado allí sus reales desde cuarenta años atrás, y tiene esposa, o esposas, de la tribu india comarcana, hijos y yernos y vasallos así aborígenes como mestizos y blancos: Un verdadero reyezuelo en función de conjunción de razas.

Reabastecido por los hijos de Ramallo, vuelve a ponerse en camino, y esta vez ya es corto el trecho que le queda por recorrer. El 13 de junio siguiente, día de San Antonio, según advertencia de quien es católico sabido, la pequeña hueste llega a las orillas del mar, en el puerto llamado de San Vicente. Es como estar en el vestíbulo de Europa, presintiendo ya sus holguras y sus livianos modos de existencia.

La satisfacción es mayor al ver que en aguas de aquel puerto yace surta una nave portuguesa que carga azúcar y palo brasil para llevar a Europa. Pertenece a un cierto Juan von Hielst, alemán como él y agente de otra firma comercial, la de los Schetz, vinculada o asociada a los Fugger en sus operaciones ultramarinas. ¿Dónde no han estar estos Fugger y dónde no para prestar su concurso al viajero que regresa!

Los Schetz y su agente en Lisboa, Juan von Hielst, son dueños, en esta comarca, de plantaciones e ingenios de azúcar, y su factor en San Vicente, el flamenco Peter Rossel, es persona amable y bien dispuesta a otorgar servicios.

Se hallan a la sazón en el puerto lusitano algunos españoles, entre ellos Juan de Salazar, el de la "casa fuerte" de Asunción. Como quien no quiere la cosa, echa éste inquisidoras miradas sobre la nave pronta a volver a Europa. Advierte entonces o cree advertir, que el licenciado alemán del Paraguay ha pagado su pasaje no en moneda corriente, que talvez no la tiene, sino en especies: Una o dos de las "piezas" indias provenientes de las encomiendas paraguayas.

No bien el embarque ha concluido y asimismo los aprestos para la navegación, Utz por mediación de Rossel, se acomoda en el barco con sus indios y sus fardos indianos. No se prestan los días para el cruce del océano. Soplan vientos de tempestad que vapulean la nave hasta causarle destrozos tales, que se hace necesario arimarse nueva vez a la costa. Por suerte queda allí cerca otra colonia portuguesa llamada Espíritu Santo, cuyo vecindario, como el de San Vicente, cultiva la caña dulce y produce azúcar. Recala allí la nave por algunos días, repara sus deterioros y renueva sus provisiones, y cuando todo está a punto vuelve a deslizarse sobre la inmensa superficie líquida.

Esta vez es la definitiva. El antiguo soldado de conquististas ve alejarse de su vista los ribetes de aquella tierra en cuyo interior corrió la gran aventura. Todavía acierta a distinguir un pedazo de selva, y, de entre ésta, palmeras que avanzan sobre la playa y se mueven pausadamente a los soplos del viento, como haciéndole señales de despedida.

Tras de corta estada en una de las islas Azores, la nave vuelve a singlar por el mar adentro, y no para hasta fondear frente a Lisboa. Europa otra vez, después de casi veinte años de ausencia, con una vida por delante que ha de ser nueva porque el hombre ya estaba hecho a la de los azares indianos. Repasa en la memoria de católico profesante y, por tal, entendido en cosas de iglesia. Aquel es el día de San Jerónimo, 30 de septiembre de 1553.

Pero la aventura española, no ha concluido aún. Debe ir a Sevilla, para cumplir con los encargos de que es portador y, principalmente, para entregar las cartas que le fueron encomendadas por Irala. Parte a la ciudad de las empresas indianas, sin llevar ya la cuenta de sus acompañantes aborígenes —dos se la han muerto al llegar a Lisboa, de consunción moral, más que física, seguramente —y con los animalillos y el fardaje raros de que no se desprende.

La estada sevillana se prolonga y no por mora en el cumplimiento de encargos y lleno de formalidades rutinarias, sino mientras recibe noticias de cómo ha de emprender la última etapa del viaje. Cuando éstas le son llegadas, se dirige a Cádiz, pasando por San Lúcar de Barrameda y el puerto de Santa María, pues en aquella ciudad y puerto de los tratos flamencos está el navío que ha de conducirlo a Amberes.

Allí está el navío precisamente. Es uno flamante, de los llamados "urcas", propios de Flandes y Holan-

da, que por ser nuevo y por su solidez ofrece, más que otros, comodidad y seguridad en el viaje. Lo manda uno de aquellos Schetz de la nombradía, que es "hombre cumplidor y bueno", según de entrada lo advierte Ulrico, bien que aficionado a ingerir lo espirituoso, cuando está en tierra firme. Buen marinero debe de ser si así distrae los ocios en el puerto.

Convenido el pasaje y pagado por delante, Utz embarca cuanto ha traído de Indias en especies y animalitos, aparte las provisiones y los efectos personales. Pero "sus" indios, ¿qué ha sido de los que le quedaron? ¿Por qué no los toma ya en cuenta? ¿Los ha dejado, acaso, en Lisboa o en Sevilla, en casa de alguno o algunos que placen de estas rarezas de América?

Mientras llega el momento de zarpar se aloja en la posada de un su paisano que tiene por amigo, Juan Podien. En presencia de éste el capitán de la urca le ha prometido el aviso sin falta del día y hora de la partida. Pero quieren los buenos hados que el "cumplidor" no sea esta vez cumplido, y ello por su afición a paladear jugos generosos de vid o espumantes de cebada.

Ha corrido en el puerto una de las de marinero, y en el estado de no poder bien con las facultades sube el puente de la urca y ordena levar anclas e izar velas, cuando faltan aún dos horas para el alba. La turbiedad de los sentidos le ha hecho olvidar su compromiso con el alojado de Hans Podien. Cuando éste se levanta y va al embarcadero, ya la urca de maese Enrique Schetz navega a todo trapo.

¿Qué hacer en la enojosa circunstancia? Nada, si no pagar nuevo pasaje y tomar sitio en otro barco, puesta, sí, la esperanza de recuperar más adelante, o en el puerto de destino, su fardaje de curiosidades indianas.

Pero el destino tiene las cosas resueltas de otro modo. La urca del flamenco, a no mucho de haberse pues-

to en marcha da un horrendo trompicon contra las rocas costeras y se destroza íntegra. Todo lo engulle el mar por consecuencia, aun tripulación y pasajeros, excepto el borrachín de Schlitz y su piloto.

Por gracia del olvido alcohólico Utz está con vida. Pero ha perdido cuanto trajo de allá, que es como perder un pedazo de Indias que le acompañaba y, asimismo, un pedazo de la propia existencia. Llegará al último puerto tal como salió de allí y talvez menos, pero lleva en los interiores algo que vale tanto o más que lo perdido, y eso nada ni nadie puede arrebatárle.

Ahí concluye la aventura española del alemán que dieron de sí los Schmidl de Straubing.

Sólo la aventura española, ciertamente. Al hijo del viejo Wolfgang que regresa como el Hijo Pródigo de la historia evangélica, le aguarda una vida nueva, acaso más nueva de lo que es de esperar. Y por el pronto, la navegación hasta arribar a Amberes.

Nuevos temporales se desatan sobre el mar que baña tierras de Europa, tan furiosos, que los patrones de los barcos dicen no haber presenciado iguales en muchos años de continua navegación. Pero la suerte ayuda, con la permisión de Dios, y tras de escala obligada en el pequeño puerto inglés de Wight, las naves consiguen anclar en el puerto flamenco que es suyo. Día memorable este 26 de enero de 1554.

De Amberes la febril a la plácida Straubing no dista lo que de Asunción a La Candelaria, por ejemplo, y todo es ir por tierra, cómodamente. Allá debe de estar el hermano Thomas aguardándole con impaciencia, inclinado sobre infolios donde se asientan partidas con números equivalentes a dinero sonante. Más allá, tan caro a los recuerdos, discurre el Danubio, tan ancho como el Xexuí y bello como éste, mas con una belleza singularmente otra.

**8**

**"REISEBUCH" Y  
"WUNDERBAREN FAHRT"**

A la verdad, el hermano Tomás no estaría a la sazón tan del todo entregado a los negocios, sino talvez, prestando atención a la salud resentida. Larga es la cuenta de sus oficiosidades dentro de la comunidad danubiana. La ha servido como burgomaestre por varios períodos anuales y hasta ha llegado a concejal del propio ducado soberano. Que no está seguro de sí mismo lo prueba el hecho de haberse valido de todo medio para tener a su lado al hermano de los descarrios juveniles. Una vez éste en presencia, dispone sus últimas voluntades en letras de testamento luengamente elaborado. Tres días después de haberlo suscrito pasa de ésta a mejor vida el 20 de setiembre del propio año 1554.

La cuantiosa fortuna es distribuida entre Margaretha Mallerin, la esposa supérstite, y el recién llegado de Indias. Pero hay, además, un legado que pone en evidencia no sólo la esplendidez del testador, sino también, lo que vale más, la intención de prestar favor a más altas actividades del espíritu. Dos mil florines deben ser colocados a rédito, para que con el producto se sostenga a estudiantes de la familia. De no haberlos,

el beneficio pasará a estudiantes de la universidad de Ingolstadt que sobresalgan en los cursos de latinidad.

El que hasta ayer se vió entre ríos turbulentos, selvas bravías y hombres acaso más bravíos, ha empezado a vivir de nuevo, pasado ya de los cuarenta años de edad. Ahí está ahora en la ciudad donde nació y vió los días apacibles, dueño de copiosos bienes y sin más quehacer por delante que administrar haciendas, fijar censos y percibir rentas. Nada pudo traer consigo de la remota América, ni siquiera un mísero abalorio de mano india, para mostrar a sus vecinos como prueba de que estuvo allá en lances de todo género. Pero tiene vivo en la memoria el recuerdo del país de las Amazonas y el de la Sierra de Plata, que pudo haber alcanzado con un poco más de fortuna y otro tanto de arrojo. En ese caso...

Mucho ha aprendido de los españoles en dieciocho años de convivir, sentir y afanar con ellos. Entre ese mucho, acaso lo primero es algo que él mismo no advierte dentro de sí y tiende a manifestarse en ciertos momentos. Cuando lo de la lengua aventura le viene a las mientes, la imaginación se le va como en un vuelo de pájaros, y todo lo ve desde arriba con relieves más que precisos y un tinte que empieza tenue y acaba en colorido luminoso.

No tienen que faltar vecinos curiosos cuya instancia le lleva al relato de lo que vio y experimentó. Cuando él accede —y lo hace seguramente de muy buen grado— se expide con creciente vehemencia y abunda en pormenores. Una poderosa animación venida desde sus adentros le induce a dar un poco más de volumen a lo que fue y poner vivos colores donde no hubo más que claroscuros. A medida que las palabras le salen con ese estímulo y el vuelo de la imaginación viene en su ayuda, la facundia se le apodera de la mente y acaba

por hacerle admitir de que todo lo dicho es expresión de lo cierto. Así discurrían sus camaradas españoles en altos de la jornada, a mitad de la selva o a orillas del río, en torno a una fogta de leños crepitantes.

Aquello es para ser escrito, mejor que para ser contado. Mientras corre la pluma hay tiempo para hilvanar mejor los recuerdos y adobarlos con ese algo que da más sabor al hecho escueto y aligera la mente de punzantes incitaciones. Escribir sobre lo que pasó no es sólo dar forma a los recuerdos, sino también vivir de nuevo ese pasado y sentir un poco lo que en ese entonces se sintió. A la tarea, pues, antes de que las evocaciones se debiliten y con el fluir de los días vengan las omisiones y los embrollos de la memoria, si es que no hay ya algunos.

El hombre Schmidl poco tiene adquirido en materia de letras, salvo las de cambio, y ni tiempo ha tenido para pulir su dicción germánica de la parla regional de Baviera. Sus facultades son, pues, limitadas en este orden y tendrá que decir las cosas tal como las diría o las ha dicho de viva voz. Pero a cambio de la dificultad en el así expedirse, dispone de otros recursos. El de la buena memoria del hombre de negocios que recuerda siempre la operación hecha y la traza y particularidades del cliente con quien la hizo. Tan patente lo tiene todo en sus adentros y de tal modo prevenido, que cuando empieza a extenderlo, como lo ha hecho varias veces ante su auditorio vecinal, el pormenor le sale copiosamente, así en lo que respecta al suceso como al hombre que participó en éste.

Puesto ya en la tarea de escribir, le ocurre al hacerlo lo que en el relato verbal delante de amigos. El acontecimiento que tiene fijado en la memoria sale de ésta con lianeza y precisión, mas en el proceso mental que media para reproducirlo interviene un elemen-

to que no es propiamente suyo y le hace ver a aquél más lúcido y con alguna mayor dimensión. Extraño elemento ese, que no le es connatural y se le ha pegado a las entretelas interiores del modo que se adquiere un hábito o más íntimamente, surge una presunción. El recuerdo así elaborado pasa de la mente al papel en que escribe y al mismo tiempo se apodera de la fuente de donde emergió y concluye por ser consentido con toda la lucidez y toda la dimensión adquiridas.

La exageración no es la mentira, sino el cuerpo mismo de la verdad alargado por mediación de las circunstancias. "Vinieron los indios contra nuestra ciudad de Buenos Aires, con gran poder e ímpetu, hasta veintitrés mil hombres". Que! ¿No fueron veintitrés mil? Pues así los vió él, así los recuerda, y eso basta. Los Mayas degüellan a sus enemigos con un filísimo diente de pescado, y son tan rápidos en esa operación "que uno no puede dar la vuelta al cuerpo con tanta prisa como ellos cortan una cabeza". Lo presencié él o se lo dijo alguien de todo crédito, y ninguno estaba para medir el tiempo empleado en la cercenadura y menos para co- tejarlo con el que se tarda para dar media vuelta. "Aquellos indios tenían comida en la cantidad suficiente para alimentar un ejército durante meses". Los trojes indios se mostraban a la vista tan repletos, que su cuantía daba para pensar a los hambrientos expedicionarios en la saciedad no sólo del momento, sino también en la de los días venideros. He ahí verdades de cuerpos alargados por obra de las circunstancias!

En esto de la verdad y la mentira —con perdón del doctísimo San Agustín que dice otra cosa en el libelo *Contra Mendacio*— quien vaya conducido por Schmidl a través de los caminos indios de América habrá de admitir que la segunda no es el opuesto absoluto de la primera. O no lo es sino cuando hay malicia manifiesta

o lo que se expresa contraría sustancialmente a lo que se sabe, cree o piensa.

Ninguna intención de inferir daños hay y ninguna contrariedad entre conciencia y expresión se ostenta cuando el viajero sostiene algo fuera de lo corriente. Que ha hecho un largo viaje a caballo en una llama; que ha cazado él solo más de tres mil caimanes o yacarés; que ha visto en el cielo del Paraguay la constelación de la Osa Mayor: ¿No son verdades ésas, puesto que el narrador las cuenta como tales? Si el que éste lleva por esos andurriales de la incógnita América suelta la mano conductora y echa a andar solo, es libre de creer o no creer en aquellas peregrinas especies. Pero ello no obsta a que sean verdades, porque él así las ha concebido y así han salido de su mente.

Hubo un viajero que sin haber salido del país natal corrió muchísimas aventuras, yendo en pos de un ideal abstracto para muchos, pero para él clarísimo como la luz del día. Se llamaba Alonso Quijano, pero él quiso que le llamasen Don Quijote. Como idealista puro, veía las cosas a su modo, aunque la realidad de esas cosas le golpease duro. Cierta vez se le dio por entrar en una cueva, y aunque apenas pasó de la abertura, al salir contó maravillas de lo que había visto dentro. ¿Mentía? Pues, no. Si él lo dijo, así debió de ser, y la posteridad, se deje o no conducir por él, tiene que creerle.

Este caballero español vivió y anduvo de peregrino varios años después que el alemán anduviera por tierras indias. Pero la sustancia de que estaba formado viene de antiguo. Desde que hubo españoles hechos y derechos, y el Cid se encargó de darles el espaldarazo, han habido muchos Quijotes. O, para decirlo con más profundidad, todo español que emprende una aventura deviene temporal o definitivamente en Quijote. La penetración en América, desde sus ribetes coste-

ros hasta lo más profundo de sus entrañas, fue toda una sola inmensa aventura, y quienes participaron de ella hubieron de meterse dentro de la vieja armadura que andando el tiempo serviría para retobar las magras carnes del hidalgo de La Mancha.

El quijotismo es contagioso, de eso no cabe duda. Pero lo curioso es que a las veces cunde aun entre gente no española, cuando ésta actúa a su lado, recibe iguales impresiones, vive y siente con ellos. El alemán de la entrada por el Río de La Plata es uno de los tantos, y acaso el más señalado porque se sabe de él bastante, por él mismo, a través del legajo que dejó escrito.

Caso singular el de este hijo de Baviera temporalmente quijotizado. Venido a Las Indias por los Welser y para los Welser, se ve arrastrado de pronto por aquello que ha dado en llamarse "la furia heroica" de los españoles, y arrastrado hacia incógnitas lejurias, en pos de fantasías con vaga forma de tesoros. Si al principio no cree en ellas —el grave razonar germánico se lo dice— concluye por ser un convencido, de tanto oír hablar de aquello a sus camaradas y tanto sentir su influencia psicológica. Pero allá en sus trasfondos, con el creer en maravillas y cifrar su ideal en ellas, alterna su sentido utilitario, su pragmática de hombre de negocios.

Aquí otra fase del complejo quijotesco. La personalidad del hidalgo de las fantasías nacidas del idealismo obsesivo se desdobra y toma cuerpo en la de su original escudero. Mas no en la del Sancho comilón y palabrero, holgachón y medroso, sino en la del Sancho prudente y avisado, que cree muy justo medrar en las andanzas caballeriles y aspira con toda naturalidad al gobierno de una insula.

Poseído así de este complejo, el alemán entre españoles ha seguido durante dieciocho años la ruta de la aventura, batallando fieramente con indios, hendien-

do cerrazones y caminando a veces con el agua al pecho y a veces sobre parameras donde no hay gota de agua. La fantasía hecha ideal le ha llevado hacia adelante en busca de reinos que conquistar, plazas que rendir y minas de plata y lavaderos de oro en que meter mano. Y mientras alcanzaba esto, o por lo menos parte de esto, que era como haber alcanzado el ideal, había que aprovechar de lo buenamente disponible. Poco era, pero inmediatamente útil y en todo caso ganancia justamente obtenida: Indios para el servicio, del uno y del otro sexo, mantas, hamacas y zurroneos y alguna que otra planchuela del codiciado metal. Todo eso venía a ser muy suyo, eso sí, y suyo el derecho de obtener más, con ayuda de la suerte y pujanza del brazo. Si alguien trataba de arrebatárselo, ese alguien era injusto y atrabiliario. Mal caballero, por esa razón, aquel Alvar Núñez que quiso dar otro sesgo a las cosas, mal amigo y mal gobernante. Asistió la razón a quienes le quitaron de en medio.

La carta llegada a sus manos gracias al luengo brazo de los Fugger tuvo el poder de sacarle de la senda en donde andaba metido y emprender la suya propia que repentinamente se le mostraba. Y enteró la obra aquel borrachín de Schetz al dejarle en la playa y echar al fondo del mar sus cosas de Indias. Volvía a ser así el Schmidl de Straubing, serio y reflexivo, que no el peleador sargento arcabucero, de las huestes españolas de conquista.

Pero en el escribir al dictado de la buena memoria no puede con el Schmidl de esos días y vuelve por momentos a meterse en aquella senda, readquiriendo la personalidad fantaseadora del andante caballerismo español. Da por visto lo que no vio precisamente y por cierto lo que así le pareció en ese entonces, o decanta lo menudo y magnifica lo estrecho, a tenor con el mo-

mento psicológico de las impresiones recibidas. Sólo a momentos, conviene recalcarlo, pues cuando tiene firme la pluma en las manos, la misma con que anota partidas de registro y apunta valores de cuentas, la del relato va por lo exacto y puntual. Distancias, días de camino, ojeadas sobre el terreno, visión panorámica de paisajes, catadura de aborígenes y empaque de camaradas, así grandes como pequeños, todo eso sale a la justa medida, con prolijidad, pero en la apretada síntesis que cumple al buen narrador de largos viajes. Y así mismo las escenas principales del drama, sin prescindir por cierto de las pasiones que las han promovido y aun de las suyas propias que como hombre "del común" ha sentido.

Empezó a escribir con el detenimiento del que no tiene urgencias. Pero he aquí que le vienen instancias de fuera, y de tanto poder persuasivo, que le obligan a apresurar la faena.

El pueblo alemán, que se conoce bien a sí mismo y de igual modo conoce su tierra; que ha vivido y sigue viviendo idénticos modos de existencia, incluidas las querellas de muros adentro y muros afuera, ha entrado en la curiosidad de saber cómo es el mundo nuevo del otro lado del mar. Está ansioso de novedades de la especie, bien por simple expectación, bien como entretenimiento y en algunos casos con la más elevada mira de entender como anda la humanidad en aquellas incógnitas regiones.

Cierto connacional llamado Hans Staden, que ha discurrido por tierras del Brasil y vuelto a Alemania con ayuda de la suerte, ha escrito al menudo sus andanzas. En 1556 aparecen éstas en la forma de libro con el título de *Wahrhfftige Historia*, entonces a la moda, impreso en Marburgo. El público acoge este *Reisebuch* (libro de viajes) con animación que alcanza el grado de

la avidez por otros nuevos. Los recuestos por el *Reisebuch* del que vivió en aquellas Indias del misterio y la aventura durante casi veinte años se repiten y se multiplican no sólo ya de parte de los amigos de Straubing, sino también de otras localidades de Alemania. Ulrico se ve impelido a abreviar la labor, llevado de la animación con que se le tienta.

Con poca o ninguna operación de repaso, el manuscrito está ya en disposiciones, y no falta cartulario que saca trasuntos, acaso sin la debida autorización del autor. Adquiere al pronto nombradía por los extraños lances que cuenta, los increíbles acontecimientos y los inauditos entreveros con indios que relata, los exóticos paisajes y los descomunales animales que describe y, por sobre eso, los países de misterio y fantasía que el de las aventuras ha entrevisto y la milagrosa forma en que se ha librado de azares. Aquello no ha sido un simple viaje por tierras lejanas, sino un suceder de maravillas, un *Wunderbaren Fahrt*, para decirlo todo en dos palabras.

Un viejo librero de Francfort del Maine llamado Sebastián Franck von Word ha tomado interés por el manuscrito y decide incluirlo en la obra que prepara con el título primordial de *Weltbuchs von Newen erfundnen Landtschafften* ("historia universal de países nuevamente descubiertos"). Allí ha de aparecer, puesta en letra de imprenta, la narración largamente vivida pero ligeramente elaborada por Utz, el antiguo arcabucero alemán de las huestes españolas.

\* \* \*

Aquí un paréntesis necesario.

Queda dicho desde la portada que este modesto libro está destinado, entre dos o tres simplísimas co-

sas, a la divulgación de la existencia que llevó un singular personaje del drama de la conquista española de América. Su singularidad estriba capitalmente en que compuso un libro acerca de sus participación al menu-do en aquel estupendo drama. Tantas y tan variadas especies se han escrito en los últimos tiempos sobre tal libro, que los iniciados en sus conocimientos pueden disponer de un sinnúmero de fichas bibliográficas alusivas, para ir a más si así lo desean.

Entiende el sumiso autor de este "romance biográfico" que sus lectores —en habiendo llegado a tener algunos— no han de ser aquellos iniciados, sino de los simplemente curiosos o buenamente aficionados. Pero aun entre estos éstos no han de faltar quienes alien-ten la curiosidad de saber alguna cosilla más sobre aquel libro. Para ellos van una breve relación de sus-tancia no precisamente bibliográfica, que es mucho decir, sino meramente informativa.

Tres manuscritos, que los entendidos llaman códi-ces, son los hasta hoy conocidos del *Reisebuch schmi-deliano*: Uno, el que se conserva en la "Bibliotheca Re-gia Monacensis", de Munich, que a quien esto escribe le fue dado tener entre las manos y adquirir por genero-sa donación una copia en *microfilm*. Otro, el de la Bi-blioteca de Stuttgart, igualmente hojeado por el mismo y del cual aseguran los eruditos ser el original autén-tico. Un tercero, que se conserva en la Biblioteca pú-blica de Hamburgo y es el menos recurrido de los tres.

En cuanto a ediciones, la *princeps* es la hecha por aquel Franck von Word, antes mencionado, e impresa en casa de Martín Lechler, el año 1567. Una segunda, tercera y cuarta fueron sucesivamente apareciendo en el propio idioma alemán, entre el año inicial y el de 1597. Mayor difusión hubo de alcanzar el libro al ser vertido al latín, que era en aquella época la lengua in-

ternacional de la cultura. La traducción fue debida a un profesor de Francfort, Gothardo Arthus, y la realizó el editor y librero Teodoro de Bry. A esta primera edición latina siguió muy luego otra mejor y adornada de cu-riosas láminas, hechas por Levinus Hulsius.

Andando los años vendrán otras varias ediciones y traducciones al holandés, al francés y al inglés, es-tas últimas ya en pleno siglo XIX. Particular mención me-recen las alemanas de Langmantel, hecha en 1889, y la más meritoria aún, de Johannes Mondschein, en 1893.

El total de todas, hasta 1958, según esmerada y pun-tual relación del paraguayo Efraín Cardozo, alcanza a no menos de cuarenta y dos.

La primera versión castellana fue hecha, según el mismo erudito bibliógrafo, trasladándola del latín por Andrés Gonzáles Barcia, y se imprimió en Madrid. La han seguido otras varias, argentinas casi todas, de entre las cuales son dignas de particular encomio la de Sa-muel Lafone Quevedo (Buenos Aires, 1903) y la de Ed-mundo Wernike (Santa Fe, 1938). Esta última sobre todo, por ser la más fiel al código original de Stuttgart).

Y ciérrase ya el paréntesis, en hora buena.

**9**

**HOGAR, IGLESIA Y POSTRIMERIA**

El antiguo sargento arcabucero en Indias y novel autor de un *Reisebuch* alemán, hecho ya un señor burgués de holgado y plácido vivir, ha llegado adonde tenía que llegar por fuerza de las circunstancias y razones de imperioso mandato: A contraer matrimonio. La elegida es una viuda, de bastante edad por cierto, ya que no sólo tiene hijos mayores, sino hasta una nietecilla que la acompaña. Frau Julianne Hüberin, que así se llama la desposada, es poseedora de bastantes bienes, y entre éstos, una casa de las buenas que hay en Straubing. Sólo que los años que lleva encima la tienen ya con las mejillas carnosas y la papada rebosante, como las señoras que pinta su paisano Holbein. Pero es que él tampoco es un mozo, ni mucho menos. Pica a cincuentón y las líneas de su robusto corpazo tienden a pronunciarse, con desmedro de la soltura y agilidad de los movimientos.

Mal que le pese, con la muerte del hermano Thomas le ha venido el tener que atender no sólo los bienes propios que, como cuantiosos, necesitan cuidados, sino también la administración de hospitales y aduanas, de transmisión hereditaria. Helo a la sazón inclinado lar-

gas horas sobre pliegos y cartapacios y llevando guarismos de este lado al otro, faena no nada grata, ni nada dúctil para quien no está hecho a ella o la olvidó por azares de la vida. Y no sólo eso, sino que la quietud reinante en la casa solariega resulta pesada y a las veces hastiosa.

Menos mal que la pequeña Regina, la nieta que frau Juliana ha traído consigo, pone con los destellos y los primores de la infancia luz de medio día y alboroto de pájaros en las umbrosas y silentes estancias de la casona. El la quiere bien, y como no tiene hijos, y ya es difícil tenerlos, considera a la chiquilla como si fuese suya.

El *Reisbuch* que ha compuesto a instancia de sus amigos anda por fuera, en copias tomadas por amanuenses no del todo cuidadosos. Y es probable que de los vecinos de Straubing no sean muchos los que le han visto o leído, y el prestigio de que goza entre ellos el conterráneo no venga de ese lado, sino de los bienes que posee y la tradición patricia de la familia. Esto último, sobre todo, ha primado seguramente para que los buenos *estraubingenses* le hagan concejal de la ciudad. Como tal aparece en 1558, desempeñándose en lo mismo que el viejo Wolfgang en su tiempo y el hijo Thomas en el suyo. La casa tiene sus privilegios por razón de antigüedad.

Pero, en estrictez de verdad, no todo es antiguo, ni en todo se procede como antes dentro de los muros que levantó el diligente Wolfgang Schmidl. Una novedad ha entrado en su recinto, novedad tremenda, poderosa, extraordinaria, que después de runrunear por fuera ha concluido por hacer suyos mentes y corazones de los que allí moran. Y como se trata de intimidades, apenas si se deja sentir en las conductas y los modos exteriores de los dueños de casa.

Cuarenta años atrás, un monje sajón de la orden agustina planteó un desafío a los procedimientos empleados por Roma en lo atinente a la remisión del pecado y el entendimiento de la gracia divina. Poco era lo que en tal documento afectaba a la esencia misma de la cristiandad, encarnada en la autoridad del pontífice romano. Pero ese poco equivalía a un enfrentamiento contra la entonces indiscutida potestad de aquél, y así entendida la tesis del monje agustino determinó el lanzamiento de una bula papal que impelía a éste a retractarse, so pena de ser excluido de la comunidad eclesiástica.

El tozudo monje, llevado de otra parte por ideas propias en materia de fe, arrojó al fuego el documento, delante de un grupo que batía palmas por lo osado de la actitud y la simpatía que empezaba a despertar en gracia a los poderes sugestivos de su personalidad. Fue el conclusivo rompimiento con Roma, y, por ende, con la iglesia que allí tenía su centro espiritual y temporal. De ese día en adelante echó el monje a predicar las ideas que le bullían en la mente y hasta ese entonces se había cuidado de manifestar, o bien no tenía aún palmariamente concebidas.

Dios es la suma justicia, y ésta debe entenderse en el sentido de que el justo vive por la gracia de la fe, y sólo por ella. Por consecuencia, la relación del hombre con Dios no depende de lo que el hombre haga o deje de hacer, sino del poder infinitamente benévolo de la Divinidad. Jesucristo-Dios lo hizo todo por la salvación del hombre, y éste no tiene para sí otra cosa que creer, y ya es justo, es decir merecedor de la gracia divina, sin necesidad de intermediarios. He ahí, en apretada síntesis, lo que sermonea con palabra elocuente y conmovedora Martín Lutero, el fraile agustino que ha dejado de serlo.

Sencilla, fácil de entender y liviana de seguir es la nueva doctrina. Además, y esto es lo principal en la época que se vive, libera de pesadas obligaciones, exime de gravosos tributos para la iglesia y corta las amarras con que a poderes extranjeros está sujeto el altivo pueblo alemán. Se explica así que las multitudes admitan apasionadamente aquella doctrina y aun asuman actitudes de hecho para sustentarla.

Poco es eso en lo sustancial y no habría pasado de la simple separación de Roma, si no median poderosos móviles del orden político. Los príncipes germánicos apetecen más libertades de las que gozan dentro del concierto imperial, y ésta es la coyuntura que se les presenta para obtenerlas. El apoyo a Lutero, sea compartiendo sus ideas religiosas o haciendo que compartirlas, es alternativa indispensable para entrar en acción, y así lo hacen, apelando a todos los recursos de que disponen.

Pero ahí está Carlos, el rey de España, que es su emperador y señor de pleno derecho. El concepto que éste tiene de poder imperial no es el de la simple sumisión de los estados vasallos, sino el de una unidad política que, a ejemplo de su reino español, esté basado en una unidad social sólo factible por la unidad religiosa. Y de esta idea comparten algunos de los príncipes soberanos, desde luego los mitrados.

La posición de Lutero, que arrastra ya millares de adeptos, y se muestra cada vez más violento, debe dilucidarse en Worms, en la asamblea de príncipes y dignatarios que el emperador ha convocado. Pero allí toda discusión es inútil. Aunque domina aún la decisión por el orden corriente, el ex-monje y sus partidarios se muestran irreductibles, y entonces el emperador, con anuencia de la mayoría deliberante, lanza el célebre edicto que condena a Lutero y, por supuesto, a sus fieles.

Es el comienzo de la actitud de hecho que ha de abundar en reñidas colisiones de bandos y en lances sangrientos. Una asociación de príncipes partidarios de la nueva iglesia, dicha la "Liga de Smalkalda", se pone al frente al emperador. Y lo curioso del caso es que el duque de Baviera, que ha permanecido católico, se adhiere a la "Liga", sin mucho escrúpulo de conciencia.

Tras de largos y azarosos años de contienda, el problema religioso hecho político llega a la avenencia, por lo menos parcial, en la asamblea imperial reunida en Augsburgo, el año 1555. Curiosa y, de otro lado terminante, es la decisión tomada por los príncipes alemanes en la dieta de Augsburgo. Los pueblos del imperio, adoptarán obligatoriamente la religión que profesan sus respectivos soberanos: O la Católica Romana de la vieja tradición o la "Reformada" de la sustancia luterana. *Cuius regio, eius religio*, y está concluido. A las gentes de la una o la otra dicotomía resultante les queda el derecho de salir del lugar en donde no están con lo suyo e ir a establecerse en donde han de estarlo.

A no mucho de su regreso de Indias y entrada en los nuevos modos de llevar la existencia, Ulrico se siente tocado por esa "gracia" que el antiguo monje agustino ha hecho vislumbrar en las conciencias de los hombres de Alemania. No debe de haber sido largo el proceso operado en la suya, hasta llegar a la firme creencia en todo lo que aquél ha dicho y establecido, como base de una nueva iglesia, "reformada". Fácil y sencillo es creer sin penetrar en sutilezas teológicas, y para él, hombre que lo ha experimentado todo y ha salido airoso de todo con la fe puesta por delante, resulta liviano y racional asimilar el nuevo credo. Y practicarlo, claro está, de la simplísima manera que la prédica luterana quiere se ejercite, como acto de conciencia pura.

Tal es la novedad que en lo callado del ambiente ha empezado a reinar en la vieja casa de los Schmidl de Straubing. Pero el último de ellos, que es de natural hombre de acción y fogueado en los menesteres expeditivos durante las andanzas por el nuevo mundo, no tarda en asumir actitudes firmes cuando de materia de fe se trata fuera de casa. Es dable imaginar que la decisión tomada en Augsburgo subleva los ánimos de los de la nueva fe que residen en la industriosa ciudad danubiana. Y tanto es seguramente el ardor unido al resquemor, que la desavenencia llega a los estrados del ayuntamiento. El concejal Schmidl se manifiesta francamente airado y polemiza con vehemencia en el seno de la institución comunal. Pero los vientos que soplan del lado de Munich no son precisamente favorables a la causa que él sostiene.

Al buen Alberto, que se mostró tolerante con sus súbditos de la iglesia reformada, ha sucedido como soberano de Baviera el duque Guillermo, un católico de sólidas convicciones, o más bien intransigente "papist", para estar al dicho costáneo. Trabaja por esos días en la "contrarreforma" católica de Alemania, uno de los más firmes y alentados campeones de Roma, el padre Canisio. La palabra arrebatada y la expeditiva acción de éste mueven a que Guillermo tome enérgicas providencias para que en Baviera se cumpla sin dilaciones aquello de *cuius regio*, que los príncipes luteranos han aplicado ya irrestrictamente en sus dominios.

El vehemente concejal tiene, pues, que abandonar Straubing, al igual que muchos de sus conterráneos, asimismo militantes de la iglesia reformada y como él poseídos de la pasión y el fervor de todo neófito.

Regensburg, la antigua Radespona romana y medioeval, que nosotros decimos Ratisbona, es la ciudad escogida por los luteranos de Straubing para fijar la

residencia. Bien escogido el lugar, ciertamente, pues aquella es ciudad libre dentro de la estructura imperial, y no hay soberano territorial ninguno, sea católico o reformado, que ejerza autoridad sobre ella. Esta condición ha hecho que en años anteriores sea por repetidas veces el punto de reunión de las "dietas" convocadas para discutir el torvo problema religioso y político.

Schmidl enajena sus bienes, y en compañía de la esposa y la pequeña hijastra toma el camino de Ratisbona en los primeros meses de 1562. Tal debe de ser la cantidad de los desplazados, que el ayuntamiento de la ciudad libre delibera sobre la residencia de ellos, en sesión celebrada el 18 de junio de aquel año, concluyendo por decidir les sea dado alojamiento provisional, en tanto ellos mismos decidan sobre la residencia definitiva.

Por cierto que el concejal cesante no ha menester de las larguezas de la ciudad acogedora. Apenas llegado compra una vieja casa que perteneció a ciertos acaudalados judíos, la manda refaccionar y construye luego una nueva a continuación de aquella. Al año siguiente toma carta de ciudadanía ratisbonense, que le es otorgado por el ayuntamiento el 21 de mayor de 1563.

Tiempo después, Juliana, la esposa, enajena también lo suyo que aún posee en Straubing, mediante documento que lleva la fecha de 10 de agosto, *tag Laurenti*, de 1567. Anda por ahí a la sazón un cierto Kaspar Braun, a quien es necesario retribuir con dinero presuntos servicios que ha prestado durante la obligada ausencia.

Una satisfacción le cabe ese mismo año 67: La de ver que su libro, tantas veces transcrito a mano, ha aparecido al fin en letras de molde. Ahí está el volumen salido de los talleres de Martín Lechler, conocido impresor de Francfort del Maine, y en él se lee por más

de una vez esto que, por cierto, le place sobremanera:  
**Dusch Ulrich Schmidl von Straubing.**

No le quedan a **frau** Juliana muchos años de vida. A fines de 1573 duerme en el Señor, no sin antes haber otorgado testamento. A la apertura de éste, el 7 de enero siguiente, los herederos reciben su parte, incluida la pequeña Regina, y el viudo añade a su hacienda una buena cantidad de **gulden** que la extinta le ha legado en manda testamentaria.

Corto es el estado de viudez que guarda el nuevo ciudadano de Ratisbona. El 3 de marzo de 1574 contrae segundas nupcias con Benigna von Meldogg, viuda a su vez de un fulano Weilandt, suiza de nacimiento y asimismo poseedora de cuantiosa fortuna. Pero esta segunda esposa no vive sino tres años a su lado, y en 1577 rinde el tributo de la existencia, dejándole nueva vez viudo y solo, pues de ninguna de ellas ha tenido descendencia.

Ha envejecido ya, pero su recia complexión le mantiene sano y vigoroso aún. Tanto es así que se decide a nueva suerte conyugal. La escogida esta vez es una joven muniquesa con el nombre un poco raro de Ehrntraud, quien a sus buenas prendas personales une la de su posición social: es hija del concejal de Munich Wilhelm Stockhemers. Los registros matrimoniales de la libre ciudad imperial anotan la fecha del 15 de abril de 1578 como la de este enlace poco habitual por razón de la notable diferencia de edades entre los contrayentes.

El hombre de las peregrinas aventuras en Indias y los crecidos caudales en Straubing ha vivido ya bastante y llega su fin natural de entregar el alma al Creador que se la dió. Ocurre ello un día cualquiera, entre los últimos días de 1580 y los primeros de 1581. El deceso sólo dejará la constancia del día en que el escribano abra ante testigos el testamento que Ulrich Schmidl dejó otorgado: 21 de febrero de 1581.

1810. El Sacro Imperio Romano Germánico ha dejado de ser, y quien durante siglos le rigió mayestáticamente ha tenido que contentarse con el más modesto y menos extensivo título de emperador de Austria. En el transcurso de pocos años aquello que constituía la sustancia principal del Imperio, la *gross* Alemania, ha cambiado notablemente en su estructura política. Los soberanos de menudo territorio y limitado dominio se han visto obligados a deponer, tácita o expresamente, la tradicional soberanía, para constituir en grupos, estados de mayor envergadura y mayor consistencia. Todo o casi todo es obra de un magnate francés que procede en Alemania conforme a la vieja tendencia política de su pueblo: Napoleón.

Por determinación del poderoso señor de los franceses y virtual padrino de Alemania, Baviera es un reino, que en punto a jerarquía de su soberano puede tratar de igual a igual con todos los análogos de Europa. Maximiliano, que heredó la corona ducal de sus predecesores, ostenta la real de adquisición reciente y luce en la corte de Munich con el manto de púrpura y la capilla de armiño como ha de pintarle luego Joseph Stie-

ler. Los bávaros están felices con su nueva condición de vasallos de rey y se muestran expansivos y aun altaneros. ¡Hoch Bayern!

Interesante y sugestivo caso el de estos alemanes del sud. Tan alemanes, son, ciertamente, como los badenses, los sajones o los prusianos, pero tienen tal apego a la tierra natal, con raíces hincadas en lo afectivo, como aquéllos no la tienen a la suya respectiva. Si hasta gastan humillos de mejoría en relación con sus convecinos y heramnos. En este orden de cosas, valga la digresión, quienes podemos comprenderlos mejor somos los americanos del sud, que paladeamos el mismo vino dentro de nuestras respectivas patrias.

Por aquellos días del 810 el surgimiento del espíritu bávaro va dejándose sentir. Y empieza, naturalmente, por la exaltación y exultación del espíritu local. Ciudades y pueblos del nuevo reino sacan a relucir regocijadamente sus glorias y sus palmas, como en un afán de fraternal competencia. Las tienen, y muchas, en toda orden de cosas, a empezar en las hazañas de guerra y concluir en los conciudadanos que han adquirido nombradía en gracia a sus hechos personales.

En este último orden de cosas la pequeña ciudad de orillas del Danubio nada ha aportado aún, y tarda en hacerlo. Pero he aquí que un día de esos —16 de febrero de 1810— aparece impreso un cuadernillo de cinco páginas, con el modesto pero significativo título de *Bekanntmachung*, "anuncio". Quien lo ha escrito y hace circular no da su nombre, pero se dice que es un modesto vecino de la ciudad.

El "anuncio" empieza manifestado: "Será placentero para el vecindario de la ciudad de Straubing conocer algo sobre uno de sus eminentes antepasados, ya completamente olvidado en su ciudad natal". Y agrega seguidamente: *Vergebens wird man sich hier um den*

*Ulrich Schmidl erkundigen*. ("Inútil sería preguntar aquí por Ulrich Schmidl").

Así es, efectivamente, nadie sabe en Straubing, ni aun talvez en Baviera toda, quién fue el así nombrado. Con la losa que cubrió sus restos en Ratisbona cubrió el olvido la memoria del hombre. Verdad es que editores e impresores insistieron durante algún tiempo en lanzar tirajes del *Reisebuch* compuesto por él, y su nombre siguió figurando en las portadas, con el sugestivo aditamento de *von Straubing*. Su nombre, nada más, porque a nadie interesó reparar en quién había sido, ni qué había hecho, aparte de lo narrado en el libro. Pero cuando el público alemán se hubo hartado de aventuras corridas en lugares de misterio y fantasía, porque América había dejado de serlo, el libro no tuvo más lectores, y de entonces en adelante, ni siquiera la mención de aquel nombre.

Tras de dos siglos de injusto olvido, la proclama del anónimo vecino de Straubing —modesto menestral acaso— viene a reclamar por el olvidado un sitio de preferencia en la historia local y a pregonar de que los *straubingenses* tienen motivos suficientes para enorgullecerse de él, no ya sólo en Baviera y en Alemania toda, sino aun en el mundo.

El cuadernillo de las cinco páginas adelanta la merecida celebridad del conterráneo, explicando en cortas líneas quién fue y qué extraordinarios sucesos presenció y experimentó durante el largo viaje por América. Anuncia en principal, como remate del *Bekanntmachung* de que su Schmidl está a punto de emprender un nuevo viaje. Y concluye deseándole muy feliz: *Wollen wir ihm noch gluckliche Reise Wünschchen!*

Jamás *straubingense* alguno tuvo la suerte de ser oído como aquél, ni hizo tanto bien a un recomendado. Tras de la proclama vino el tomarse interés por el hom-

bre Schmidl, que ya no solamente por el libro, y tal interés hubo de trascender por mucho más allá de la cinta ondulante del Danubio.

Un italiano con residencia en la Argentina, Pedro De Angelis, traduce el libro de su versión latina al castellano, para el conocimiento de los americanos del Sud. Pero no lo lanza así no más, sino con previos apuntes biográficos del autor, en un primer ensayo de reconstruir su vida, tal como debió de ser, mas con la exigüidad de datos que corresponde a lo poco hasta entonces averiguado. Un francés, Ternaux-Compans, hace lo propio en París, para entendimiento de sus paisanos. Gente nueva lee atentamente el libro y adquiere noción de quién lo compuso, cobrando paulatino interés por la persona de éste. Todo ello cuando apenas ha pasado una veintena de años de aquel 16 de febrero en que el incógnito vecino de Straubing echó al aire la clarinada.

Pero no es eso todo. Investigadores y anticuarios se lanzan allá sobre notarias, tribunales, ayuntamientos, intendencias, parroquias y cuanto depósito de papeles viejos pueda ser revuelto, en procura de datos acerca de la vida del personaje. En apartado rincón de una casa de Ratisbona se encuentra una chapa de mármol que lleva inscrito el nombre de Ulrich Schmidl, con la consabida añadidura de **von Straubing** y la data del año: 1563. En la propia ciudad danubiana se llega a dar con la casa donde nació y estuvo situada sobre la Ludwigsplatz de hoy. Su conterráneo el profesor Johannes Mondschein escribe una curiosa biografía con todos los datos aportados hasta entonces e igual labor emprende el doctor Valentín Langmantel. Otros investigadores vienen en seguida, y en obra paciente de años se consigue sacar a luz un Schmidl que es no ya simplemente el de las correrías en Indias.

El del "anuncio" de 1810 tenía razón al sostener que su héroe iba a emprender un nuevo viaje. Y por cierto que éste habría de ser más feliz que el otro, tal cual se lo deseó aquél por sí y en nombre de sus conciudadanos.

Entrado ya nuestro siglo, la afición y la expectación por el personaje echan raíces, crecen y fructifican en la tierra americana que él recorrió en son de conquista. El erudito argentino Lafone Quevedo puntualiza, subraya y acota una nueva y más cuidadosa versión del *Viaje*, y el general Mitre pone en la obra el peso de su autoridad, aderezando una elegante biografía con los datos aportados por Mondschein.

Más todavía: Aparece a los años el schmidelista pesquisador y metódico, Edmundo Wernicke, un criollo argentino con sangre germánica en las venas. Empeñado éste en lograr una versión, la más fiel que haya habido, del código de Stutgart, echa mano de cuantos recursos dispone, así mentales como materiales, para alcanzar la meta. Parte de esta labor es, naturalmente, la de ponerse al rastro sobre la vida del hombre y reelaborarla con métodos propios. En lo que tiene de gaucho y con referencia a lo mismo, procede como aquel *Rastreador* de que se ocupa Sarmiento en el *Facundo*.

Entre tanto, en el país natal del hombre Schmidl han aparecido y obrado diligentemente nuevos y más afortunados investigadores, como el Dr. Hans Rohrmayr, el profesor Fritz Buchl y el Dr. Joseph Keim, señaladamente el último. El resultado de la faena es la obtención de nuevos pormenores para hacer que la figura del conquistador se muestre con mayor precisión y más definidos contornos.

Ocurre entonces con él lo que con varios hombres del pasado que han alcanzado notoriedad *post mortem*. Un autor, con lastre de documentación fedataria, dice de

su personaje esto, lo otro y lo de más allá. Viene otro, igualmente documentado o argumentando mejor análisis de la prueba documental, y niega aquello, en todo o en parte, o aporta con nuevas posiciones o nuevos discurrecimientos del biografiado. Resulta de ello que quien lee del uno y del otro lado, queda a caballo sobre la incertidumbre y la duda.

Wernicke, que había empezado con una *Rehabilitación del sargento alemán*, con mira a humanizar y hacer visible a ojos del público corriente la figura del personaje, culminando con el acabado *Derrotero y Viaje a España y las Indias*, fue posteriormente a más. Pero en este ir con métodos propios, harto meritorios de suyo, optó más bien por la duda metódica del filósofo francés, que no por el rastreo simple y de más positivas resultas, de su paisano, el Calibar de Sarmiento. No se critica el procedimiento, ni se le tiene en menos, sí, que de haber seguido el otro, el de las raíces nativas, que va tras de los pasos ojeando la huella, intuyendo la marcha y entreviendo la figura, le habría llevado al hombre, al que todos quieren encontrar y ver con nitidez.

Tanta fue la duda, por el contrario procedimiento, que le condujo a subestimar algunas probaciones y dar por no segura la identidad del Schmidl que estuvo en el Río de la Plata con el acaudalado de Straubing que fue a morir en Ratisbona. Concluyó a la postre por calificar a aquél como "el enigma alemán en el río de la Plata". No falta, por cierto, quien le sigue, y nada ni nadie puede impedirsele.

Pero no hay tal enigma, sino un hombre. Un hombre que, de entre penumbras, es preciso admitirlo, se perfila en juego de claroscuros, para dejarse ver tal

cual fue o pudo ser, siempre y cuando el observador se allane a ver lo estrictamente humano de la visión.

Hombre acabado este Schmidl, en cuya personalidad gravitan por igual los defectos y las virtudes, las gallardías y las asperezas, las sobriedades y los excesos que lleva consigo todo sujeto de la sustancia terrena.

Tiene en su haber el valor personal a toda prueba, la lealtad para con sus amigos y superiores, la estrictez en el conducirse y la espontaneidad y llaneza para estimar y juzgar personas y hechos. Lo acepta todo con impasibilidad lindante en fatalismo, máxime si el hecho proviene de la propia determinación. Cuando está libre de espejismos u otras presiones psicológicas de este orden, se pronuncia con verdades que a las veces resultan ingenuas y a las veces machaconas. No presume ni vaneja de hazaña alguna, en la consideración de que todo lo hecho es obra "del común", y de ser o haber sido parte de éste, sí que decanta, complacido.

Apreciándole en la perspectiva de los hechos y sobre el fondo vivo de la época, se le advierte renacentista neto, paradigma de su siglo en aquello de amoldar la vida a las ideas y las ideas a las impresiones recibidas. Y así mismo, germano de cepa, que es como decir rígido en los procedimientos, férreo en la voluntad y tenaz en las ejecuciones, y en todo caso provisto del sentido oficioso de las cosas. Renacentista y alemán: he ahí la parte compleja de su personalidad, esencialmente cuando discurre por tierras indias trayendo su Europa a cuestas.

Es así el alemán genuino, tentado por la aventura en el nuevo mundo, un poco por la aventura misma y otro tanto, o quizá más, para obtener provecho. El que se deja inducir por sus camaradas españoles y con-

siente en la existencia de países que sólo viven en sus fantaseadores magines, y marcha hacia allá como en un campo de novela de caballería, arremetiendo contra follones e infieles, sin que le falte el enfrentamiento con dragones y sierpes. El mismo que sabiéndose blanco y por ende civilizador, descabeza aborígenes, que no son ni lo uno ni lo otro, y les toma cuanto poseen, como algo muy natural y justo. El mismo, finalmente, que curado de fantasías y arrestos de conquistador, torna a la tierra natal y vuelve a ser lo que fue: el alemán de su tiempo.

Las diversas manifestaciones de su personalidad y los altibajos de su existir le muestran, fuerza es repetirlo, como un ser humano cualquiera. Pero el hacer lo que hizo y haberlo narrado en un libro no pueden menos de llevarle a la celebridad y adquirir así las dimensiones del *homo biographicus* que dice André Maurois.

Este es el nuevo Schmidl cuya presencia reclamaba el anónimo *straunvingense* de 1.810. Sirviéndose de su libro, como bajel o como cabalgadura, marcha en el nuevo viaje, esta vez equipado de fama. Buenos vientos le aguardan en el mar, que han de soplarle a popa, y en tierra le esperan caminos abiertos y despejados.

## APOSTILLAS FINALES

### I

#### FUENTES

Se tiene dicho que este pequeño libro, por su naturaleza y por los parvos materiales con que fue elaborado, no es, no puede ser, de sustancia erudita. Con la reiterada prevención conviene, sin embargo, declarar las fuentes de donde han sido tomadas las informaciones, sólo con el fin de avalar lo narrado y descrito.

Para la composición de la parte relativa a las andanzas por América del personaje biografiado, el autor ha seguido con fidelidad, mas no sin el examen crítico que la prudencia aconseja, el libro escrito por aquél y diversamente intitulado según las ediciones. Ha dispuesto para el efecto de las siguientes ediciones en lengua castellana: La de Pedro de Angelis, en la reimpresión hecha por Lajouane (Buenos Aires, 1910); la de Mariano A. Pelliza (Buenos Aires, 1881); la bien lograda y magnífica de Lafone Quevedo, impresa por Cabaut y Cía., con el título de *Viaje al Río de la Plata* (Buenos Aires, 1903) y la de Edmundo Wernicke con el de *Derrotero y Viaje a España y las Indias* (Santa Fe, 1938), que los entendidos reputan como la mejor. Ha utilizado, asimismo, la pequeña y elegante edición hecha por Emecé, en su colección "Buen Aire" (Buenos Aires, 1942).

Se tuvo a la mano la edición facsimilar, que con el título de **Vera Historia** hizo la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (1942), de la versión latina de Hulsius (Nuremberg, 1599).

Se estimó necesario el cotejo de las nombradas con los textos de las ediciones alemanas que se tenía al alcance: La del Dr. Johannes Mondschein (Straubing, 1893); la de **Jahres-Bericht des Historien Vereins**, hecha en alemán remozado (Straubing, 1962-63), y la del **Straubinger Heft** (1962), dirigida por el Dr. Joseph Keim y prologada por Wilibald Schmidt. En la operación de la compulsa tuvo señalada parte el joven universitario de Aachen G. Köster, cuya labor de traductor merece todo reconocimiento.

En lo atinente a la personalización, hechos conexos, informaciones subsidiarias y referencias bio-bibliográficas de Schmidl, el autor se ha valido de los trabajos que seguidamente se anotan: El prólogo y las anotaciones de Lafone Quevedo y las notas biográficas del general Bartolomé Mitre, todas en el **Viaje al Río de la Plata** de la referencia anterior; el prólogo, las notas y los apéndices de E. Wernicke puestos a la traducción hecha por éste, ya igualmente mencionada, y otros artículos del mismo, publicados en la prensa periódica de la capital argentina; el meritorio y ameno estudio de Juan María Gutiérrez, **Ulderico Schmidl. Su obra, su persona y su bibliografía**, inserto en el N° 21 de la "Revista del Río de la Plata" (Buenos Aires, 1876).

En la misma materia bibliográfica han sido de inapreciable valor las referencias tomadas de la maciza y bien documentada obra de Efraín Cardozo, **Historiografía Paraguaya. I. Paraguay Indígena, Español y Jesuita** (México, 1959). El problema de los códices schmidelianos no habría sido posible elucidar sin la lectura del denso y luminoso trabajo de Roberto Lehmann-Nitsche, **Los Manuscritos del Diario de Schmidl**, publicado en

La Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomo XXXVIII (1918), con tiraje aparte de compaginación propia.

Para el fondo histórico, así, en lo general como en lo particular, se ha servido el autor de la medular **Historia de Alemania**, por Robert-Hermann Tenbrocke, traducida al castellano por F. Echagaray Bohigas (München-Paderborn, 1968); la breve pero sustanciosa obra de Carlos Panhorst, **Los Alemanes en Venezuela: Carlos V y la Casa Welser** (Madrid, 1927) y la refinada y exquisita de Germán Arciniegas **Los Alemanes en la Conquista de América** (Ed. Losada de Buenos Aires, 1941).

Cuanto respecta a la historia local de Straubing y los pormenores de la existencia de Schmidl antes y después de su aventura en América, ha sido entresacado de los siguientes artículos y publicaciones: **Auszüge aus Häusergeschichte der Stadt Straubing** —Historia de las casas de la ciudad de Straubing— de Hans Rohrmayr, (Straubing, 1961); **Ulrich Schmidl und sein Werk**, de Hans Bachl —U. Sch. y sus trabajos— inserto en "Straubinger Tageblatt", de 20-V-67; **Schmidl**, de Fritz Buchl, en "Alt Bayrische Heimät Blätter..." N° 3. En principal, los del erudito y paciente Dr. Joseph Keim, **Schmidls Geburtshaus neu entdeckt** —La casa natal de Sch. recién descubierta—, en "Str. Tag." de 7-IX-65; **Ausgrabungen und Funde von Straubing und Umgebung** —Excavaciones y hallazgos en Str. y sus alrededores—, en "Jahres-Bericht des Historischen Vereins", 1964, y **Juden im mittelalterlichen Straubing** —Judíos en Str. de la Edad Media— en "Jahres-Bericht...", 1963. De todos estos trabajos se benefició el autor a mesa puesta gracias a la amable labor traductora de G. Köster y H. Stahl.

## II

### EL RIO "DE LOS MACHKASIES"

La identificación del *Wasser Machkasies* de Schmidl con nuestro Guapay, más comúnmente denominado Río Grande, es punto que interesa sobremanera y entraña en ello la parte que diríamos efusiva y, por ahí, cardinal de este libro. De tal identificación fluye el señalamiento fijo de la comarca que visitó nuestro personaje al término de la infausta jornada en busca de la Sierra de Plata. Y, por lo tanto, el de la tierra de sus mayores elogios por razón de feracidad y primor, según se ha transcrito en el Preámbulo y en el lugar correspondiente del relato.

Para empezar con el considerando de las nominaciones schmidelianas, preciso es apuntar de que en todas las ediciones alemanas del *Reisebuch* se repite sin variante alguna aquello de *Wasser Mackkasies*. No así en las castellanas, la de Angelis por delante, y alguna más de las que conocemos.

Sabido es que la del humanista italo-argentino fue traducción fiel del texto latino de Hulsius, no sin que el traductor-editor haya introducido modificaciones atinentes a nombres de lugares y personas. En el caso que nos ocupa, allí, donde según Hulsius se dice: *...tandam-que ad quendam fluvium Machcasis nomine pervenimus...*, de Angelis escribe: "...y llegamos al río Guapás...".

Abstracción hecha del revezo de las letras *s e y* del final, el nombre dado por Angelis al río en cuestión viene a ser el de Guapay. Entendía, a buen seguro, que se trataba de éste y no de otro alguno, habida cuenta del derrotero seguido por la expedición.

Aunque poco explícito en punto a rumbos y orientaciones seguidas, el libro de Schmidl en aquella, pa-

ra nosotros, principalísima parte del relato, señala al menudo lugares y gentes, jornadas de viaje y distancias apreciadas en *millien* que se traduce por leguas. El señalamiento empieza desde el punto de partida de la marcha por tierra: el "puerto" de San Fernando, sito a la margen derecha del río Paraguay y subsidiariamente precisado en su ubicación por la existencia de un cerrillo de la misma denominación. El geógrafo y naturalista Azara determinó su emplazamiento a la altura del paralelo 21° 20' Sud. Lo revela magistralmente Lafone Quevedo en una de las Notas de *Viaje al Río de la Plata*.

De allí en adelante el relato de Schmidl va indicando parajes del recorrido, con rápidas pero valiosas descripciones en lo atinente a alteraciones del terreno. De entre éstas adquiere singular importancia para el caso la mención de dos o tres colinillas o altozanos que vio y repasó en azares de campaña. La verificación de tales eminencias es obra que no requiere de esfuerzos mentales y menos de argumentos forzados, por las razones que seguidamente ha de verse.

Aquella es la porción septentrional de la vasta región conocida con el nombre de Chaco. Hacia mediados del siglo pasado pioneros bolivianos exploraron esa región en busca de una ruta de salida a la red fluvial del Plata. Uno de ellos, Miguel Suárez Arana, hizo varias veces el recorrido, hasta la Bahía Negra, a corta distancia del antiguo embarcadero de San Fernando. En el trayecto dio con los cerrillos de la mención schmideliana, que son las únicas eminencias de la vasta región, asignándoles nombres como Cerro Cortado, Cerro Cristián y Cerro Miguel. Son, con toda probabilidad, los vistos y referidos por Schmidl.

Exploraciones posteriores, algunas de ellas militares, las recorrieron y fijaron en levantamientos to-

pográficos, asignándoles otros nombres. Durante la guerra del Chaco fueron nuevamente recorridos y fijados en cartas geográficas, con alguna mayor precisión.

Más adelante refiere Schmidl la travesía por "un país que en largo y ancho de seis leguas era nada más que pura y buena sal", o sea la "terra salsa" de la versión latina de Hulsius. Quede advertido conclusivamente que los únicos depósitos de sal existentes en aquella extensa zona, lindante ya con la Chiquitania meridional, son los de las depresiones conocidas con los nombres de Salinas de Santiago y San José, próximas la una a la otra y situadas hacia el paralelo 19. Así aparecen en el mapa de Jolis que trae Lafone Quevedo y fue poderosa razón para que éste, en una de las notas puestas a su traducción de Schmidl, sostuviera que se trata indudablemente de tales salinas.

Lo anterior lleva a la presunción firme de que la expedición española referida por el alemán tomó desde San Fernando rumbo noroeste, y desde la colina de los Mayaguenos enfiló hacia el norte, hasta dar con las salinas. Es la que hemos procurado fijar en el pequeño mapa incluido en este libro.

La detallada relación de Schmidl coincide en lo principal con la corta referencia hecha por Irala en su famosa carta al Consejo de Indias, de 24-VII-1555. Dedúzcase de lo que dice ésta en la parte pertinente que nos interesa: "...la noticia que teníamos la vía del norte era muy grande..."

La identificación de los *Karchakokios* de Schmidl, *Carcokies* de la versión latina de Hulsius y de su traductor al castellano Angelis, y *Corocotoquies* o *Gorgotoquies* de Irala y otros documentos coetáneos, con los *Chiquitos* de la actual denominación, es punto que no ha menester ahora de probación, por estar de antigua data probado por la etnografía, la geografía y otras disciplinas. Resulta así que, atravesadas las salinas, la

expedición hubo de continuar hacia el norte, hasta llegar a los pueblos arriba nombrados. A estar a las referencias de Schmidl, que habla de nutridos vecindarios de aquel gentío, la hueste española tocaría en la Chiquitania meridional, acaso en la zona en donde tiempos después los evangelizadores jesuitas levantaron el núcleo misional de San José.

Una vez allí, los *Karchkokios* o *Gorgotoquies* dieron a los expedicionarios noticia de la existencia y ubicación de los *Mackkasies*, "que estaban a ochenta leguas de camino", al decir de Schmidl. Tales *Mackkasies*, con su río epónimo, quedaban hacia el oeste, y no puede ser de ninguna otra manera. En aquella dirección y a la distancia aproximadamente indicada por el alemán, el único río existente y de las condiciones señaladas por él es el Guapay, que hoy decimos más comúnmente Río Grande. Así aparece en el mapa que acompaña a la edición de Hulsius, cuya denominación de "*Mackkasies*" va seguida por el aditamento aclaratorio de "*R. Grande*". Esto último releva de más argumentos probatorios. En otros mapas, como el de Jolis, ya citado, lleva simple y llanamente la leyenda de "*Guapay*".

Caminando hacia el oeste desde la tierra de Corocotoquies o Gorgotoquies, hasta dar con los *Mackkasies* o Guapás, que dice Angelis, los expedicionarios debieron de avistar el gran río, y cruzarlo luego, entre los paralelos 17 y 18. Es la parte donde aquél tiene más pronunciada la curva con que se desliza en la llanura boliviana y dentro de la cual se extienden los campos de Grigotá, así denominados por los españoles a partir de los años ochenta de aquel siglo.

Hasta dónde avanzaron por esta comarca las gentes de Irala, incluido nuestro Schmidl, es punto poco posible de determinarse. Lo que sí puede establecerse, y estamos en condiciones de sostenerlo, en gracia a

## II

### EL RIO "DE LOS MACHKASIES"

La identificación del *Wasser Machkasies* de Schmidl con nuestro Guapay, más comúnmente denominado Río Grande, es punto que interesa sobremanera y entraña en ello la parte que diríamos efusiva y, por ahí, cardinal de este libro. De tal identificación fluye el señalamiento fijo de la comarca que visitó nuestro personaje al término de la infausta jornada en busca de la Sierra de Plata. Y, por lo tanto, el de la tierra de sus mayores elogios por razón de feracidad y primor, según se ha transcrito en el Preámbulo y en el lugar correspondiente del relato.

Para empezar con el considerando de las nominaciones schmidelianas, preciso es apuntar de que en todas las ediciones alemanas del *Reisebuch* se repite sin variante alguna aquello de *Wasser Mackasies*. No así en las castellanas, la de Angelis por delante, y alguna más de las que conocemos.

Sabido es que la del humanista italo-argentino fue traducción fiel del texto latino de Hulsius, no sin que el traductor-editor haya introducido modificaciones atinentes a nombres de lugares y personas. En el caso que nos ocupa, allí, donde según Hulsius se dice: *...tandamque ad quendam fluvium Machcasis nomine pervenimus...*, de Angelis escribe: "...y llegamos al río Guapás..."

Abstracción hecha del revezo de las letras *s e y* del final, el nombre dado por Angelis al río en cuestión viene a ser el de Guapay. Entendía, a buen seguro, que se trataba de éste y no de otro alguno, habida cuenta del derrotero seguido por la expedición.

Aunque poco explícito en punto a rumbos y orientaciones seguidas, el libro de Schmidl en aquella, pa-

ra nosotros, principalísima parte del relato, señala al menudo lugares y gentes, jornadas de viaje y distancias apreciadas en *millien* que se traduce por leguas. El señalamiento empieza desde el punto de partida de la marcha por tierra: el "puerto" de San Fernando, sito a la margen derecha del río Paraguay y subsidiariamente precisado en su ubicación por la existencia de un cerrillo de la misma denominación. El geógrafo y naturalista Azara determinó su emplazamiento a la altura del paralelo 21° 20' Sud. Lo revela magistralmente Lafone Quevedo en una de las Notas de *Viaje al Río de la Plata*.

De allí en adelante el relato de Schmidl va indicando parajes del recorrido, con rápidas pero valiosas descripciones en lo atinente a alteraciones del terreno. De entre éstas adquiere singular importancia para el caso la mención de dos o tres colinillas o altozanos que vio y repasó en azares de campaña. La verificación de tales eminencias es obra que no requiere de esfuerzos mentales y menos de argumentos forzados, por las razones que seguidamente ha de verse.

Aquella es la porción septentrional de la vasta región conocida con el nombre de Chaco. Hacia mediados del siglo pasado pioneros bolivianos exploraron esa región en busca de una ruta de salida a la red fluvial del Plata. Uno de ellos, Miguel Suárez Arana, hizo varias veces el recorrido, hasta la Bahía Negra, a corta distancia del antiguo embarcadero de San Fernando. En el trayecto dio con los cerrillos de la mención schmideliana, que son las únicas eminencias de la vasta región, asignándoles nombres como Cerro Cortado, Cerro Cristián y Cerro Miguel. Son, con toda probabilidad, los vistos y referidos por Schmidl.

Exploraciones posteriores, algunas de ellas militares, las recorrieron y fijaron en levantamientos to-

pográficos, asignándoles otros nombres. Durante la guerra del Chaco fueron nuevamente recorridos y fijados en cartas geográficas, con alguna mayor precisión.

Más adelante refiere Schmidl la travesía por "un país que en largo y ancho de seis leguas era nada más que pura y buena sal", o sea la "terra salsa" de la versión latina de Hulsius. Quede advertido conclusivamente que los únicos depósitos de sal existentes en aquella extensa zona, lindante ya con la Chiquitania meridional, son los de las depresiones conocidas con los nombres de Salinas de Santiago y San José, próximas la una a la otra y situadas hacia el paralelo 19. Así aparecen en el mapa de Jolis que trae Lafone Quevedo y fue poderosa razón para que éste, en una de las notas puestas a su traducción de Schmidl, sostuviera que se trata indudablemente de tales salinas.

Lo anterior lleva a la presunción firme de que la expedición española referida por el alemán tomó desde San Fernando rumbo noroeste, y desde la colina de los Mayagueños enfiló hacia el norte, hasta dar con las salinas. Es la que hemos procurado fijar en el pequeño mapa incluido en este libro.

La detallada relación de Schmidl coincide en lo principal con la corta referencia hecha por Irala en su famosa carta al Consejo de Indias, de 24-VII-1555. Dedúzcase de lo que dice ésta en la parte pertinente que nos interesa: "...la noticia que teníamos la vía del norte era muy grande..."

La identificación de los **Karchakokios** de Schmidl, **Carcokies** de la versión latina de Hulsius y de su traductor al castellano Angelis, y **Corocotoquies** o **Gorgotoquis** de Irala y otros documentos coetáneos, con los **Chiquitos** de la actual denominación, es punto que no ha menester ahora de probación, por estar de antigua data probado por la etnografía, la geografía y otras disciplinas. Resulta así que, atravesadas las salinas, la

expedición hubo de continuar hacia el norte, hasta llegar a los pueblos arriba nombrados. A estar a las referencias de Schmidl, que habla de nutridos vecindarios de aquel gentío, la hueste española tocaría en la Chiquitania meridional, acaso en la zona en donde tiempos después los evangelizadores jesuitas levantaron el núcleo misional de San José.

Una vez allí, los **Karchkokios** o **Gorgotoquis** dieron a los expedicionarios noticia de la existencia y ubicación de los **Mackkasies**, "que estaban a ochenta leguas de camino", al decir de Schmidl. Tales **Mackkasies**, con su río epónimo, quedaban hacia el oeste, y no puede ser de ninguna otra manera. En aquella dirección y a la distancia aproximadamente indicada por el alemán, el único río existente y de las condiciones señaladas por él es el Guapay, que hoy decimos más comúnmente Río Grande. Así aparece en el mapa que acompaña a la edición de Hulsius, cuya denominación de "Mackkasies" va seguida por el aditamento aclaratorio de "R. Grande". Esto último releva de más argumentos probatorios. En otros mapas, como el de Jolis, ya citado, lleva simple y llanamente la leyenda de "Guapay".

Caminando hacia el oeste desde la tierra de Corocotoquies o Gorgotoquis, hasta dar con los **Mackkasies** o **Guapás**, que dice Angelis, los expedicionarios debieron de avistar el gran río, y cruzarlo luego, entre los paralelos 17 y 18. Es la parte donde aquél tiene más pronunciada la curva con que se desliza en la llanura boliviana y dentro de la cual se extienden los campos de Grigotá, así denominados por los españoles a partir de los años ochenta de aquel siglo.

Hasta dónde avanzaron por esta comarca las gentes de Irala, incluido nuestro Schmidl, es punto poco posible de determinarse. Lo que sí puede establecerse, y estamos en condiciones de sostenerlo, en gracia a

lo anteriormente aducido, es que fue a ella que el alemán entre españoles se refirió al escribir donosamente aquello de la tierra fertilísima y de muchas mieles.

### III

#### SCHMIDL EN LA AMERICA DE HOY

El lansquenete alemán de la conquista no permanece olvidado del todo en los países por donde discurre durante dieciocho años tras el embrujo de los mitos y a la husma de tesoros. Su nombre y su memoria, recogidos por la historia y llevados a la celebridad, si quiera sea en estrechos círculos, han alcanzado la categoría de epónimos. Creemos que no está de más dar noticia de ello.

En la capital argentina, a cuya primera fundación concurrió, lleva su nombre una calle que, según la "Guía Peuser", empieza en la calle Escalada, al 300, y concluye en la avenida General Paz, al 14.000. Funciona allí mismo un Instituto Schmideliano que agrupa a los estudiosos y los interesados por la vida y la obra del personaje. En la barriada de Munro, calle Carlos Villate 4480, existe una escuela de igual denominación. El subdirector de ella D. Carlos Alberto Sánchez, es un joven maestro que se inicia auspiciosamente en los estudios históricos.

En el Parque Lezama de la misma capital se yergue un busto del hombre, que le muestra con la faz imponente y la adusta expresión que debió de tener en vida.

Asunción del Paraguay, la ciudad en donde vivió la mayor parte de su jornada americana, le ha honrado también con la designación de una arteria urbana.

Anteriormente, en la zona portuaria, en el barrio llamado "Doctor Francia". Una ordenanza municipal transfirió el nombre a la cuarta paralela Este de la avenida República Argentina, en el barrio "Mariscal Estigarribia", según puede verse en el último plano de aquella ciudad y señala Kallsen, autor del libro *Asunción y sus calles*.

La ciudad que fundaron sus compañeros españoles de andanza en mitad de la llanura llamada por él "de los Mackasies", Santa Cruz de la Sierra, le recuerda así mismo y paga el débito de la elogiosa mención a su campiña. Por ordenanza municipal del año 1960 y a sugerencia de la Sociedad de Estudios Históricos y Geográficos, lleva su nombre una calle de la Zona Sud. Se halla ésta dentro del perímetro del primer y segundo anillos de circunvalación —Irala y Trompillo— entre la avenida de las Américas y Monseñor Santistevan.

Se ha pedido y pende de una decisión de las autoridades respectivas, la aplicación del nombre de Schmidl al Colegio Alemán de esta misma ciudad, cuyo moderno local se levanta sobre la avenida San Martín del barrio "Equipetrol".

*Finis coronat opus.*

## CRONOLOGIA SCHIMDELIANA

- 1510 Probable año del nacimiento de Ulrico.
- 1511 Fallece en Straubing el viejo Wolfgang Schmidl.
- 1517 31 de Octubre. El monje agustino Martín Lutero da a publicidad las noventa y cinco famosas "proposiciones" que constituirán la base de la Reforma Protestante.
- 1519 Carlos I, rey de España, es elegido emperador de Alemania.
- 1521 Dieta de Worms. Edicto del emperador que condena el luteranismo.
- 1534 Ulrico Schmidl se halla en Amberes.
- 1535 Agosto. Viene a Cádiz para alistarse en la armada que irá al Río de La Plata.
- " Setiembre 1º. La expedición, con el adelantado don Pedro de Mendoza a la cabeza, zarpa de Sanlúcar de Barrameda.

- 1535 Setiembre. Arribo del barco de Schmidl a la isla de la Palma, en las Canarias. Suceso de don Jorge de Mendoza.
- " Diciembre. Desembarco de la armada en la playa de Río Janeiro. Muerte del capitán Juan Osorio.
- 1536 Enero. La armada llega al Río de la Plata.
- " Febrero 3. Probable fecha de la fundación de Santa María del Buen Aire.
- " Privaciones, ataques de indios y tormentos del hambre en Buenos Aires.
- " Junio 15. Ayolas establece el campamento de Corpus Christi. Entre los hombres de Ayolas está Schmidl.
- " Octubre 14. Ayolas parte con Schmidl hacia el norte, por el río arriba.
- " 2 de Febrero. Ayolas establece el puerto de La Candelaria sobre el río Paraguay.
- 1537 13 de Febrero. Ayolas penetra en el Chaco en busca de la Sierra de Plata. Irala queda al cuidado del puerto de La Candelaria, con Schmidl entre la tropa.
- " 15 de Agosto. Juan de Salazar levanta la "casa fuerte" de Asunción, a orillas del río Paraguay.
- 1538 Junio. Va con el capitán Gonzalo de Mendoza a Santa Catalina, en el Brasil.

- 1538 Noviembre 1º. La nave en que regresa de Santa Catalina encalla y se hunde al entrar en el río de La Plata. Schmidl se salva y alcanza tierra a nado.
- 1539 Disputas entre Irala y Ruiz Galán por el mejor derecho a la gobernación.
- 1540 Noticia del desastre y muerte de Ayolas.
- 1541 Irala baja a Buenos Aires con Schmidl entre la tropa. Abandono y destrucción de Buenos Aires.
- 1542 11 de Marzo. Alvar Núñez Cabeza de Vaca llega a Asunción.
- 1543 Expedición contra el cacique indio Aracaré.
- " 8 de Setiembre. Sale de Asunción la expedición de Alvar Núñez por el río Paraguay arriba.
- " Noviembre. Llega al lugar denominado Puerto de Los Reyes, en la actual laguna Gaiba.
- " 26 de Noviembre. La expedición penetra por tierra hasta la comarca de Chiquitos. Retorna a los 18 días.
- " 20 de Diciembre. Por orden de Alvar Núñez sale con dirección al norte y noroeste el capitán Hernando de Ribera, en cuya hueste se halla Ulrico.
- 1544 Enero 30. Regresa Hernando de Ribera, con Schmidl, después de haber visitado las tierras de Xarayes y "haberse aproximado" al país de las Amazonas.

- 1544 Abril 8. La expedición vuelve a entrar en Asunción.
- " 25 de Abril. Motín de los descontentos. Destitución de Alvar Núñez como gobernador. Elección de Irala.
- 1545 Campaña contra Tabaré.
- 1547 Noviembre. Sale de Asunción la expedición que acaudilla Irala para ir en busca de las Montañas de Plata.
- 1547 Diciembre. Desde el puerto de San Fernando parte la expedición de Irala por el Chaco adentro, en pos de la Sierra de Plata.
- 1548 Abril, probablemente. La expedición alcanza la comarca de los Tamacocis, en la llanura oriental de Bolivia. Schmidl visita la tierra más fértil que dice haber visto en su vida.
- " Noticias de que la Sierra de la Plata ya está ocupada por otros españoles. Se reciben órdenes de las autoridades de Charcas.
- " Irala regresa hacia los Gorgotoquis. En el mes de noviembre renuncia al mando.
- " Noviembre. Nuevo retroceso de la expedición hasta el lugar de San Fernando.
- 1549 13 de Marzo. Irala es nuevamente aclamado como gobernador. Schmidl firma en el acta de elección.
- 3 de Abril. Llegada a Asunción.

- 1550 En Baviera, Alemania, Alberto IV asume el poder de duque soberano.
- 1552 24 de Julio. Llega a Asunción procedente de España, una partida al mando de Hernando de Salazar.
- " 25 de Julio. Schmidl recibe el llamado de su hermano Tomás.
- " 26 de Diciembre. Schmidl sale de Asunción con destino a Europa.
- 1553 23 de Marzo, domingo de Ramos o de Palmas. Schmidl y sus compañeros llegan al lugar de Cariseba, en el Brasil.
- " 13 de Junio. Llegan al puerto portugués de San Vicente. Al día siguiente, zarpa el barco que les conduce.
- " 30 de Setiembre, Schmidl desembarca en Lisboa.
- " 30 de Noviembre. Sale del puerto de Cádiz con rumbo a Amberes.
- 1554 Enero. Desembarco en el puerto inglés de Wight.
- " Enero 26. Llega a Amberes.
- " Setiembre 20. Fallece en Straubing su hermano Tomás.
- 1555 Paz religiosa concertada en Augsburgo. "Cuius regio, eius religio".
- 1558 Schmidl, concejal de Straubing.

- 1562 Por razones de fe se ve obligado a dejar Straubing y se instala en Ratisbona.
- 1567 3 de Mayo. Recibe carta de ciudadanía en Ratisbona.
- 1567 Aparece la primera edición de su libro, impreso en Francfort del Maine.
- 1573 Muere su esposa Juliana Hueberin.
- 1578 Contrae nuevas nupcias con Benigna Weidlandt, nacida Meldogg.
- 1578 Viudo de aquélla vuelve a casarse con Ehrntraud Stokmers.
- 1580? 1581? Schmidl fallece en Ratisbona.
- 1581 21 de Febrero. Se abre su testamento.
- 

## INDICE

|                                                  | Pág. |
|--------------------------------------------------|------|
| Preámbulo .....                                  | 7    |
| 1 Straubing del Danubio .....                    | 15   |
| 2 Carlos V y los Welser .....                    | 25   |
| 3 Santa María del Buen Aire y del Mal Hado ..... | 39   |
| 4 Ríos. Selvas. Hombres .....                    | 51   |
| 5 El País de las Amazonas .....                  | 67   |
| 6 Las Montañas de Plata .....                    | 83   |
| 7 Esta vez los Fugger .....                      | 99   |
| 8 "Reisebuch" y Wunderbaren Fahrt" .....         | 113  |
| 9 Hogar, Iglesia y Postrimerías .....            | 127  |
| 10 El Nuevo Schmidl .....                        | 137  |
| Apostillas Finales .....                         | 145  |
| Cronología Schimdeliana .....                    | 155  |

**Este libro se terminó de  
imprimir el 29 de octu-  
bre de 1974, en los ta-  
lleres de la Empresa  
Editora "Universo"  
La Paz-Bolivia**

Comentando un libro anterior a la presente biografía de Schmidl, ha dicho de su autor el eminente publicista y escritor Dr. Jorge Siles Salinas, actual rector de la Universidad de La Paz:

"En la prosa de Hernando Sanabria se reconoce al fino investigador del idioma, al escritor que ha labrado su estilo frecuentando asiduamente a los clásicos castellanos, así como a la obra del príncipe de nuestras letras, Gabriel René Moreno. La biografía que comentamos está escrita con lenguaje rico, pulcro, castizo".

Añade el mismo, más adelante: "El estilo de Sanabria es classicista y en sus páginas abundan los viejos vocablos, pero ello no hace de su libro un trabajo erudito... El mérito artístico del libro radica en la forma en que las palabras poco usuales se diluyen en la narración, fluyente y vigorosa".

El historiador español Josep M. Barnadas dice del mismo: "El autor ha descollado en todas sus obras históricas por la frondosidad estilística, por su castellano castizo, por el soterrado humor, siempre dispuesto a la explicación. Pero hay que añadir que este rechazo de la fachada adusta de la erudición no excluye en él el conocimiento directo de los temas que trata".

En la obra que presentamos, el lector se encontrará una vez más, con el delicioso escritor, el incansable investigador y sobre todo con el hombre enamorado de vidas y costumbres. Este hecho que todos le agradecemos, por esa maravillosa cualidad de ofrecernos las cosas del ayer en un lenguaje puro y claro, nos permiten sugerir al lector el "Ulrico Schmidl", una pequeña gran obra digna de la pluma de Hernando Sanabria Fernández, y que con toda seguridad recibirá una favorable acogida en la biblioteca de los amigos de la buena lectura.